

VARIOS AUTORES

EXPERIENCIAS PEDAGÓGICAS Y PROCESOS RESIGNIFICADOS EN EDUCACIÓN PREESCOLAR



Coordinadora

Adriana Torres Frutis

EDITORIAL ALDEA GLOBAL

EXPERIENCIAS PEDAGÓGICAS Y PROCESOS RESIGNIFICADOS EN EDUCACIÓN PREESCOLAR

IICE

Instituto de Investigaciones
en Ciencias de la Educación



Secretaría
de Educación

GOBIERNO DE MICHOACÁN



Autores:

Daniel Suárez

Adriana Torres Frutis

Andrés García García

Diana Jazmín González Rodríguez

Nallely Zavala Pedraza

Alma Angelina Ramírez Valverde

Nerya Mainity Rico Alba

Carolina Olguín Herrera

Itzi Fabiola Meza Espinoza

Liliana Lissette Rocha Garcidueñas

Montserrat Fraga Melchor

Susana Espinosa Sandoval

Patricia Bárcena Cortés

Gabriela García Celaya

Hilda Cervantes Carranza

Nayra Haydee Chávez Pimentel

Celene González Damián

Karen Itzel Rodríguez Tinoco

Melissa Ríos Solorio

Perla Aidé Andrade Castañeda

Alitzel Xiadany Gerónimo Govea

Sandra Rubí Calderón Díaz

Ana Silvia Ortiz Vallejo

Directorio:

Marta Evelia Bravo Paz

Directora

Ma. Del Pilar Estrada Correa

Subdirectora académica

Gilberto Barriga Sosa

Subdirector administrativo

Adriana Torres Frutis

*Coordinadora de la maestría en desarrollo
socioemocional*

Daniel Suárez

*Director del Instituto de Investigación de la Universidad
de Buenos Aires Argentina*

EXPERIENCIAS PEDAGÓGICAS Y PROCESOS RESIGNIFICADOS EN EDUCACIÓN PREESCOLAR

Escuela Normal para Educadoras “Profr. Seraffín Contreras Manzo”

1a. Edición, Marzo 2025

D. R. ©2025 *Daniel Suárez, Adriana Torres Frutis, Andrés García García, Diana Jazmín González Rodríguez, Nallely Zavala Pedraza, Alma Angelina Ramírez Valverde, Nerya Mainity Rico Alba, Carolina Olguín Herrera, Itzi Fabiola Meza Espinoza, Liliana Lissette Rocha Garcidueñas, Montserrat Fraga Melchor, Susana Espinosa Sandoval, Patricia Bárcena Cortés, Gabriela García Celaya, Hilda Cervantes Carranza, Nayra Haydee Chávez Pimentel, Celene González Damián, Karen Itzel Rodríguez Tinoco, Melissa Ríos Solorio, Perla Aidé Andrade Castañeda, Alitzel Xiadany Gerónimo Govea, Sandra Rubí Calderón Díaz, Ana Silvia Ortiz Vallejo.*

D. R. ©2025 Editorial Aldea Global

ISBN: 978-607-8933-58-2

Impreso y hecho en México

Queda prohibida la reproducción de este libro de forma parcial o total por cualquier medio, bajo las sanciones establecidas por la ley, salvo por la autorización escrita de los editores y/o autor. Las características de composición, diseño, formato, son propiedad de la editorial

IICE
Instituto de Investigaciones
en Ciencias de la Educación



Secretaría
de Educación
GOBIERNO DE MICHOACÁN



Índice

Prólogo	7
Daniel Suárez.	
Introducción	13
CAPÍTULO I. LA NARRATIVA Y SUS APORTACIONES A LA PEDAGOGÍA DESDE LA EXPERIENCIA	23
Narrativa y experiencia en la revitalización de la pedagogía	25
Daniel Suárez.	
CAPÍTULO II. EXPERIENCIAS DEL PROCESO DE DOCUMENTACIÓN DE LA MAESTRÍA EN DESARROLLO SOCIOEMOCIONAL	57
Había una vez otra narrativa de la historia	59
Adriana Torres Frutis.	
La escritura de relatos pedagógicos. Hilando lo profesional y lo emocional	73
Andrés García García.	
CAPÍTULO III. PRÁCTICAS PEDAGÓGICAS DE LAS ESTUDIANTES DE MAESTRÍA EN DESARROLLO SOCIOEMOCIONAL	91
El día que me encontré con un villano	93
Diana Jazmín González Rodríguez.	
En américa no se baila. La necesidad de la atención objetiva a los alumnos preescolares.	105
Nallely Zavala Pedraza.	
El director y el laberinto de los destinos: Un viaje de resignificación y coincidencias	113
Alma Angelina Ramírez Valverde.	
Cuando los abrazos y los apapachos no ayudaron: ¿cómo mostrar mi afecto y ayudar a mis alumnos?	121
Nerya Mainity Rico Alba.	
Maestra te acuerdas de Zapata fue un Héroe	131
Carolina Olguín Herrera.	
¡Está bien! ... ¡no, nada va bien!	137
Itzi Fabiola Meza Espinoza.	

Entre penas y carcajadas.	147
Liliana Lissette Rocha Garciduenas.	
¿Cuál es la respuesta?	153
Montserrat Fraga Melchor.	
La escuela, un camino de experiencias.	159
Susana Espinosa Sandoval.	
¡La distancia que...! ¡Me conecto!"	167
Patricia Bárcenas Cortes.	
Niños excepcionales. Un viaje de desafíos y aprendizaje en el país la diversidad e inclusión	173
Gabriela García Celaya.	
Los ojos que miran hacia dentro. La importancia de un sistema de acogida en la primera infancia	187
Hilda Cervantes Carranza.	
Construyendo un espacio seguro para mis alumnos. Cuando el cabello no fue la fuerza de Melchor. Relatos de una educadora, hora cero	191
Neyra Haydeé Chávez Pimentel.	
Un camino al crecimiento personal	197
Celene González Damián.	
Los retos de una maestra:	
¿realmente vale la pena?	211
Karen Itzel Rodríguez Tinoco.	
La gran decisión	219
Melissa Ríos Solorio.	
Y de pronto me sentí sola. Relato de una maestra rural	227
Perla Aidé Andrade Castañeda.	
No fueron 15, fueron 16. El día que me presentaron a la mamá que no conocí.	233
Alitzel Xiadany Gerónimo Govea.	
La casa de las iguanas	241
Sandra Rubí Calderón Díaz.	
Camponubes: un inicio de terror	251
Ana Silvia Ortiz Vallejo.	

Prólogo

Daniel Suárez

La escritura de prefacios, prólogos y epílogos se ha convertido en una práctica bastante habitual en mi vida. De hecho, en los últimos años he escrito más textos de este tipo que de otros géneros y especies. La escritura de textos que versan sobre otros textos y que sintetizan comentarios de lectura e invitan a la experiencia de lectura de lo que sigue o antecede, prevaleció notablemente sobre la escritura de artículos, capítulos de libros, conferencias y clases, que es lo que convencionalmente se espera de un profesor e investigador universitario. En su mayoría los escribí a pedido de amigos y amigas de Argentina, Brasil, Colombia, Chile, México y Uruguay, que compilaron o coordinaron publicaciones electrónicas y libros de relatos autobiográficos escritos por docentes que indagaron sus prácticas, narraron sus experiencias y se movilizaron en colectivos y redes de maestrxs. En casi todos los casos, fueron invitaciones mediadas por vínculos de afecto, recorridos conjuntos, otras aventuras. Aun reconociendo ese lazo de amistad y cofradía que motiva el texto, puede decirse que escribir prólogos, prefacios y epílogos de libros de relatos pedagógicos y leer consecuentemente (es decir, desde una posición de recepción particular) forma parte activa de mi actual trabajo académico. Y que, afortunadamente, constituye una de las experiencias más intrigantes y afectadas con las que me he comprometido en mi trayectoria como investigador, formador y pedagogo. Una práctica de lectura y escritura reciente pero recurrente y persistente; una experiencia reconfortante y placentera. Una lectura y una escritura vitales.

Tal vez esa extraña mezcla de novedad y recuerdos, de prácticas un tanto perimidas y de regocijo de la imaginación, tenga que ver con las singularidades del género. En tanto pieza textual que antecede al corpus principal, el prólogo (o el prefacio) anticipa la lectura y ofrece la de ese lector privilegiado, que como el crítico de cine en la *avant premier*, es resultado de una distinción, de un privilegio, cargado de responsabilidad. Su lectura primeriza se hará pública. Esa lectura anticipada, además, inscribe la obra en una tradición intelectual o en una serie de debates contemporáneos o antecedentes, traza el vínculo de la propia experiencia de lectura con el texto leído y comentado, sintetiza contenidos estelares o novedosos o creativos, puntualiza e interroga lo suspendido en el texto o las pistas abiertas y a seguir. Es un gesto generoso y magistral, de entrega, de enseñanza. Al regalar la propia lectura del texto convidado el lector también comenta como un crítico, dispone una interpretación, hace pública una lectura que por algún motivo evidente o secreto resulta relevante e interesante. Por eso, en la aceptación de la escritura de un prólogo o un prefacio también subyace la aceptación silenciosa de un reconocimiento, de una gratitud. En la escritura de un texto de este tipo siempre hay una mínima celebración narcisista y se torna evidente una cierta ingenua e inocua vanidad. Inevitablemente, quien escribe un prólogo o un prefacio o un epílogo se siente un poco más viejo, un poco más sabio y un poco más diablo, luego de escribirlo.

Tal vez en eso de textualizar la lectura de otro texto, la escritura de un prólogo o un prefacio o un epílogo se emparenta con la escritura del dictamen o parecer evaluativo de una tesis doctoral, sobre todo cuando las modalidades de evaluación académica están reguladas por reglas de composición humanistas de tipo narrativo y literario. También, con la escritura de informes de evaluaciones de pares de proyectos, reportes de investigación y artículos, aunque estos tipos textuales están cada vez más capturados por los

automatismos tecno-administrados del campo académico colonizado por la máquina del paper, el dato y la cuantificación. En todos estos casos, sin embargo, se trata de textos que proponen y tornan públicas lecturas especializadas y sabias del material textual principal y que tienen efectos prácticos y de valoración sobre ellos. La diferencia estriba en que el prólogo, el prefacio y el epílogo comentan a la manera de la crítica estética o literaria, se permiten un punto de vista y de lectura subjetivo y no pretenden institucionalizar una determinada lectura del texto. Por lo general, se resisten a la mera descripción, a la sistematicidad obsesiva, a la rigurosidad del dogma. Y no comulgan con la obediencia a normas rígidas y rigurosas. Se dirigen más bien a resaltar sensibilidades, zonas de vibración y detalles que solo pueden ser percibidos y nombrados en virtud de una cierta trayectoria, afinidad y experiencia. Por eso, tienen una cierta inclinación autobiográfica y autorizan a la primera persona del singular.

Son escritos de lecturas responsables en términos éticos y políticos: no solo comentan o analizan el texto, sino que también invitan, dan pistas, incitan a leerlo, celebran su publicación, se comprometen con él. Median, a menudo con prudencia, la relación entre el texto leído e invitado a ser leído y el mundo de un lector. De cualquier lector. Cuando el prologuista es avezado, propone una conversación con el texto, con el autor y los lectores. Y como en cualquier conversación, privilegian el tono del yo-tú en la interacción, la suspensión de la propia palabra a favor de la escucha, la disposición apasionada de la eventual transformación.

Mi relación con el libro *Experiencias pedagógicas y procesos resignificados en educación preescolar* prolifera en historias, aventuras, encuentros, amigxs y conversaciones que tienen que ver con lxs maestrxs, su saber de oficio, la narrativa pedagógica y la documentación de la experiencia educativa. Con la movilización pedagógica, intelectual y política en red, con las pedagogías del Sur, con la democratización del

conocimiento educativo y con la posibilidad de imaginar otra escuela, otra educación, otro mundo, más justos, más solidarios, más democráticos. También el libro me lleva a Morelia, a Michoacán, a México. A mi propio peregrinar por esas tierras y al trazado del mapa imperfecto de mi vida mientras viajo y recibo amigxs. Me retrotrae al año 2011, cuando arribé a México a través de la Escuela Normal para Educadoras “Profr. Serafín Contreras Manzo” con la excusa de una conferencia sobre narrativas pedagógicas. Me trae la voz y las palabras de tantos amigos y amigas: Juan, Adriana, Julio César, Isela, Emiliano... A nuestras fervorosas conversaciones alrededor de la investigación-formación-acción docente en red, del movimiento pedagógico latinoamericano y del lugar de los colectivos de docentes, los sindicatos docentes, las agencias estatales y los movimientos sociales y políticos en ese territorio.

En torno del texto se disparan momentos y territorios entramados que lo significan y conmueven, y que también resuenan en mi posición de lector. Como partícipe en ese movimiento, recibo esta obra como una pieza más, clave, estratégica, de la proliferación colectiva de relatos que configuran recursivamente, en diáspora fértil, en multiplicidad incontrolable, la memoria pedagógica de América Latina, de México, de nuestras escuelas, de nuestrxs maestrxs, de nuestrxs pedagogxs, en permanente y creativo diálogo, el libro es, además de una exquisita colección de relatos de experiencia, el punto de convergencia de búsquedas, experiencias, experimentaciones y voces que se encienden y comienzan a narrar la Nueva Escuela Mexicana. Compila y da a conocer relatos de maestras mexicanas de educación preescolar, textos de mujeres maestras que se aventuran a los estudios de posgrado, generados y cuidados en la escuela normal, y que se animan a contar su historia en primera persona del singular. Hace memoria pedagógica de la formación de la primera generación de maestras de la maestría

en desarrollo socioemocional; rescata del olvido y del silencio los momentos significativos que han dejado huellas de su vida en el oficio de enseñar; se detiene en los detalles y sensibilidades que hacen a esas trayectorias biográficas únicas e irrepetibles y, sin embargo, comunes a toda una comunidad docente; muestra los vaivenes, desventuras y logros del desarrollo profesional en clave de relato de pedagogía. Con este prólogo y el capítulo que integro a este libro renuevo la vitalidad del encuentro y me pliego a la publicación colectiva como un partícipe más del movimiento. De prologuista a colaborador, me cabe mejor ese sayo.

Introducción

La documentación narrativa de experiencias pedagógicas es un dispositivo incalculable que nos lleva a construir y reconstruir la práctica educativa de las y los educadores, a conservar y a resignificar lo vivido desde lo analizado, comprendido; así como también cumple el cometido de desmontar prácticas que se vienen repitiendo como miradas casuales en las que observan con belleza el detalle de la repetición anclada que, se configura como una tradición, pragmatismo sin reflexión. Desde esta mirada que camina sutilmente en lo recóndito de la experiencia de la persona que narra teniendo como inspiración la emoción, el corazón y la pasión que genera la docencia.

Se presentan diversos relatos de maestras de educación preescolar que están cursando la primera generación de la maestría en desarrollo socioemocional para educación preescolar; son experiencias educativas que se han vivido en diversos contextos, épocas y situaciones socioemocionales que han sido detonantes en sus prácticas educativas que se van tejiendo como la urdimbre mediada por una cultura, un contexto, una época y un tiempo. Lo más significativo de ello es que las docentes educadoras han sido conscientes de su ser docente, la importancia que tiene la escritura, la documentación de la narrativa pedagógica de lo vivido en su práctica profesional y su relación con las emociones.

Pasan de un escrito vacío sin sentimientos a un texto lleno de momentos que han dejado huella en su desarrollo profesional, han rememorado y buceado en el recuerdo que posibilita agrietar la memoria y salir a flote lo que no había podido ser visibilizado, contado y sobre todo narrado, pensado, analizado y reflexionado por el colectivo de narradoras, por la

singularidad de la persona en este caso la narradora porque son textos de mujeres, nos encontramos que la profesión docente es una profesión feminizada en la que el género está presente y se piensa desde ese contexto en el que se anidan los roles, los estereotipos y la lucha interna por descubrirlos, encontrar sus causas, sus afectos que se van convirtiendo en apegos.

De esta forma la narrativa ocupa un papel muy relevante en la formación de las docentes estudiantes de la maestría en desarrollo socioemocional, la abordan como una herramienta que les permite la resignificación de su práctica educativa y como método de investigación que les va a posibilitar obtener su grado y sobre todo pensar en construir teoría pedagógica o alternativas pedagógico-didácticas para la atención del desarrollo socioemocional en contextos vulnerables, en formación de formadores y en la infancia.

El libro está integrado por tres capítulos los cuales articulan diversas experiencias educativas.

En el primer capítulo. “La narrativa y sus aportaciones a la pedagogía desde la experiencia.” encontramos un artículo del Dr. Daniel Suárez “Narrativa y experiencia en la revitalización de la pedagogía” en él aborda con su suave y crítica pluma constructos pedagógicos de invaluable valor pedagógico- epistémico sobre las concepciones de la narrativa y su gran aporte a la teoría pedagógica; inicia con la narrativa biográfica y la autobiográfica, su expansión en la formación de docentes en los que la persona que narra se narra así misma reconstruye su experiencia está implícita su evolución, sus saberes y la teoría que va constituyéndose desde su experiencia es por ello que la narrativa pedagógica aporta realmente a la teoría pedagógica por la singularidad de la experiencia.

Es una joya el artículo porque realiza un recorrido en la evolución de la narrativa y en la diversidad de saberes que se abordan al relatar la experiencia como proceso de formación y conformación en el que los diseños curriculares de Argentina la han introducido al igual que la Nueva Escuela Mexicana (NEM).

El segundo capítulo. “La documentación narrativa en la maestría” Se desarrolla una experiencia del inicio de la maestría y la documentación narrativa compuesto de dos narrativas la primera denominada “Había una vez otra narrativa de la historia”, la cual hace referencia al surgimiento de maestría su importancia y las necesidades de formación en posgrado de las egresadas de la Normal. Es una experiencia que relata los avatares de la concreción del codiseño curricular, las gestiones que se requieren para hacerlo realidad y de los inicios de un programa entre lo que se ve y tras bambalinas de lo que no tiene rostro y se queda en los recuerdos de la existencia de la persona que los vive, los siente. Es por ello que deja grandes aprendizajes y visión a futuro de nuevos derroteros que hay que considerar en las penumbras de la añoranza y la completud vista desde el que la cuenta, la vive y la escribe.

En el relato denominado “La escritura de relatos pedagógicos. Hilando lo profesional y lo personal” Menciona la experiencia del trabajo con la narrativa pedagógica con las estudiantes de este programa de posgrado. En él se encuentra las diferentes fases de la escritura de un relato hasta su edición para la publicación, lo que permite comprender el proceso vivido y la recuperación de la experiencia que deja significar la práctica pedagógica en la que se ponen en juego una serie de emociones y sentimiento que la acompañan, así como la colaboración en los relatos por las estudiantes narradoras.

En el capítulo III. “Prácticas pedagógicas de las estudiantes de la maestría en desarrollo socio emocional” Se ubican experiencias significativas de las docentes que cursan el posgrado, y que les interesa el desarrollo socioemocional en la infancia porque lo valoran como fundamental en el desarrollo del ser humano, en la primera etapa de su vida, así como el proceso de evolución de sus concepciones, percepciones y saberes resignificados del trabajo con la infancia a lo largo de su trayectoria profesional.

Encontramos experiencias que rememoran el trabajo desde el inicio de la profesión en la que han ido aprendiendo y reaprendiendo, a la distancia dan cuenta de los procesos vividos, su vocación, así como el encuentro con la atención de la diversidad, no solo con los niños, en su contexto también en los diversos ámbitos de la realidad. Los retos a los cuales se han enfrentado, los desafíos y sus aprendizajes, reconociendo que en el sendero de la vida no solamente hay planos, hay pendientes muy sinuosas que en ocasiones cuestan más que el aliento para llegar a la cumbre; es un aprendizaje cotidiano, permanente, en un sin fin de aspiraciones que cada vez profundizan más en la persona que son y valorar su evolución a lo largo de su trayectoria.

Encontramos narrativas como “El día que me encontré con un villano” El relato se enfoca en la experiencia con esos alumnos difíciles, narra el sentir de la profesora frente a los comportamientos agresivos del infante, así como las amenazas y agresiones del mismo. Por otro lado, se reflexiona sobre el rol del docente y cómo ayudar a los alumnos a gestionar sus emociones, siendo comprensivas y empáticas ante esos casos complicados. Definitivamente hay historias llenas de tormentas que pocos se atreven a compartir porque hacerlo significa admitir aquello de lo que como docentes no se siente orgullosa pedagógica y éticamente.

En el relato “En América no se baila”. Expresa la necesidad de la atención objetiva a los alumnos preescolares”. La narrativa cuenta como la autora tomó el lugar de otra educadora con mucha experiencia y esto no fue fácil para ella porque iniciaba con su vida laboral, relata la preparación del acto de clausura y enfoca especialmente la experiencia vivida con una niña; los padres le agradecen que la haya hecho bailar. El relato también se detiene en el tema del cuerpo, en la expresión, las estrategias para acompañar a los alumnos para que se expresen y se sientan libres, cómodos dentro de la expresión, al final cierra con la pregunta que entreteje la narrativa.

La narrativa “El director y el laberinto de los destinos: un viaje de resignificación y coincidencias” Expresa la narradora el desafío de aprender siempre, su experiencia de ser maestra a directiva y la irrupción de la pandemia. Valora a su equipo docente por el trabajo realizado lo cual representa ser muy valioso el reconocimiento de las maestras en el trabajo colaborativo en el jardín de niños.

“Cuando los abrazos y los apapachos no ayudaron: ¿cómo mostrar mi afecto y ayudar a mis alumnos”? En este relato la narradora valora en un inicio de clases con dos situaciones en el mismo grupo que darían con la definición de familia disfuncional no clasifica, sólo describe las situaciones, esta delicadeza le da más contundencia a la caracterización que realiza en el texto trata del cuerpo y de los modos en que ella busca acercarse sin invadir cuando los niños se muestran retraídos y poco accesibles. Aparece la figura de una educadora con comportamientos más invasivos. La estrategia de la narradora apunta no solo al acercamiento físico sino a generar confianza en los niños y que puedan tomar un lugar en el grupo.

El relato “Maestra te acuerdas de Zapata fue un Héroe”...Nos menciona niños excepcionales por

coincidencias de la vida confluyen en un espacio escolar. Se va construyendo un equipaje pedagógico que cada día se enriquece más, a través de ensayos y prácticas de expresión corporal, los niños prepararon una poesía grupal para un festival escolar, que resultó en una exitosa presentación que impresionó a los padres y dejó a los alumnos orgullosos y entusiasmados por más actividades literarias. La experiencia destacó la importancia de la motivación, el tiempo adecuado de aprendizaje y la colaboración con los estudiantes para enriquecer su experiencia educativa.

¡Está bien! ... ¡no, nada va bien! Es un relato sobre el vínculo con una niña que viene con mala referencia de otra maestra. Narra el modo en que logra acercarse a la niña y modificar el patrón de respuestas agresivas hacia los compañeros. Al final expresa el modo en que conoció tardíamente la situación del hogar; es una experiencia sobre la violencia, el vínculo pedagógico y los prejuicios docentes en donde la narradora logra definir y construir el rol docente de manera clara como alguien dispuesta a dar el tiempo, la mirada, el abrazo, la escucha.

“Entre penas y carcajadas” es una experiencia en la cual la narradora expresa el nuevo rol como directora posterior a un ascenso, se encontró con una escuela con serios problemas organizativos y tensiones entre el personal; esto la llevó a cuestionarse su práctica pedagógica. Después de un periodo inicial caótico, comenzó con reuniones clarificadoras y acuerdos para mejorar la convivencia. Valora los aprendizajes para poder reconfigurar emociones, tomar decisiones empáticas, compromiso con la enseñanza y la dirección del jardín de niños, confía en que los cambios implementados perduren y mejoren el ambiente escolar a largo plazo.

¿Cuál es la respuesta? En este relato la autora resignifica su experiencia de manera muy sincera su

experiencia con Dylan un niño que le hizo dudar de su vocación y con el que aprende a compartir el trabajo cotidiano desde una posición no estigmatizante abierta a los acontecimientos y que posibilita cambios, misma que la ha acompañado a lo largo de su práctica profesional.

“La escuela, un camino de experiencias” Es un relato autobiográfico desde pequeña hasta la actualidad. Una de las experiencias relatadas parece “irresuelta” autobiográficamente, reconoce que ha aprendido mucho como si saliera enriquecida. Expresa su deseo de conservar la paciencia, es un relato propio para reflexionar sobre la escuela y el alumno ideales que suelen prometerse durante la formación y las frustraciones que esto produce en las primeras experiencias en grupo, es una oportunidad también para trabajar la noción de normalidad que solemos portar los docentes y de qué manera perjudica a la construcción del rol profesional y de la identidad docente.

¡La distancia que...! ¡Me conecto! La narradora habla de las dificultades de la pandemia y del trabajo docente en la virtualidad en el nivel preescolar, deja ver el cambio hacia una mirada positiva. Es un relato que expresa lo que aprendimos de la pandemia, de la virtualidad forzada, sobre el vínculo con las familias y con los niños.

“Niños excepcionales... un viaje de desafíos y aprendizaje en el país la diversidad e inclusión”. Relata un encuentro con la diversidad, al inicio con el síndrome de down, en un contexto en el que acepta el desafío de integrar a la niña inicialmente con incertidumbre, pero con determinación debido a la influencia personal y familiar. Resignifica la superación de barreras, aprende sobre la condición, y celebra sus logros en actividades escolares. Se van presentando retos continuos: diagnóstico tardío, superación de barreras de acceso a servicios médicos, así como continuo estudio y aprendizaje intensivo sobre adaptación a las clases

presenciales durante la pandemia de covid-19, uso de herramientas digitales y apoyo de CAPEP. Valora lo que la enseñanza inclusiva ha traído a su vida, reconocimiento y celebración de los logros individuales de cada alumno, inspirando un compromiso duradero con la educación inclusiva.

“Los ojos que miran hacia dentro. La importancia de un sistema de acogida en la primera infancia”. Este relato narra la importancia de tener un sistema de acogida en el jardín de niños y que las educadoras comprendan la diversidad que existe entre los diferentes niños, rememora el surgimiento de la vocación por cómo se sintió con la persona que trabajó con ella, esto implica el amor y la pasión por lo que se hace, profundizar en el conocimiento y la sabiduría, así como el compromiso con los infantes y sus familias que abren su corazón.

“Construyendo un espacio seguro”. El relato muestra la mirada sobre los inicios de una maestra con experiencia. Da cuenta de una elaboración producto de años de ejercicio que le permiten recrear aquella intervención pedagógica que fue delicada pero acertada en este sentido logra mirarla de manera crítica y dejar sus reflexiones abiertas, resulta interesante ver la propia construcción del rol que se hace desde su presente para poner a dialogar este relato con los de las maestras que están comenzando.

“Un camino de crecimiento personal” La narrativa rememora los problemas enfrentados entre las limitaciones de infraestructura que se encuentra en el jardín de niños, las concepciones de la docencia en preescolar y el trabajo que realmente es importante en el colectivo docente, el apoyo de las compañeras, la familia y los padres de familia es invaluable en la trayectoria profesional de una educadora que al sentirse bien con ella misma, le da la posibilidad de una docencia

apegada al respeto, la diversidad de cada niño, contexto y reto profesional.

“Los retos de una maestra: ¿realmente vale la pena?” La autora relata la experiencia vivida de recién graduada en la que enfrenta grandes desafíos al iniciar su carrera en una escuela rural de San Miguel de Allende. A pesar de las dificultades y las condiciones adversas, encuentra apoyo en la comunidad y aprende a valorar su fortaleza personal a través de esta experiencia, crece tanto profesional como personalmente, encontrando un propósito en su trabajo y reconociendo la importancia del aprendizaje continuo y el apoyo familiar.

“La gran decisión” Relata el cambio de escuela a una más cerca de su casa, pero desconocida, las dudas, los problemas burocráticos, la llegada a la nueva escuela y el encuentro con una comunidad que la recibe y un ambiente profesional dinámico que cambia completamente su mirada y su vida profesional.

“Y de pronto me sentí sola. Relato de una maestra rural”. Es un relato de la experiencia de una maestra rural, incluye la vividez de los diálogos, se muestra abierta a la realidad y su construcción identitaria como docente se va moldeando a través de sus acciones y de las situaciones que le corresponde asumir.

“No fueron 15, fueron 16: El día que me presentaron a la mamá que no conocí” El relato muestra el pasaje de una mirada a un niño como el distinto a un descubrimiento de su singularidad, Relato emotivo sobre una educadora que transforma un aula desgastada en un espacio acogedor. Su encuentro con un niño con una historia difícil marca un punto crucial de empatía y conexión en su carrera como maestra.

“La casa de las iguanas”. En este relato se resuelven las contradicciones entre la escuela y los alumnos “esperados” y los reales. El relato muestra aprendizajes experienciales de

una docente que construye una subjetividad flexible y creativa que quiere ofrecer a sus alumnos lo que necesitan, resignifica la potencia de la música como lugar de encuentro con los alumnos y con ella misma.

“Campo nubes. Un inicio de terror” Narra desafíos de una maestra de preescolar que recién egresa en 2018, relata la situación en su escuela en la que sucede un accidente con una niña la cual tiene una lesión sería, se da cuenta que la familia es fundamental en el trabajo en el jardín de niños porque al final cuenta el alivio ante la comprensión de la familia y la importancia de estar preparados para situaciones de emergencia y el establecimiento de vínculos.

CAPÍTULO I.
LA NARRATIVA Y SUS APORTACIONES
A LA PEDAGOGÍA DESDE LA
EXPERIENCIA

Narrativa y experiencia en la revitalización de la pedagogía

Daniel Suárez
(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Expansión narrativa y (auto) biográfica y formación docente

En América Latina y el mundo somos testigos de una notable expansión de las narrativas autobiográficas en el campo de la formación y la educación. Algunos incluso hablan de una “expansión biográfica”. Luis Porta, investigador de la Universidad Nacional de Mar de Plata, organizó un libro al respecto en la colección Narrativas, (Auto) biografías y Educación, que dirijo en la Facultad de Filosofía y Letras. En esta obra, *La expansión biográfica*, se pueden encontrar una serie de artículos y de trabajos donde distintos autores y autoras muestran cómo la narrativa, sobre todo la de carácter biográfico y autobiográfico, se ha expandido notablemente, no solo en el campo de la educación, sino también en el de la investigación social en general. También Leonor Arfuch, investigadora y crítica argentina, ha trabajado la noción de espacio biográfico como un campo en expansión que aborda e interseca diversas dimensiones de la vida humana. En su ya clásico libro *El espacio biográfico*, podemos leer cómo se han multiplicado las narrativas de sí como género. Por supuesto, en la literatura: la emergencia y la proliferación de biografías y autobiografías son evidentes, palpables, pero también de entrevistas biográficas planteadas en publicaciones diversas, en la televisión y en otros medios. Muestra cómo narrativa y vida se articulan y generan sentidos y significados que otras formas de denominación no son capaces de plantear, sobre todo de aquello que tiene que ver con las minucias, los detalles,

lo microscópico de la vida cotidiana, de aquello que muchas veces las ciencias sociales y humanas han dejado al margen, y que últimamente descubrimos como fundamentales para dotar de vitalidad a nuestra existencia.

El espacio biográfico se ha expandido y, junto con él, la narrativa biográfica y autobiográfica como género plausible para las ciencias sociales y, fundamentalmente, en la formación de los docentes. En Argentina, esto se vio estimulado a partir del momento liminal que provocaron los *Lineamientos Curriculares Nacionales para la Formación Docente Inicial*, sancionados en el año 2007, y la consecuente apertura curricular de un campo y un trayecto de formación centrado en la práctica profesional. La centralidad que tiene la praxis educativa para la formación de los docentes vino acompañada de una búsqueda incesante de recursos metodológicos y didácticos que habiliten el despliegue de esta nueva pedagogía de la formación. Históricamente, la formación docente tenía un fuerte “carácter deductivo”. Los planes de estudio planteaban que primero resultaba necesaria una formación teórica, luego el conocimiento de la disciplina, las metodologías didácticas y, al final del recorrido, la aplicación de esos aprendizajes en la práctica o en la residencia que duraba aproximadamente de 6 meses a un año. Se concebía a la práctica como un campo de aplicación del conocimiento teórico.

La nueva formulación curricular y la pedagogía que la fundamenta plantean que la praxis pedagógica y/o la práctica pedagógica profesional no es un campo tan solo de aplicación, sino que es también un ámbito de producción de saber. Sin embargo, y quiero establecer aquí una primera distinción, el uso más extendido de la narrativa pedagógica de corte biográfico y autobiográfico generalmente se apoya en la concepción de la narrativa como un recurso, una técnica, un instrumento, que puede desplegar procesos reflexivos sobre el significado y el valor que tuvo la experiencia para el docente en formación, ya sea en la formación inicial, en la formación

continúa, en el desarrollo profesional o en el posgrado. Estos recursos se han multiplicado, y no pretendo realizar aquí un inventario exhaustivo de esa variedad, pero podemos encontrar desde relatos de experiencias hasta narrativas autobiográficas, biografías escolares, trayectorias vitales, cartas pedagógicas, bitácoras, diarios de campo. Esta diversidad de prácticas narrativas facilita el proceso reflexivo sobre la propia formación e implica un fuerte reconocimiento del “saber práctico profesional”, como nos dice Maurice Tardif. Otros, como José Contreras, hablan de “saberes de experiencia”; otras, como Andrea Alliaud, hablan de “saberes de oficio”, es decir, de un conjunto de saberes prácticos que se producen y se transmiten en la práctica, y que son indicadores de afiliación a un campo profesional. Estos saberes se producen al ras de la experiencia docente, son difíciles de codificar y la mayoría de las veces tienen una forma silenciosa de operar: son “saberes tácitos” o “teorías implícitas” que regulan las prácticas de los docentes, pero que no son fáciles de decir, de nombrar, de medir.

Saberes de la práctica, saberes de oficio y saber pedagógico

El sociólogo británico Anthony Giddens, al referirse a esta cuestión, habla de “conciencia práctica”: formas de conciencia que dan cuenta de que los agentes sociales saben lo que hacen, pero que no adquieren formas discursivas porque son difíciles de objetivar y, sobre todo, porque las formas dominantes del decir no los logran capturar con la necesaria sensibilidad y potencia. Son saberes que operan en la práctica, pero que son difíciles de codificar. Hay un intento de codificación de estas formas de saber práctico por parte de lo que se llama “pedagogía de las competencias”, es decir, de identificar competencias observables o habilidades técnicas medibles que garantizarían la codificación de esa forma de saber. Me parece que son muy limitadas en la medida en que gran parte de ese saber práctico no es un saber técnico, no

redunda en el cálculo de medios para llegar a un determinado fin, sino que implica, en todo caso, como forma de saber fronético, la mediación de reflexiones de orden ético y de comprensiones situacionales, contextuales. Algo así como una intuición, por no encontrar otra forma de denominarla, que está apoyada en este conocimiento local, vinculado a una praxis dada, en este caso a una praxis pedagógica. Es una forma de saber que se resiste a las codificaciones matematizadas o excesivamente formalizadas, y que habilita a la narrativa como una forma sensible, estéticamente dispuesta para dar cuenta de las sutilezas contextuales, éticas, cognitivas, que lo caracterizan. Es un saber que proviene de la práctica y que se orienta a la práctica, pero esa orientación para normar o para regular la práctica se asienta necesariamente en este tipo de reflexión ética y de comprensión de la situación, cuestión que la aleja bastante de una concepción técnica. En definitiva, este reconocimiento de esta forma de saber está reconociendo también a los docentes como productores de saber.

El problema de este uso exclusivamente reflexivo de la narrativa es que en realidad no despliega todas sus potencialidades, no tan solo para reflexionar, sino también y fundamentalmente para investigar la práctica. Es decir, que nos permite pensar a los docentes, a los maestros, a las maestras, no solamente como productores de saber, sino también como investigadores de su propia práctica, y no solamente como productores de saber práctico, sino también y fundamentalmente como productores de saber pedagógico público. Me resulta interesante indagar las narrativas pedagógicas, más bien, como una vía para la investigación de la experiencia de la praxis pedagógica. Una investigación que es reflexiva pero que rebasa a la mera reflexión en la medida en que explicita sus criterios metodológicos de producción y las reglas de composición que hacen posible la producción de saber pedagógico. A la narrativa, y en particular a la narrativa

biográfica y autobiográfica, como una vía para la investigación de la propia experiencia como producción de saber público y no tan solo para la reflexión profesional.

Me parece que es muy importante esta distinción porque el saber práctico o el saber práctico profesional facilita el trabajo colegiado de los docentes e implica un paso muy importante: reconocerse como productores de saber y no solamente como transmisores. La investigación de la práctica permitiría que ese saber silencioso, tácito, comunitario, adquiriera un estatuto público y pueda dialogar y debatir con otras formas de saber que están legitimadas en el campo pedagógico. Es decir, como una vía para erigir a nuestros profesores y nuestras profesoras en investigadores de la práctica pedagógica y como una voz habilitada, junto con otras, sin descartar otras, en una conversación, en un diálogo de saberes para tratar de resolver los problemas que ni la especialización científica, ni los docentes con su saber práctico, logramos resolver hasta ahora.

Entrar en conversación con otras formas de saber tal vez nos dé la oportunidad de producir un saber que ninguno por separado podía producir, antes de entrar en esa conversación. El valor de la conversación como construcción de saber está en la base misma de esta concepción, que trata de erigir la narrativa pedagógica como una vía, por un lado, para la investigación pedagógica de la praxis, pero al mismo tiempo para contribuir a la investigación pedagógica y la investigación educativa en general, a la creación o construcción de saber pedagógico a partir de la experiencia, más precisamente, a partir del saber de experiencia.

La vía narrativa, la investigación pedagógica y las pedagogías del Sur

La vía narrativa nos permitiría estar transformando ese saber de la praxis en un saber pedagógico público, de

circulación pública. Indagando estas distintas dimensiones tal vez podamos aproximarnos a esta concepción de la narrativa de experiencia como investigación pedagógica, como investigación que produce o crea saber pedagógico. Al mismo tiempo, nos permitiría armar algo así como una cartografía, una carto-narrativa del campo pedagógico y de nuevos movimientos en él, que se apoyan en la narrativa y en la producción discursiva de los docentes como forma de revitalizar la pedagogía o, como dicen algunos, de recuperar la pedagogía como forma de saber legítima, habida cuenta de que fue muchas veces desplazada hacia los bordes de la consideración pública y de la discusión especializada. En este dislocamiento, se desplazaron también los docentes como sujeto de pedagogía a un lugar marginal dentro del debate educativo.

Me parece no solamente importante en términos epistemológicos y en términos de investigación educativa, sino también en términos político-pedagógicos, es decir, explorar a través de qué estrategias podemos recuperar, junto con la pedagogía, a las palabras, la sabiduría y las experiencias de los docentes. Pedagogía, pero desde una perspectiva o un enfoque particular, no tanto pensando a la pedagogía como un capítulo díscolo de las ciencias de la educación a la manera francesa; no tan solo pensar la pedagogía como la ciencia de la educación a la manera alemana, sino tratando de eludir esta discusión, a mi juicio bizantina, acerca de lo que es o no la pedagogía. Tal vez, lo que podamos hacer a través de esta consideración de la pedagogía es repensar qué sabemos como ciencia, a qué denominamos ciencia, sobre todo teniendo en cuenta los cimbronazos que el conocimiento científico internamente, pero también externamente, viene sufriendo en los últimos tiempos. Una serie de giros y virajes epistemológicos también ponen en cuestión las formas consagradas de concebir a la ciencia.

Prefiero pensar en la pedagogía, en las pedagogías, desde el Sur. Algunos hablan de *las pedagogías del Sur* basados en las epistemologías del Sur que los estudios decoloniales vienen delineando; esta idea de pensar al sur no solamente como una posición geográfica, no tan solo como una localización geopolítica, sino también como una posición epistémica: ubicarse desde el Sur Global para pensar, sentir y recrear el mundo. Algunos, como Boaventura de Sousa Santos, hablan del Sur como “metáfora del sufrimiento humano” de aquellos que padecemos relaciones de dominación, de subordinación, de explotación, de opresión, como un punto de vista epistémico para mirar y renombrar el mundo, como perspectiva de saber que las miradas coloniales no ofrecen.

Los aportes de los estudios decoloniales son fundamentales para profundizar esta perspectiva epistemopolítica otra. Epistemo-política, porque no desprende la consideración acerca del saber legítimo respecto de las relaciones de poder: toda operación de saber presupone una relación de saber y viceversa. También, los aportes desde otras perspectivas, sobre todo de las perspectivas críticas luego de los giros epistemológicos de este siglo: del giro decolonial, del giro poscualitativo, del giro afectivo. También, para diferenciarlas en esta obsesión occidental moderna de legitimar el conocimiento tan solo por denominarlo como científico, e invertir un poco esta realidad planteando la posibilidad de lo que algunos llaman “pluralidad epistémica”, es decir, la posibilidad de concebir y de reconocer distintas experiencias, distintos sujetos y distintos saberes que, a partir de la “racionalidad indolente” de la ciencia moderna, son desperdiciados.

¿Cómo podemos aprovechar todo ese saber, toda esa experiencia, toda esa sabiduría, para mejorar el mundo y para poder imaginar el mundo y otra escuela de otra manera? Y para dejar atrás las miradas tecnocráticas, de ingeniería social, que muchas veces condenan a la pedagogía a un lugar

meramente prescriptivo o a la inerte especulación metafísica. Estas ideas de las pedagogías del sur y de las epistemologías del sur, que prefiero llamar con Luis Porta “pedagogías vitales”, nos permiten abandonar esas restricciones que la discusión epistemológica occidental nos propone para plantearlo, en todo caso, como formas históricas y socialmente construidas de justicia epistémica, y de reconocer otras formas de saber que podrían estar suplementando, complementando o entrando en diálogo, en ecología, con lo que se conoce convencionalmente como conocimiento científico, saber experto.

Revitalizar la pedagogía: giros epistemólogos

La idea de revitalizar a la pedagogía para tratarla como una pedagogía encarnada, como una pedagogía que tiene que ver con los territorios y que tiene que ver necesariamente con un saber situado, local, singular, como una forma de conocimiento local, diría Clifford Geertz, pero que tiene capacidad para discutir principios universales, así como hace la antropología. La antropología también produce un conocimiento local, sin embargo, a través de ese conocimiento local está generando un conocimiento acerca de los seres humanos, sobre la cultura en general. “Pinta tu aldea y pintarás el mundo” decía el poeta, y traía esta idea de un conocimiento vital que dé cuenta de la experiencia viva, de la vida cotidiana y profana, que permita apropiarnos de la experiencia y no solamente de las prácticas, de aquello que tiene de singular la experiencia, de único e irrepetible, para poder ponerlo en tensión con el conocimiento público. Una pedagogía, si quieren, “indisciplinada”, o una pedagogía que algunos definen más moderadamente como transdisciplinaria, es decir, que se construye en el espacio “entre” las disciplinas, y que no se ajusta a las restricciones y límites que dictan las reglas de composición de los campos disciplinarios, del conocimiento disciplinado.

Este lugar transdisciplinario e indisciplinado no lo ocupa solamente la pedagogía, hay muchas otras formas de saber (por ejemplo, la biotecnología), que se despliegan en este espacio “entre” porque no soportarían los criterios de validación de un campo disciplinario en particular. Exige la producción y elaboración de criterios específicos para su valoración. Eso es solo posible en la medida en que trascendamos los límites de las disciplinas para producir saber; no para ignorar el conocimiento disciplinado sino más bien para poder establecer con él conversaciones creativas: la producción de saber que no teníamos antes. La sociología de la educación, la política de la educación, la historia de la educación, más allá de sus innegables aportes, no agotan el conocimiento del acto pedagógico. Algunos, algunas para ser más exacto, vienen discutiendo también a esta híper especialización de las ciencias de la educación en la medida en que fragmenta su “objeto de estudio” a través de miradas especializadas y quita la posibilidad de mirar el acto educativo, la experiencia educativa, de una manera integral, compleja, completa. Esto es lo que estaría habilitando a la pedagogía a partir de indagar la experiencia de la praxis, de investigar el acontecimiento pedagógico que algunos, como Phillippe Meirieu, llaman “acto pedagógico”.

Pasamos rápidamente a la consideración de lo que he denominado “vía narrativa”, pero fundamentalmente a partir de los aportes de lo que se llamó “giro narrativo”, un epílogo o capítulo final de lo que se definió como “giro interpretativo” ¿Qué es esto? un viraje en la forma de concebir las ciencias sociales. Algunos lo llaman “giro interpretativo”, otros lo llaman “giro hermenéutico”; es el pasaje de la pretensión explicativa de las ciencias sociales al despliegue de su capacidad interpretativa: de la explicación a la interpretación. Anthony Giddens nos dice, apoyándose en Ricoeur, en filosofías como la de Hans-Georg Gadamer, en la hermenéutica y en otros desarrollos como el análisis del

lenguaje, los juegos del lenguaje y toda esa producción, que en realidad la tarea del científico social no es la de explicar el mundo como lo explica el biólogo, el físico, el geólogo, porque lo que hace el científico social es dar cuenta de un mundo social inundado de significaciones, un territorio ya interpretado por sus habitantes. El mundo social está significado, llegamos al mundo y es un mundo que ya está interpretado y esas interpretaciones son construcciones humanas históricamente sedimentadas. Según Giddens, hay que pensar al investigador de las cuestiones sociales como un intérprete de interpretaciones. El mundo está ya está interpretado por los seres humanos que lo viven, hacen y nombran; lo que hace el científico social en una “doble hermenéutica” es interpretar las interpretaciones que usamos los sujetos para darle sentido, orientarnos y obrar en el mundo social.

Este viraje fue fundamental, sobre todo para la antropología. Permitió que la antropología se despliegue, saliera de ciertas restricciones metodológicas más funcionalistas: ya el antropólogo no tendría que explicar por qué los nativos hacen las cosas, ciertas cosas, sino que tendría que encontrar el sentido, el significado situado que le otorgan los habitantes de las “culturas nativas” a lo que hacen. Este viraje también llegó al campo de la educación, donde la narrativa encuentra muchísimas potencialidades para dar cuenta de ese mundo interpretado y para re-interpretar el mundo de la transmisión y recreación cultural, la formación de los sujetos, la acogida hospitalaria a los nuevos. En este movimiento epistemológico, se incorporan además elementos de las humanidades, de la crítica literaria y del arte en la investigación social. Las ciencias sociales ya no utilizan solamente metáforas y analogías de la tecnología y las “ciencias duras”, como lo hace, por ejemplo, la teoría del campo de Bourdieu, que alude el campo de fuerzas de la física como modelo; sino más bien, cada vez más, a metáforas y analogías de la literatura y las humanidades.

Clifford Geertz, en su artículo *Géneros confusos*, muestra cómo el desarrollo del lenguaje de las ciencias sociales se va apropiando de metáforas propias del campo de las humanidades: en Erving Goffman, la analogía de juego; en cierta antropología, la metáfora productiva del drama, que utiliza nuevas categorías y analizadores como teatro, escenario, guion, personajes; o en Paul Ricoeur, con la metáfora del texto y la propuesta metodológica de leer/interpretar al mundo social como texto. Son todas metáforas o analogías provenientes de las humanidades, las que nos abren la posibilidad de pensar a la investigación cualitativa e interpretativa como una forma legítima de producción de saber a través de la vía narrativa, biográfica, y autobiográfica. Con el giro narrativo y el giro interpretativo se incorpora activamente a la narrativa en las distintas disciplinas de las ciencias sociales, y también en el campo de la pedagogía, como una vía para acceder sensiblemente, sutilmente a esas minucias, a esos detalles, a esas singularidades, peculiaridades, de la vida cotidiana, del encuentro humano, como lo es el encuentro educativo.

La vía narrativa abre también la posibilidad de llevar los aportes de la investigación narrativa y autobiográfica al campo de estudios de la educación, al campo de la investigación educativa, profundizando la capacidad de comprensión y de interpretación de sus abordajes metodológicos. Al igual que en el caso de la educación, hay también un uso instrumental y técnico de la narrativa en las distintas disciplinas de las ciencias sociales. Por ejemplo, la antropología utiliza muchísimas narrativas, pero como un recurso dentro de un aparato metodológico antropológico, etnográfico. Bolívar, en su artículo “¿De nobis ipsis silemus?: Epistemología de la investigación biográfico-narrativa en educación” (2002) plantea la posibilidad de pensar a la investigación narrativa a partir de reglas metodológicas propias, específicas, irreductibles a las metodologías del campo disciplinar. Ya está

planteando en el 2002, el carácter transdisciplinario o indisciplinado de la investigación narrativa. Para que su uso no sea tan solo instrumental, debe posicionar al investigador frente a la experiencia de investigar desde otra sensibilidad estética, poética, ética, política, metodológica y ontológica, es decir, una nueva posición de investigación no tan ajustada al método racional, sino más bien a una búsqueda indicial, como diría Carlos Ginzburg, una búsqueda que tiene que ver con la posibilidad de indagar en el territorio y de rediseñar permanentemente la investigación a partir de las huellas y pistas halladas mientras se lo transita y habita.

Esta idea de “seguir pistas” que la interpretación narrativa nos permite, exige una posición ética diferente del investigador, que ya no considera a su entrevistado como a un objeto, sino más bien como un otro sujeto que participa de la investigación y que, de alguna manera, es su coautor. Inclusive, la investigación narrativa más radicalizada plantea una relación de yo-tú que, de manera dialógica y alternada, implica la afectación del sujeto con las circunstancias de investigación, a diferencia de la investigación positivista tradicional que presupone la mínima implicación del investigador en las circunstancias de la investigación. Escuchábamos decir en algún momento, seguimos escuchando: “no podés investigar en el mismo lugar donde trabajás porque estás muy implicado. Tenés que ir a otro lugar a investigar”. La investigación narrativa habilita que uno, una, pueda investigar el lugar que habita, y no dejar a otros que sean tan solo ellos los que interpreten el mundo que vivimos, sin poder decir de manera autorizada nuestra propia palabra.

Sensibilidad estética, creatividad poética y experiencia

¿Qué implica esta idea? Implica una nueva sensibilidad estética, tener capacidad de poder percibir esas cuestiones que la narrativa nos ayuda recuperar del olvido y la invisibilidad, a dar cuenta de eso que en otros campos no adquiere ningún

sentido pero que en el nuestro tiene una vitalidad fundamental. Por eso, junto con las pedagogías vitales, a la hora de definir el acto pedagógico, aquello que las disciplinas científicas dejaron en los bordes, lo ponemos en el centro para poder comprender mejor, para poder orientarnos mejor en el mundo. Y lo podemos poner en el centro porque somos nosotros, nosotras, las que habitamos ese mundo, los que interpretamos ese mundo, los que estamos inquietos por reinterpretarlo. Esto no quiere decir que la implicancia no deba ser trabajada, reflexionada, pero se comienza con la implicancia: se trabaja, se investiga el lugar que se habita. Por eso, la narrativa (auto)biográfica nos ofrece no solamente recursos sino puntos de vista, enfoques, formas de racionalidad estética a la hora de comprender nuestro mundo y construir saber público a partir de ese conocimiento íntimo.

Me parece importante esta distinción entre un “uso intensivo de las narrativas biográficas” respecto del desarrollo de un “enfoque específicamente biográfico narrativo”, porque es lo que permite emparejar a narrativa y pedagogía en este sentido: tanto a la narrativa como a la pedagogía las pensamos transdisciplinariamente, en una búsqueda permanente de criterios que validan esas formas de saber y que permiten pensar a la investigación pedagógica como una alternativa, como una vía para la investigación de la experiencia educativa, para la investigación de la experiencia de la praxis educativa.

Quiero establecer una distinción entre práctica y *experiencia*, para acercamos así al tercer componente de esta serie, que fue definida muy sintética y poéticamente por Jorge Larrosa y José Contreras: pensar la experiencia como aquello que nos pasa con lo que pasa, aquello que nos toca, nos conmueve, aquello que nos transforma, aquello que produce un acontecimiento en nuestra vida, dentro de los sucesos de nuestro devenir, aquello que nos pega, que nos sacude, que nos hace reflexionar acerca de toda nuestra vida. La experiencia es lo que alumbra el acontecimiento, en este caso pedagógico. Es

decir, que sin experiencia no hay acontecimiento, entendiéndolo junto con Alain Badiou o Michel Foucault, como una inversión en una relación de saber-poder. Por ejemplo, una voz que no venía siendo dicha o, mejor, una voz que venía siendo hablada por otros, se pronuncia invirtiendo, desde este paso del silencio al decir, la relación de poder que la silenciaba.

Vivimos en un mundo de prácticas en donde puede no haber experiencia en el sentido de esta apropiación particular, única, irrepetible, del acontecimiento. Podemos estar involucrados en la misma práctica, pero la experiencia que tenemos es singular, única e irrepetible, aun cuando sea colectiva. Fíjense qué interesante esta cualidad de la experiencia: es siempre singular y al mismo tiempo colectiva. Hay una apropiación singular de un yo o un nosotros, de un sujeto individual o colectivo. Al mismo tiempo, las narrativas dan cuenta de experiencias junto con otros, nunca se sostienen solas; inclusive la experiencia de la reflexión es la de uno con otro, que es sí mismo. Esto es muy importante, ya lo planteaba Paul Ricoeur: la identidad *ídem* y la identidad *ipse*, este desdoblamiento del sujeto que en la narrativa autobiográfica está muy vigente. Cuando uno escribe un relato de experiencia ese uno se desvanece porque es al mismo tiempo personaje de la historia, muchas veces protagonista; es también el narrador, el que cuenta la historia, que no necesariamente es el personaje; y es también el autor de ese texto. Por eso, pronunciar “yo” o “nosotros” en el marco de la investigación narrativa y de estas pedagogías vitales no es tan sencillo. Implica una indagación de sí. Algo que usamos tan habitualmente como decir yo, en el campo de la investigación narrativa se torna problemático, metodológicamente problemático.

Lo que quiero explorar es la diferencia entre práctica y experiencia. Por eso, me gusta diferenciar la documentación narrativa de experiencias pedagógicas de la sistematización de

prácticas. Las prácticas sí pueden ser capturadas por categorías externas que definen y que permiten poner a esa práctica en un sistema, para explicarla, para aventurar una explicación. La experiencia es bastante díscola respecto de los sistemas en la medida en que da cuenta de singularidades. Si metemos en un sistema a una experiencia le sacamos lo que tiene de peculiar, que es ser única e irrepetible. Desde mi perspectiva, sí se pueden sistematizar relatos de experiencia, pero no experiencias; la experiencia sólo es aprehensible o re construible a través del relato. Algunos dicen que el relato constituye la experiencia, que no hay experiencia antes de que la relatemos; hay otros que plantean que existe una experiencia muda. Hay un libro fantástico de Giorgio Agamben, que se llama *Infancia e historia*, en el que escribe sobre esta tensión, sobre la posibilidad de la “infancia del hombre”, de si es posible pensar la experiencia humana sin palabras.

La experiencia habilita el misterio a través de la intriga del relato, mientras que la práctica no tiene ningún misterio, justamente por eso es práctica, porque es posible sistematizarla, es posible categorizarla, es posible incluirla dentro un sistema en el que adquiere sentido. Me parecen muy importantes los estudios que sistematizan prácticas, pero prefiero diferenciarlas de aquellos que ahondan en la profundidad y en la singularidad de los relatos y que postulan la imposibilidad de capturar la experiencia con ningún sistema. Capturar la experiencia con un sistema implica privarla de aquello que tiene de misterioso, de maravilloso. Sí se pueden sistematizar relatos, de hecho, me parece que sería muy interesante hacerlo en la medida en que permitiría tener acceso al mundo ya interpretado, porque también sistematizar relatos implica un acto de interpretación de los textos a partir de las peculiaridades que manifiestan.

Sabemos de la relación estructural, de la inherencia entre experiencia humana y narrativa, sea desde el estructuralismo,

por ejemplo, de Roland Barthes, o de la hermenéutica crítica de Paul Ricoeur (para poner dos posiciones que, sólo en principio, aparecen como antagónicas en el debate acerca de la narrativa). En ambos casos identifican narrativa con experiencia. Inclusive Paul Ricoeur plantea la ligazón entre la experiencia humana del tiempo y la narrativa como forma de vehiculizarla, como vía. En la sistematización de prácticas estaríamos también perdiendo el tiempo narrativo, la construcción humana del tiempo, o la construcción pedagógica del tiempo, justamente porque la narrativa lo que permite es derramar la vida en el tiempo y la construcción no solamente de una identidad narrativa sino también de un tiempo narrativo, un tiempo que se plasma y realiza en relato. Los relatos de pandemia nos muestran, por ejemplo, no solamente la nueva forma del uso del tiempo en la excepción pandémica, sino las formas convencionales, naturalizadas, automatizadas, deterministas, poco discutidas, que son asignadas al tiempo en términos educativos. Esta concepción de un tiempo único, lineal, productivo, evolutivo, que fundamenta la planificación, el currículum, la evaluación, se puso en tensión con los relatos pedagógicos de pandemia que muestran, nos dejan leer, tiempos múltiples, tiempos escamados, tiempos superpuestos, tiempos circulares, otros tiempos que entraron a la escuela justamente a partir de la flexibilización de las regulaciones y de la excepcionalidad de las cursadas, tiempos milenarios, tiempos cósmicos que entran en los relatos para resignificar la experiencia escolar.

Recuerdo algunos relatos de experiencia que estuvimos trabajando en Salta, en educación intercultural bilingüe, durante la pandemia. Justamente a partir de la flexibilización de los límites de la escuela por la situación excepcional, se colaron en la reconstrucción narrativa de la experiencia una manta ancestral e historias movidas por tiempos-otros en las prácticas en primera lengua wichi en Misión chaqueña. En esa experiencia lograron entrar otros tiempos que ponían en

tensión el tiempo de la planificación, el tiempo del currículum, el tiempo de la evaluación, el calendario escolar, que presupone un tiempo occidental, lineal, progresivo y productivo, porque es un tiempo que se piensa para el logro del objetivo claramente delimitado. No voy a discutir con eso toda la parafernalia temporal e instrumental de la educación, pero sí nos permite mirarlos de otra forma, nos permite desnaturalizarlos, nos permite pensar de otra manera, con otra sensibilidad estética, ética, política y metodológica, las realidades educativas.

Volviendo a nuestra serie, también podemos pensar a esta idea de la pedagogía como resultado de un movimiento intelectual y político a ambos lados del Atlántico, que se desarrolla tanto en Europa como en América Latina. Voy a hacer un pequeño recorrido para mostrar que al menos no estoy tan solo, que hay otros que vienen pensando en estas cuestiones, con resoluciones diversas. También lo haré para inscribir las narrativas pedagógicas dentro de una tradición pedagógica, dentro de un conjunto de debates que se vienen llevando no solamente y por capricho en Argentina o en la Universidad de Buenos Aires o en Jujuy. En realidad, muchos otros también vienen pensando en esta idea de recuperar la pedagogía como forma de saber legítima, valiosa. Philippe Meirieu escribe un libro que se llama, precisamente, *Recuperar la pedagogía* (Paidós, 2016). Es muy interesante que los franceses planteen esto porque muchos de ellos decretaron la muerte de la pedagogía en la década del '80 y del '90. Parece que ha resucitado la pedagogía en el sentido de atender lo que Philippe Meirieu llama banalización del discurso pedagógico, fundamentalmente de la mano de las versiones más tecnocráticas y esa fuerza colonial de la retórica del marketing, de la lengua de las empresas dentro del lenguaje educativo. ¿Qué dice Philippe Meirieu al respecto? Hay que recuperar la pedagogía releando los clásicos, sobre todo los autores y autoras de la escuela nueva.

Por su parte, Jorge Larrosa, Fernando Bárcena, Carlos Skliar proponen desde hace algunos años la idea de que la lengua de la educación se ha tornado impronunciable para los docentes. El lenguaje que disponemos nos impide hablar entre nosotros acerca de nuestros asuntos, de lo que hacemos en las escuelas, porque ese lenguaje está penetrado por esta visión ingenieril de la pedagogía. También advierten sobre una cierta mácula redentora del discurso crítico que también ha tornado impronunciable esa lengua para los docentes. Las versiones tecnocráticas porque inhiben la voz docente y las versiones críticas, redentoras, porque plantean una emancipación fácil, que carga de responsabilidad al docente respecto de tareas tan difíciles e improbables, y que lo colocan paradójicamente en el lugar de la impotencia o de la imposibilidad de conversar con otros profesores acerca de las minucias, los detalles, muchas veces soslayados también por esos discursos. Involucrados en escribir “elogios” a la escuela, el profesor y la tarea, plantean que hay que buscar este nuevo lenguaje, esta nueva sensibilidad, esta nueva estética, en las porosas fronteras entre la pedagogía, la literatura, la filosofía, el cine y las artes. Explorando esa intersección inestable tal vez podamos reescribir o reelaborar lo que Larrosa llama la “prosa del profesor”: la posibilidad de narrar, de contar con palabras propias, lo que acontece, lo que le sucede con lo que acontece, para poder conversar con otros maestros y profesores y sus prosas acerca del mundo escolar vivido y mapeado por relatos.

José Contreras, desde España también, propone “narrativizar” la pedagogía. Encuentra en la narrativa una vía para este proceso de vitalización de la pedagogía como forma de saber y la construcción de lo que él llama una “pedagogía de la experiencia”, que ponga en el centro de la escena aquello que le sucede y acontece a los que hacen el acto educativo. Advierte sobre la idea de que la pedagogía no se refiere tan sólo a la enseñanza, como un capítulo, como un prólogo, un preámbulo de la didáctica, sino que se ocupa más bien de los

procesos de transmisión y recreación cultural, de la formación de los sujetos y, agrega, de la acogida amorosa, del recibimiento hospitalario, de la bienvenida maravillada al mundo a los nuevos. ¿Qué hace un maestro?: no solo enseña, también recibe por el mundo a los nuevos para mostrarles las maravillas del mundo, las maravillas como aquello que vale la pena ser admirado, que vale la pena detenerse para mirar. Piensan en la escuela justamente como *scholé*, como ese espacio que prepara y habilita un reparo, una bienvenida para los nuevos; separada del mundo, para mostrarles el mundo con admiración. Ignacio Rivas Flores y Analía Leite, en la Universidad de Málaga, plantean esta vía de recuperación y de revitalización de la pedagogía en la propuesta de investigar el mundo escolar junto con los docentes. Advierten sobre la necesidad de que esa nueva pedagogía, esta otra pedagogía vital, narrativa, de la experiencia, habilite la palabra y las historias de los docentes y los involucre a través de ellas en procesos de investigación junto con investigadores educativos. “Investigar pedagógicamente es investigar con otros, es investigar en colegialidad”, es decir, la comprensión del mundo pedagógico no puede ser atribuida a un solo especialista o a un solo investigador, sino a una comunidad de interpretación.

En América Latina hay un capítulo de la propuesta de recuperación de clásicos, desdeñados y olvidados: relecturas de Paulo Freire, relecturas de Simón Rodríguez, la reemergencia del maestro Luis Iglesias o de las hermanas Cosettini. Una búsqueda en clásicos o de nuevos o de tapados de la pedagogía para encontrar una lengua que nos permita conversar entre profesores sobre nuestros asuntos de oficio. En Santa Fe, el sindicato docente AMSAFE ha hecho y curado una magnífica colección de biografías de maestros y maestras santafesinos a través de la historia de vida, de la indagación biográfica, que recupera y reconstruye sus obras. Es muy interesante también el trabajo que realizó Adriana Puiggrós con APPeAL,

recuperando para la historia de la educación y la memoria experiencias y alternativas pedagógicas invisibilizadas por la lógica tecnocrática y productivista. En la Universidad de Chile, Leonora Reyes reconstruye experiencias pedagógicas colectivas muy valiosas y disruptivas que el lenguaje de la reforma tecnocrática de Pinochet invisibilizó. Reyes utiliza recursos de la historia de la educación para construir memoria pedagógica, es decir, una forma de saber que se valida en el campo pedagógico y no en el campo de la historia ¿Cómo podemos recuperar relatos de experiencias para generar una memoria pedagógica de la escuela, con esta idea de visibilizar lo invisibilizado?

Un movimiento plural, heterogéneo, rizomático

De este lado del Atlántico se continúa este movimiento heterogéneo, diverso y plural que piensa la pedagogía, la narrativa y la experiencia en sintonía, en serie. En Colombia, desde la década del '80, el grupo de pedagogos de Historia de la Práctica, desde la Universidad de Antioquia y la Universidad Pedagógica Nacional, fundamentalmente, también trae al debate la necesidad de reconceptualizar el campo de la pedagogía, de generar nuevas bases epistemológicas para despojar a la pedagogía del carácter instrumental que le fue atribuido por los procesos de reforma tecnocráticos, tecnicistas, de los estados latinoamericanos. Hay que encontrar nuevos conceptos que nos permitan alejarnos de estas perspectivas y construir nuevos conceptos para la educación. Olga Zuluaga, Alberto Echeverri, Humberto Quinceno, Alejandro Álvarez, Alberto Martínez Boom, entre otros, plantean esta exploración del horizonte conceptual y discursivo de la educación y lo desarrollan en una revista emblemática que se llama *Pedagogía y Educación*.

De forma paralela, en la década del '80, hubo en Colombia un movimiento social y pedagógico, el Movimiento Pedagógico Nacional, que logró incidir en las bases

constitucionales de Colombia y en la Ley Orgánica de Educación de ese país; un movimiento que conjuntó a intelectuales, investigadores, pedagogos, maestros, sindicatos, administraciones educativas, y que celebraba la figura del maestro y de la maestra como productor de saber pedagógico, y no tan solo como “recontextualizador” de saberes especializados producidos por especialistas en el “campo intelectual de la educación”. Ya planteaba la idea de que el docente debía dejar de ser de objeto de intervenciones curriculares para convertirse en un sujeto del currículum; debía dejar de ser el objeto de investigaciones para convertirse en un sujeto de investigación y un sujeto de pedagogía a partir de esta intervención en el campo de la producción de saber; debía dejar ser objeto de formación para convertirse en un sujeto de su propia formación, de una formación colectiva, horizontal, creativa. Fue muy importante este movimiento porque inspiró a todo el movimiento pedagógico latinoamericano, que tiene ramificaciones y derivas importantes, significativas, pero poco visibles. Por ejemplo, la instancia de encuentro y conversación a través de la *Red Iberoamericana de Docentes que Hacen Investigación desde la Escuela*, en donde los docentes investigadores intercambian sus producciones, muchas de ellas elaboradas de forma narrativa.

También en Brasil esta idea de vitalizar la pedagogía cobra vigencia a través de la relectura de la obra de Paulo Freire, que no se limita tan solo a la *Pedagogía del oprimido*, sino también a otros desarrollos que surgen también de su praxis pedagógica, de la indagación de su praxis pedagógica. Es notable ver cómo, en este movimiento reflexivo, Freire va incorporando a su producción la vía narrativa a través de cartas, relatos de experiencia e historias autobiográficas, para dar cuenta de su propia experiencia pedagógica y para producir el saber pedagógico público que tanto conocemos o decimos conocer. En Argentina también este movimiento de

recuperación de la pedagogía fue muy fuerte. Autores como Flavia Terigi, Gabriela Diker, Mariano Narodowski, Andrea Alliaud, Estanislao Antelo, Miriam Southwell empezaron a habitar y transitar el territorio de la pedagogía y a pensar la pedagogía como una forma de saber legítimo. Las producciones de Andrea Alliaud sobre las obras pedagógicas y los maestros artesanos, con Antelo, o los trabajos de Miriam Southwell sobre la posición docente, son solo ejemplos de esa producción, esto es, de investigaciones específicamente pedagógicas que se informan y alimentan con las ciencias de la educación, pero que no se reducen a ellas, y que producen un saber otro muy sensible sobre el mundo escolar.

Más allá de esta producción académica y universitaria, el espíritu movimientista de la pedagogía al que me refería también arraigó en Argentina. En nuestro país, desde hace veinte años, el *Colectivo Argentino de Docentes que Hacen Investigación desde la Escuela* se enreda con la Red Iberoamericana y, a su vez, enreda a más de diez redes nacionales de docentes investigadores. Desde esos nodos, promueve la investigación desde la escuela por parte de docentes a través de la vía narrativa y otras estrategias: la sistematización de prácticas, la investigación acción participativa, la investigación etnográfica y autoetnográfica. La *Red de Formación Docente y Narrativas Pedagógicas*, en la que participo desde mi Facultad, forma parte del Colectivo Argentino. Y si bien este movimiento en red no se limita a explorar la vía narrativa de la investigación pedagógica, ofrece la posibilidad de pensar junto con otrxs al docente como investigador y de discutir con ellos la idea de que la narrativa colabora a que el docente, sin dejar de ser docente, pueda investigar su práctica o, mejor, su experiencia pedagógica. Que pueda investigar su práctica y su experiencia sin exigirle que se convierta en un etnógrafo o en un sociólogo o en un historiador de la educación, y que se ajuste a las reglas restrictivas y excluyentes de esos marcos teóricos y

metodológicos. Que podamos defender formas propias de investigar.

Investigar mediante relatos y movimiento pedagógico

La vía narrativa de la investigación pedagógica situada ofrece esa posibilidad porque no solo se trata de contar la experiencia, o de narrar las prácticas para reflexionar sobre ellas, sino también de indagar la experiencia, el saber de experiencia y el lenguaje de la experiencia. Investigar narrativamente mientras se narra; mientras se deconstruye y reconstruye la experiencia, el saber de experiencia y el lenguaje de la experiencia. Y producir, poner a circular y a conversar saber pedagógico público. Es importante para la revitalización de la pedagogía ir más allá de la idea de las narrativas autobiográficas o de experiencia tan solo como recurso didáctico para la reflexión, y avanzar con la idea de la narrativa como una oportunidad para indagar la experiencia, para construir saber pedagógico y para constituir comunidades de interpretación pedagógica. Inclusive en la formación inicial de los docentes: sacar a la narrativa de ese uso exclusivamente orientado a la reflexión de la práctica y reorientarla hacia la indagación colaborativa, entre docentes y entre docentes y estudiantes, de los dispositivos y experiencias de formación en el campo de la práctica profesional. Se empieza por compartir escrituras, lecturas, conversaciones, en una relación de horizontalidad, en un marco de confesiones pedagógicas en el que se van a contar, en confianza, no solamente aventuras sino también desventuras; historias que van a mostrar, también, cómo el profesor duda, se interroga y siente, y que a pesar de eso sigue siendo profesor, o justamente por eso es profesor.

Me parece muy importante involucrarnos activamente como docentes y como estudiantes en esta “fusión de horizontes” que plantea la conversación en torno de narrativas. La idea de horizontes que se fusionan, se conjuntan

o se aproximan inspira el marco de comunicación, intercambio y conversación en el territorio de la investigación pedagógica. No se trata de igualarnos o espejarnos en una relación de simetría, sino de conjuntar o fusionar nuestros horizontes de expectativas, deseos, inquietudes y conocimiento, para que podamos construir juntos un horizonte común, un mirar juntos al horizonte fusionado, aunque estemos en posiciones diferentes y le atribuyamos e interpretemos cosas diferentes. Esto es lo que permite la conversación y el involucramiento de todxs en el proceso de investigación-formación.

El movimiento intelectual y político de revitalización de la pedagogía es bastante difuso, todavía incipiente, aún poco visible, emergente, pero muy vital, prolífico y dinámico. Y por eso mismo, un territorio a cartografiar. Es rizomático, vibrante, plural, se expresa en lo múltiple, no se ocupa de proclamas y declaraciones, ni se detiene en la pureza doctrinaria, sino que se actualiza en torno de singularidades que conversan. A pesar de las diferencias evidentes, sus distintas expresiones y derivas tienen algunas cuestiones en común, puntos de convergencia, que hacen posible la conversación y el trazado de una tradición de lecturas y debates. Una de esas cuestiones es entender a la pedagogía no como una disciplina científica convencional, o dentro de la cuadrícula estabilizada de la disciplina científica, sino más bien discutir y argumentar su eventual científicidad a través de otros criterios y valores. Los que convergen en esta corriente de pensamiento en movimiento, imaginan a la pedagogía como un territorio de saber, experiencia, praxis, discurso y subjetivación. Como territorio de saber, en la medida que reivindican la especificidad e irreductibilidad epistemológica, metodológica, estética, ontológica y poética del saber pedagógico, su carácter público, y su vinculación y distinción respecto del saber de experiencia o saber práctico profesional, del cual deriva, emerge. Como un campo de praxis, porque visualizan a la praxis pedagógica, o a la acción pedagógica,

como una actividad que se justifica en sí misma mediante su realización, y no por lo que “produce” o su producto. La praxis pedagógica no es productiva en ese sentido. Siempre está informada en y mediada por reflexiones éticas y comprensiones situacionales. Y su valor es hacerse, en su realización. Desde esta perspectiva pragmática de la pedagogía, no podemos reducir la reflexión sobre la praxis pedagógica a lo que produce y a su dimensión técnica, sino a lo que media y a lo que acontece en su devenir experiencia.

También, entonces, siguiendo a este movimiento, podemos pensar a la pedagogía como territorio de experiencia, porque no solamente se practica, sino que pasa algo vital, humano, con aquello que se hace. Para que acontezca la educación, para que se realice la transmisión cultural, la formación de los sujetos y la acogida amorosa de los nuevos, tiene que acontecer algo, tiene que sacudir a quienes participan, tiene que provocar nuevas posiciones de sujeto, nuevas derivas subjetivas, transformar, conmover, inquietar, movilizar, y no solo instruirlos en competencias o automatizarlos en procedimientos. Inmediatamente, podemos pensarla como un campo de discurso, en la medida en que genera posiciones de enunciación y de recepción para los sujetos pedagógicos. Junto con este movimiento plural, emergente, transatlántico, además, podemos repensar a la pedagogía como un territorio de subjetivación, como una particular configuración de espacio, tiempo y relaciones de saber, poder y discurso en el que se forman los sujetos y en el que se posicionan como receptores y emisores de discursos pedagógicos y como productores de saber pedagógico.

A pesar de sus diferencias, los que confluyen en este movimiento comparten, además, la idea de pensar a la pedagogía como el territorio de la transmisión y la recreación cultural, como el espacio tiempo de la formación de los sujetos, pero también como el territorio de la acogida, de la recepción, de la bienvenida de los nuevos. Es decir, que tiene que ver

también con dispositivos, prácticas, experiencias y sujetos que rebasan los límites y la imaginación de la enseñanza escolar. La transmisión y la recreación culturales puede darse en otros sitios y tener que ver con marcos no vinculados directamente con la enseñanza y la escuela. Hay formación de sujetos y transmisión cultural a través de las operaciones de subjetivación y de conexión de los dispositivos pedagógicos de los medios de comunicación y de los recursos tecnológicos digitales y virtualizados. Garantizan la transmisión o la recreación culturales, ahí mismo se forman subjetividades y se recibe a los nuevos. Puede gustarnos o no, pero de todas maneras la indagación pedagógica, la investigación pedagógica, la pedagogía, también llegarían hasta ahí, no se limitarían a investigar la transmisión cultural como enseñanza escolar. Hay otras formas pedagógicas de transmisión.

La especificidad e irreductibilidad del saber pedagógico

Otra idea que deviene del movimiento de revitalización de la pedagogía nos devuelve a la cuestión de la especificidad e irreductibilidad del saber pedagógico. El saber pedagógico no se puede reducir a otras formas de saber, se justifica en sí mismo y se valida en sí mismo mediante argumentos y criterios de ponderación propios, específicos al campo pedagógico. Pedagogía no es lo mismo que historia de las ideas pedagógicas, etnografía o sociología de la educación, más allá de que ese conocimiento histórico, antropológico o sociológico de las ideas o prácticas pedagógicas nos ayude a profundizar la pedagogía y la interpretación pedagógica. El saber pedagógico es una forma de saber orientada a la acción, a orientar, informar y regular la praxis pedagógica. Esta especificidad epistémica pragmática hace que la pedagogía trabaje siempre o casi siempre para y a partir de la praxis pedagógica. La *Pedagogía del oprimido* de Paulo Freire se escribe luego de las experiencias prácticas de espacios de alfabetización tanto en Chile como en Brasil; el *Poema*

pedagógico de Makárenko, una obra maravillosa, se crea luego de la experiencia concreta, en territorio, de Makárenko en el Instituto Gorki, un internado de estudiantes; o *Las cartas a una profesora* de Barbiana también se escribe luego de una práctica pedagógica concreta en esa escuela; *La escuela rural* y el *Diario de ruta* de Luis Iglesias se escriben luego de la indagación de la experiencia a través de la narrativa autobiográfica de Luis iglesias; o la más moderna *Hoja de ruta* de Horacio Cárdenas.

El saber pedagógico es una forma de conocimiento que parte del saber de experiencia para convertirse en saber pedagógico público. Esa operación de saber, de experimentación y de indagación de una praxis pedagógica localizada, que realizó Luis Iglesias durante tantos años de su trayectoria en el oficio. El saber pedagógico construido por Luis Iglesias y plasmado en obra pública no prescribe la práctica, ni pretende transferirse mediante la narración de la experiencia. Lo importante es que el maestro o la maestra que lee *La escuela rural* no termina igual cuando termina la lectura. Esa experiencia de lectura, si acontece, hará que esa maestra y ese maestro repiense, explore, revise su propia práctica, pero a través de otra estética, otra ética, otra pedagogía. El saber pedagógico no se valida en el escritorio, sino que se valida en la praxis pedagógica, por las comunidades de interpretación que allí se conformen, por los criterios de ponderación que allí se tornen vigentes y públicos. Parte de la praxis pedagógica y vuelve a la praxis pedagógica para transformarla, mejorarla, reorientarla.

Es un saber situado, un saber local, generado y producido a partir de ese saber de experiencia territorializado, hecho cuerpo. Es un saber encarnado en cuerpos y realizado en obras públicas. Es un saber situado en territorio, que no generaliza, pero que sin embargo discute con principios generales, con postulados generales. Es un saber orientado a la acción, fronético; está mediado por reflexiones éticas y situacionales y se funda, justamente, en esa sensibilidad que da cuenta de su

carácter contextual y referenciado en la historia. Se condensa y se publica en obras, en obras pedagógicas que circulan en el territorio trazando circuitos de recepción, lectura y diálogo pedagógico. Se corporifica en obras que circulan por el espacio público y que tienen sus propias reglas de composición. La pedagogía no necesariamente es la conceptualización de la praxis, sino que también puede ser una narración densa de la praxis. Así como los antropólogos hablan de “descripción densa” en el terreno etnográfico, en el campo pedagógico podemos hablar de narrativas pedagógicas “densas”, esto es, cargadas de sentidos, comprensiones e interpretaciones pedagógicas del mundo vivido y la experiencia acontecida y testimoniada. Descripciones que no sean tan solo el relato de una anécdota, sino que se aprovechen sus potencialidades a partir de convertir esa anécdota en una historia pedagógica.

La investigación pedagógica no es investigación etnográfica, ni investigación socioeducativa de la vida cotidiana, ni es una investigación histórica de las ideas pedagógicas. Es creación de saber pedagógico, de un saber específico e irreducible; un saber público que se produce desde el saber experiencia. La investigación pedagógica transforma el saber de experiencia en saber pedagógico público; es la que permite que los relatos de experiencia ganen en densidad pedagógica y transformen la anécdota en historia. Y lo hace mediante estrategias metodológicas que permiten desplegar la imaginación en una doble vía compleja: en una deconstrucción de la experiencia y una reconstrucción de la experiencia. La experiencia debe ser desmontada, analizada, interpretada, reinterpretada, reconstruida a través del relato en el marco de la investigación. Pero también, y al mismo tiempo, a partir de la inherente relación entre narrativa y experiencia, este doble movimiento de deconstrucción y reconstrucción se hace extensivo en la indagación del lenguaje de la experiencia. Las palabras y los moldes narrativos que usamos para dar cuenta de la experiencia también forman parte de la investigación

narrativa y pedagógica que encaramos. Hay que desnaturalizar el lenguaje experiencia para poder indagarlo; hay que desmontar, deconstruir ese lenguaje y, al mismo tiempo, reconstruirlo en nuevas formas de nombrar la experiencia. Al estilo de Richard Rorty, busca un “lenguaje más eficaz” para la conversación pedagógica, un lenguaje que permita a los docentes conversar entre sí sobre sus asuntos y debatir colectiva y públicamente en torno de estos criterios de validación.

Me parece que queda mucho más nítida la vía narrativa autobiográfica para la investigación pedagógica de la experiencia de la praxis educativa. Aunque resta reafirmar una última cuestión. Resulta conveniente pensar y hacer esa investigación pedagógica situada más que “método”, como experiencia, como experiencia de investigar. De este modo, es también posible investigar la experiencia de investigar como el momento meta, o metodológico, del proceso de producir y poner a circular saber pedagógico. Para decirlo de otra forma, los docentes que investigan su práctica a través de la narrativa no solamente investigan su experiencia y la transforman porque le otorgan nuevos sentidos, no solamente la deconstruyen y la reconstruyen, sino que investigan también el lenguaje que utilizan para dar cuenta de la experiencia y lo reconstruyen. También, en el mismo movimiento, investigan narrativamente el proceso de investigar: escriben “metarrelatos” acerca de la experiencia de investigar la experiencia educativa y median un recaudo metodológico que permite experimentar el exigido distanciamiento respecto de la propia implicancia. Desde esta perspectiva, empezamos por la implicancia, la participación el compromiso, para luego establecer y desarrollar ejercicios de reflexividad metodológica que nos permitan tomar distancia de la experiencia, tomar distancia del lenguaje de la experiencia y tomar distancia del proceso de conocimiento que estamos haciendo en ambos sentidos. Esto es fundamental para que el

proceso narrativo sea concebido y reconocido como investigación y no tan solo como reflexión de la praxis. Supone un fuerte reposicionamiento de los docentes en el campo de la formación. No solo democratiza su palabra y la producción de conocimiento, sino que genera un desplazamiento de los docentes de posiciones pasivas hacia posiciones activas, de posiciones receptivas hacia las posiciones productivas o creativas.

Lxs investigadorxs que investigamos junto con docentes en estas experiencias no analizamos sus relatos y no nos guardamos la última palabra de la interpretación. El relato de experiencia pedagógica producido por los docentes en el marco de la documentación narrativa, por ejemplo, ratifica la autoría del docente narrador que viene escribiendo o escribió ese relato. Tampoco los que coordinamos el proceso de investigación-formación nos privamos de interpretar, pero nuestra interpretación la ponemos al servicio del docente narrador para que juegue y tensione su propia interpretación y eventualmente elabore, reelabore, su propia interpretación. Nuestra interpretación del relato es un insumo más para la escritura o reescritura del docente narrador. Lo que investigamos, como en el caso de lxs docentes narradores, es nuestra propia experiencia de investigar junto con docentes las experiencias pedagógicas. Investigamos también narrativa y autobiográficamente nuestra propia experiencia junto con docentes. Por eso se fusionan los horizontes, por eso se horizontalizan las relaciones. No porque dejamos de ser investigadores universitarios, no porque ellos dejan ser docentes, sino porque ambos estamos investigando nuestra propia experiencia, que es diversa, en un ámbito colegiado de conversación. Le ofrecemos nuestras interpretaciones de sus trabajos, para que ellos mejoren su trabajo, lxs docentes interpretan nuestras propias interpretaciones y nos las comentan para que nosotros mejoremos nuestro trabajo y nuestra experiencia, Se conforma ahí un momento muy

interesante: el investigador académico no pide la participación o la colaboración del otro, sino que se involucra en un proceso coparticipado de investigación-formación abandonando la prerrogativa de decir la última palabra.

CAPÍTULO II.
**EXPERIENCIAS DEL PROCESO DE
DOCUMENTACIÓN DE LA MAESTRÍA EN
DESARROLLO SOCIOEMOCIONAL**

Había una vez otra narrativa de la historia

Adriana Torres Frutis
Escuela Normal para Educadoras
“Profr. Serafín Contreras Manzo” de Morelia, Michoacán
adianatfrutis@yahoo.com.mx

Iniciaba el ciclo escolar 2018, año en que valore la gran importancia que aporta el seguimiento de egresadas; para ello me asigne la tarea de revisar algunas investigaciones realizadas por universidades que reconocen en el seguimiento de egresados y egresadas un potencial para sus planes de estudio.

Vino a mi mente en ese momento como una ráfaga el recuerdo del Maestro Segrera a quien conocí en un diplomado de investigación; él labora en la Universidad; excelente ser humano, su paradigma es el humanismo y el holismo, en ese entonces estaba a cargo del departamento de evaluación y seguimiento de egresados de su institución. Un buen día me comuniqué con él y me comentó algunas acciones que ellos realizaban, los instrumentos que diseñaban para aplicar a sus egresados y cómo esos resultados les apoyaban para tomar decisiones sobre la actualización o renovación de sus programas educativos.

Pensé es importante hacer una visita de trabajo para lo cual un viernes que salí más temprano de lo habitual de la normal me traslade a la ciudad de México y pase a la universidad estuvimos conversando sobre la importancia del seguimiento de egresadas y egresados, su potencialidad en la reconstrucción de planes y programas de estudio fue muy valiosa la sesión de trabajo que amablemente accedió a

brindarme parte de su tiempo y conocimiento mismo que valoro a la distancia y agradezco mucho.

En ese entonces me encontraba atendiendo los cursos de práctica profesional y el de gestión escolar del 7º semestre del plan de estudios 2012 de la Licenciatura en Preescolar así como también 5 estudiantes de titulación en la Escuela Normal; converse con ellas de manera informal sobre sus aprendizajes en la institución y si al egresar consideraban importante continuar sus estudios, a lo que respondieron claramente que hacía falta un trabajo más cercano a la realidad que se está viviendo en los jardines de niños argumentaron en la escuela revisamos teoría pero las situaciones que pasan en el jardín son un poco diferentes. Eso me dejó pensando un buen rato donde está la bifurcación, el alejamiento de lo que sucede en el contexto y en la formación inicial, de modo tal que ese fin de semana empecé a revisar bibliografía sobre la formación inicial y continua, sus retos en la actualidad y la concreción del plan y programas de estudio en la docencia.

El encuentro

Posteriormente coincido con estudiantes egresadas de la normal que habían sido mis alumnas y conversando con ellas me preguntaban si algún día la normal tendría una maestría para continuar sus estudios; afirmo con voz muy sutil es muy probable que eso suceda, reflexione para mí como proceso de una investigación que iba a iniciar quizás una de las necesidades de las egresadas en formación continua sea su formación profesional en el posgrado para profundizar en su labor educativa.

Como si las aguas de los océanos confluyeran cada vez se me presentaban las oportunidades que buscaba para realizar el proyecto de investigación de seguimiento de egresadas, será que cada que tienes una meta firme, una esperanza o utopía, el camino se abre en el que confluyen las corrientes del río, ellas

se van decantando y dejando cada vez sus aguas más cristalinas que desembocan en la profundidad del océano para iluminar la vida, el sueño que sueñas en ocasiones con los ojos abiertos y otras veces en ese sueño sutil que inicia hasta llegar al cuerpo causal de la creación produciendo el Bing bang, que otros llamarían iluminación, yo le llamo intuición, sendero, luz, camino, sueño.

Se inició la investigación con las generaciones 16, 17, y 18 de la Licenciatura en Educación preescolar con la pregunta de investigación. ¿Cuáles son las necesidades disciplinares y prácticas en la formación de Licenciadas en Educación Preescolar de la generación 2016, 2017 y 2018 y su impacto en su ejercicio profesional?

Principalmente la investigación abordó las necesidades teórico y prácticas de las y los egresados de las generaciones 2016 a 2018 y su impacto en su desarrollo profesional, su metodología se basó en el paradigma sociocrítico, el enfoque fue el cualitativo, con un método de investigación acción. Los principales resultados que se encontraron fueron los siguientes. Las necesidades teóricas y prácticas que presentaron las egresadas fueron: en el desarrollo socioemocional de los niños, estrategias y procesos de inclusión, en herramientas para la investigación, sistematización de la práctica educativa para mejorarla, gestión y administración escolar de jardín de niños, abuso infantil, filosofía para niños, estrategias de lecto-escritura, aprendizajes clave, evaluación situada, trabajo con padres de familia, planeación de educación física, artes y convivencia democrática.

Los hallazgos más significativos fueron que las educadoras consideran que para ser educadoras se requiere de vocación, de amor a la profesión y a los niños, ello es fundamental para poder enfrentar los retos que se presentan en el ejercicio de la docencia, si se ama la profesión se puede investigar, continuar formándose en posgrados, asesorarse

con educadoras más experimentadas o con especialistas de lo contrario sólo se trata de cumplir.

El Camino andado

Aquí inició el sendero en la urdimbre de la cultura del diseño y la gestión ello se planteó a los directivos de la Escuela en ese momento no hubo obstáculos, se realizó la proyección como un proyecto importante de la institución, se programó un recurso en el ProFEN de ese ciclo escolar para una asesoría en codiseño del plan de estudios y nos encontramos con una grata persona que me gusta reconocer su gran talento y entrega a una visión diferente de la educación. El Dr. Berlanga.

Con él y con mis compañeras las maestras. Norma, Rosalinda y Alejandra iniciamos el viaje en el que tuvimos diferentes reuniones para poder avanzar en el diseño, en ese entonces nos encontrábamos en plena pandemia así que nuestras reuniones eran en línea, por las tardes o en diferentes horarios después de cubrir nuestro quehacer educativo con las estudiantes.

Fueron horas y días en los que nos dedicábamos a la revisión de los contenidos de los cursos que se habían propuesto que estuvieran alineados o respondieran al perfil de egreso, a incorporar la línea de narrativa como eje transversal para la titulación. Al ubicar la maestría en la línea profesionalizante les da las bases para poder avanzar en el proceso de la resignificación de la práctica y la narrativa como elemento sustantivo que permite pensar y repensar el hacer pedagógico y en ese hacer que fluye la capacidad de análisis, de reflexión, de encontrar los laberintos de la docencia así como los artilugios de los que se vale la docente o el docente para hacer que sus alumnos se motiven, aprendan, se enganchen con la necesidad de saber, con la curiosidad de aprender, el acercarse a una fuente de infinita de conocimiento y de lucidez; el reto no era menor, y aun así decidimos asumirlo con agrado, responsabilidad, esfuerzo y dedicación.

A mí me correspondía estar en la coordinación del equipo de codiseño, posteriormente, hubo cambio de directivos en la institución y a quien le correspondía impulsar no le parecía tan viable un posgrado en la escuela, era mejor continuar solo con la licenciatura y desperdiciar los resultados de la investigación, el tiempo invertido en los avances en el codiseño era algo que yo veía muy remotamente posible.

Hoy resignifico lo necesario de dar continuidad a los proyectos, que nunca hay que claudicar, cuando lo haces estás muy cerca de lo que esperas y apartarte de la meta, del propósito, no es allanar el camino es tocar retirada y en esa retirada dejas inconclusa tu vida misma, viviendo otras historias que no son para ti, son historias que se cuentan por otros protagonistas y otros personajes secundarios que las narran desde su perspectiva que se constituye en el diario vivir, teniendo el cuerpo como territorio en el que queda huella, cada paso que das queda anclado no solamente en la memoria motriz, también en la emocional y esas huellas ante la menor evocación fluyen y llegan a la superficie haciendo erupción como un volcán en plena actividad justo en el momento preciso de la decantación y problematización de la vida.

Es como la descolonización del pensamiento, de la esencia, del alma, pero ¿será posible colonizar el alma?, ¿se podrá decolonializarla? no lo sé, excelente pregunta para un nuevo tema de investigación, para conocer el resultado como lo indica el corpus del proceso investigativo sería muy complejo desde la mirada objetiva, quizás desde el análisis de las percepciones y de las representaciones sociales, la construcción de la realidad posiblemente se pueda, pero creo que el alma se protege así misma con una gran armadura que es impenetrable, pero la consciencia de si, si lo hace y cada vez que se piensa desde lo que se piensa, se reflexiona, se actúa, se acciona sobre una gran diversidad de situaciones que componen múltiples análisis desde la imaginación, el

pensamiento, la pasión, la creatividad que fluye con las notas puras y cristalinas en un sonido como el canto que le da la libertad de ser lo que eres y no de llegar a ser lo que te dicen que seas, representa un océano de posibilidades de tu ser siendo.

Reconocer el valor de la acción y la toma de decisiones, teniendo como base el sentimiento y la pasión te llevan a enfrentar desafíos en la docencia, a no perder la capacidad de asombro, de maravillarte por los pequeños avances así como por los destellos de brillantes ideas y con ello festejarlo como si fuera la última batalla con gigantes; ello representa un gran logro que alimenta tu emoción y propaga la pasión que puede contagiar a los que ya se encuentran desapasionados, rendidos antes de empuñar el grito rebelde y desobediente de la alternativa, de otros mundos.

Hoy después del tiempo suspendido en los avatares de mi memoria y los riachuelos de las conexiones puedo reconocer que la perseverancia abre caminos, destapa diques de contención y hace que fluyan las aguas con la pureza de la emoción, en este camino, la emoción camina al ritmo de la canción y al compás de la sutileza del viento que queda en los copos de nieve, que al derretirse se convierte en una nueva melodía que pinta el sendero al deslizarse lentamente por las frágiles hojas de los árboles, quienes son los que nos dan fortaleza y aliento para continuar respirando la sabiduría del corazón y la dulzura de la mente que posibilita múltiples conexiones, destilando la maravilla del conocimiento y la parodia del recorrido, como una obra en tercera dimensión donde el protagonista eres tú y a veces no te reconoces en ese papel que encarna la esencia de tu personaje, y en esta dinámica puedo cuestionarme ¿quién decide la obra?, ¿será el personaje?, ¿quizás el actor?, ¿seré yo, o las circunstancias? tal vez lo que te corresponde en esta etapa de tu vida.

Así elevó el vuelo como el águila con su majestuosa plumaje, visión y estrategia que conquista los aires, así nació la maestría a la sombra de la DGE SuM y con el cobijo de quien de alguna manera creyó en el proyecto aún y cuando estuviera en otro contexto, pero ha dado sus pasos con firmeza, sensibilidad y delicadeza.

Se llegó el día de emitir la convocatoria para esto pasaron una serie de gestiones, negociaciones, convencimientos de la potencialidad del proyecto y de la necesidad de hacer algo diferente que contribuya a la formación de los más pequeños porque ahí es donde inicia el cambio, un cambio que es estructural, sistémico, complejo y que involucra un sinnúmero de circunstancias y agentes educativos, políticos, culturales y con sensibilidad para decidir desde lo que se requiere en el momento de tener las evidencias de la necesidad y su contribución.

Llegaron 25 aspirantes de las cuales se aceptaron a 22 por ser las que reunían los requisitos que se solicitaban en una convocatoria expedida por la autoridad en el estado en coordinación con la dirección de la Escuela Normal y después de haber realizado el curso propedéutico el cual consistió en un trabajo de 80 hrs. Con carácter selectivo para poder tener las mismas condiciones en el desarrollo de maestría aún y cuando cada educadora es diferente, representa una singularidad en el abordaje de su profesión y sobre todo en la experiencia de su labor educativa.

Fue así como recibimos la primera generación en un acto de inauguración con el Dr. Julio Leyva quien siempre ha mostrado su compromiso por la formación de los docentes en la entidad, a nombre de la DGE SuM él realizó la declaratoria inaugural del posgrado en la institución, fue un día muy importante para la Escuela Normal y para la formación continua de las maestras de preescolares egresadas de la institución porque el 86.36% son egresadas de la Escuela

Normal y el 13.64% son egresadas escuelas normales de otros estados.



Desarrollo del posgrado

Aquí inició el camino que se ha venido tejiendo a lo largo de dos semestres con altibajos y a veces hasta palabras de desaliento por impulsarlo sin tener las “condiciones” la palabra clave y preferida constituida por la cultura institucional para nombrar a todo lo que se deja de hacer y no se asume por diversas circunstancias desde las más simples hasta las más caóticas. Así es la naturaleza humana y con ella todos los vericuetos de la sabiduría empírica en el que en ocasiones se hace acompañar; pero la vida sigue sin detenerse como las manecillas del reloj dan vuelta a cada segundo, minuto, hora, mes año hasta el infinito o más bien hasta que se termine la cuerda si es manual, la pila o el sol que sería mejor un reloj solar para ser amigable como energías sustentables para el medio ambiente en esta crisis civilizatoria que se está viviendo, por la gran cantidad de gases de efecto invernadero por el consumo de combustibles fósiles a gran escala en la que las estudiantes han desarrollado diversos cursos que les han aportado conocimientos para su desempeño profesional. Le doy voz a sus expresiones.

“La maestría en educación socioemocional me han aportado los diferentes cursos y estoy comprendiendo que para poder crear un ambiente emocional que les permita aprender a los niños, primero debo cuidar de mi propio bienestar emocional. El docente debe emocionarse para contagiar a los demás. Por otro lado, he profundizado en el impacto del arte en la expresión del niño, la manera en cómo va interactuando con los demás, y cómo esto permite que se desarrolle la conciencia moral, así como la empatía entre quienes participamos en el proceso educativo: alumnos, docentes y padres de familia. Sobre todo, considero que el principal aprendizaje es que estoy siendo más consciente de lo que implica la docencia como seres humanos, sensibles y caóticos, en una realidad que va tan rápido que pocas veces podemos verlo”.

“Para mí la maestría ha aportado mucho, como usted sabe, mi formación no es de Educadora y en la maestría se han tocado temas que enriquecen mi práctica docente, temas que me han sensibilizado para poder sensibilizar y entender a los niños, como el tema de emocional, además la Ética y valores que como docentes debemos de tener presentes. Además, este tema de narrativa y sistematización me hizo ver la importancia de saber decir y escribir correctamente, no solo para entenderme yo, sino escribir para aportar a los demás. Yo estoy ansiosa de ver los temas que siguen maestra y ese deseo habla de mi completo agrado por la maestría”.

“La Maestría en Desarrollo Socio emocional”, ha generado en mi práctica docente:

Reflexiones sobre mi práctica profesional; mayor sensibilidad hacia las emociones y necesidades de mis alumnos; la importancia del respeto del otro; el estado emocional positivo en el niño genera la pauta para un aprendizaje significativo, en cambio sí es negativo o de conflictos, se generan barreras de aprendizaje; la salud mental genera conductas positivas; una práctica docente más reflexiva; por medio del arte los preescolares pueden expresar sus emociones; el docente como guía que hace acompañamiento”

“El cursar la maestría me ha permitido adquirir un bagaje de conocimientos que ha estado permitiendo modificar la práctica docente y la manera de establecer relaciones con los alumnos, padres de familia y docentes mejorando así el entorno escolar. He identificado la importancia de atender esta parte emocional que como seres humanos dejamos de lado o no le damos tanta importancia cuando en realidad es uno de los pilares para poder tener educación de calidad y aprendizajes significativos para los alumnos. Me ha ayudado a indagar más a fondo las problemáticas presentes en el contexto inmediato para poder darles solución en favor de los alumnos. También me ha ayudado en poder generar para los

alumnos el reconocimiento y manejo saludable de sus emociones, así como del personal docente para poder atender de manera adecuada a los alumnos con los que se trabaja día con día”

“De lo visto hasta el momento en la “Maestría en desarrollo socio emocional para preescolar” ha sido un gran apoyo no solo en lo profesional sino también en lo personal, ya que el análisis de los diferentes referentes teóricos respecto a la educación como acontecimiento ético, bases neurológicas, educación emocional a través del arte y elaboración de la experiencia me ha permitido reflexionar sobre mi práctica profesional como Docente y como Directivo contando con más herramientas para favorecer el desarrollo socio emocional de los niños y de todos los agentes educativos, como también de manera personal poder conocerme más, mis emociones, conocimientos y habilidades para seguir trabajando en mejorar. ¡¡¡¡MIL GRACIAS!!!!”.

Es una alegría académica poder escuchar la voz de las estudiantes sobre la maestría y ello me lleva a redoblar esfuerzos y a no claudicar por compleja que sea la encomienda.

Las experiencias de vida

La relatividad de las percepciones ha sido un elemento fundamental que me ha quedado muy preciso, lo hago desde mi imaginario colectivo constituido a lo largo de mi formación, experiencia, formas de leer la realidad, de percibir la vida y los procesos que se desarrollan con ello.

Las posibilidades que se presentan es importante reconocerlas, abordarlas y potenciarlas para el bien común y la contribución de algunos aspectos necesarios que aportar a la educación.

Los vacíos y resquicios siempre van a estar presentes, también me doy cuenta de que todavía tengo que trabajar mis apegos más que a las personas ahora son a los proyectos, los

siento como parte de mi vida y no puedo dejarlos, quizás ellos vayan constituyendo y dejándo huellas en el cuerpo como territorio de lo vivido y de lo aprendido como menciona Merleau Ponty, eso es lo que hace falta profundizar en la vida de la que habla desde el corazón del sentimiento y la piel de la mirada, la emoción y de la sabiduría que distinguen los múltiples sentidos con los que percibo la vida porque no solo son seis como aprendí en la infancia, son múltiples que interconectados me dan la comprensión del mundo y de la vida desde mi singularidad.

Con este proyecto y en la experiencia que he tenido al abordar el curso propedéutico, dos cursos y ser la que coordina el posgrado ha sido muy gratificante me he permitido reconstituir mi práctica pedagógica, profundizar en pedagogías alternativas, pedagogías de la pregunta, la problematización, el análisis, la reflexión de hacer el aprendizaje más experiencial, vivido, reflexionarlo, resignificarme a mí misma para contribuir a la resignificación de la práctica profesional de las estudiantes, a favorecer el trabajo con sus emociones, a utilizar diversas estrategias en las que el arte ha sido una herramienta fundamental en este nuevo camino.

Algunas maestras comentaban que difícilmente podrían escribir una poesía, pintar, hacer escultura y se ha visto que la creatividad y el pensamiento divergente han emergido. Las posibilidades y los ambientes se crean, se favorecen, se buscan los espacios y la estrategia es la decisión que se toma hacia donde se orienta el aprendizaje, la experiencia y la vivencia.

La documentación narrativa como metodología de autoaprendizaje y coaprendizaje de las maestras que se forman en el posgrado ha sido una herramienta polifacética como la urdimbre de la cultura, cada vez que profundizo, más potencial encuentro en ella, y ese potencial nos ha llevado a asumirla como método de investigación para la obtención de su grado

en el cual tenemos un referente muy importante el Dr. Daniel Suárez y la Dra. Valeria, incansables apasionados de la narrativa y con ella de la evolución de la docencia, de cada uno de los que se cruzan en la misma o ella se cruzará y hará camino es una dualidad en la complejidad del ser educadora o educador en esta realidad, en la época histórica que se entreteje en este instante, que será pasado al siguiente momento pero presente en construcción en esta época.

Han sido momentos muy enriquecedores poder trabajar en posgrado y sobre todo en la maestría en desarrollo socioemocional un camino recorriéndose en el diario andar de los caminantes.

La escritura de relatos pedagógicos. Hilando lo profesional y lo emocional

Andrés García García
Escuela Normal para Educadoras
“Profr. Serafín Contreras Manzo”
Morelia, Mich, México

En la institución donde laboro, la Escuela Normal para Educadoras “Profr. Serafín Contreras Manzo” de Morelia, Michoacán, México, se ofrece como principal servicio la Licenciatura en educación preescolar, pero se abrió en el ciclo escolar 2023 – 2024 un grupo de Maestría en educación socioemocional para preescolar. Este hecho ha sido recibido con entusiasmo por estudiantes egresadas de la institución y por personal que labora en el nivel meta, aunque por limitaciones en el tiempo disponible de la planta docente solo pudo integrarse de inicio un grupo de 25 personas.

El grupo de estudiantes, todas mujeres, se ha integrado bastante bien y existe mucho compromiso y dedicación hacia el trabajo académico. Se ha dado un ambiente de bastante participación y reflexión, no exento de debates, lo que hace interesante el proceso. Los cursos se imparten los días viernes de 4:00 a 7:00 horas y los días sábados de 8 a 15:00, generalmente cada curso se compone de 5 o 6 fines de semana en esos horarios.

Para finalizar el primer semestre se desarrolla el curso: “Elaborar la experiencia (narrar y sistematizar)” el cual se impartió de manera colaborativa entre cuatro docentes, inició con una sesión una compañera donde las estudiantes realizaron una primer versión de un relato. Me correspondió en lo personal dar continuidad impartiendo dos sesiones para

culminar el proceso de elaboración de una narrativa pedagógica individual por parte de cada una de las estudiantes. Posteriormente otra docente culminó el curso con lo relativo a la sistematización.

La experiencia vivida en estas sesiones representó un hecho muy significativo para mi propia formación docente y lo vivencié de una manera muy agradable y motivante por lo que quise abordarlo en este relato. En primer término porque fue muy agradable en lo personal volver a laborar con este grupo porque hay bastante disposición al trabajo e interés genuino por mejorar su práctica docente, trabajar con ellas me levantó la moral como docente, dado que en el trabajo en la licenciatura estábamos enfrentando momentos institucionales un tanto turbulentos que dificultaban el trabajo cotidiano haciéndome sentir insatisfecho con el proceso formativo que podía realizar.

Fue significativo también porque fue un proceso rico en expresiones emocionales de las participantes, lo que me hacía copartícipe de las mismas al estar coordinando las sesiones. Se advirtió una gran diversidad de manifestaciones emocionales de las educadoras puestas en juego, unas generadas directamente con la propia actividad de narrar que oscilaban entre el interés genuino por escribir sus vivencias, pero también el temor a la hoja en blanco, misma situación se vivió al momento de compartir sus producciones donde eran evidentes ciertas resistencias y temores a compartir sus producciones. Otras evidentes manifestaciones emocionales se identificaron en las sorpresivas irrupciones de sentimientos generados por los recuerdos, sentimientos que fueron a veces de alegría y reconocimiento a propio a la labor realizada, pero también en ocasiones de tristeza o arrepentimiento en relación a experiencias vivenciadas. Igualmente se suscitaron numerosas emociones a la hora que está escuchando o editando los relatos en los cuales se solidarizaban con la

experiencia vivida por las demás expresando abiertamente su enojo, empatía o alegría entre otras cuestiones.

Por lo anterior estimo que el proceso fue también interesante en lo profesional para las participantes, y aunque para la mayoría de ellas era el primer encuentro con la narrativa, lograron construir un relato pedagógico y avanzaron en la comprensión de las aportaciones que puede hacer para la reflexión sobre la práctica docente propia. Por ser de sus primeros relatos tal vez algunos pueden considerarse en cierta forma sencillos, pero al ser contruidos con mucho entusiasmo y sinceridad creo que son producciones muy valiosas, son genuinas y evidencian el gran interés de las educadoras por realmente tener un impacto positivo en las diferentes dimensiones de la practica educativa en el preescolar en las que laboran.

Formativamente fue también significativo para mí porque al estar compartiendo saberes con las participantes profundice en varios aspectos de la narrativa no identificados o interpretados de forma distinta, he de decir que mi experiencia con la narrativa pedagógica no es lo suficientemente amplia como pudiera desearlo, por lo que impartir las sesiones mencionadas fue una oportunidad de reconectarme con esta actividad. Además al conocer de cerca las experiencias, alegrías, dificultades y retos de maestras en servicio, en las que narraban y analizaban su formación inicial, los comienzos en la docencia, así como su situación laboral actual, me permitieron tener una visión integral de lo que puede significar la carrera docente lo que me llevó a cuestionarme sobre algunos aspectos de mi ideario sobre de los procesos de formación docente y la necesidad de replantear algunas situaciones.

Cuando me integré al grupo ya habían realizado el primer esbozo de su relato bajo la dirección de otra docente, lo que representó para mí un reto mayor para conocer sus relatos y

encaminarlas hacia la edición de los mismos. Dado que solo habían tenido una sesión anterior sobre narrativa, en la plática inicial expresaron tener aún varias inquietudes y dudas sobre el significado, características y funciones de la narrativa pedagógica y sobre todo acerca del proceso a seguir para culminar sus relatos. Como solo tendría dos fines de semana de clase con ellas sería un proceso un poco apresurado, pero me dispuse a tratar de apoyarlas de la mejor manera en la medida de mis posibilidades

Para no iniciar directamente con el conocimiento y la crítica de sus relatos, y también a manera de diagnóstico, consideré pertinente primero leyeron algunos relatos pedagógicos elaborados por otros docentes y para este fin se les propuso eligieran por binas o tríos un relato del fascículo 1 “Lo que publican los docentes” editado por la Fundación Laboratorio de Políticas Públicas de Buenos Aires, en 2007, (los fascículos conforman una serie de 7, de los cuales también se consultaron posteriormente el 4 y el 7) sobre el cual expresarían comentarios generales sobre su contenido y las características que advertían en ellos como narrativas pedagógicas. Varios de los equipos eligieron el relato “La apariencia. Un prejuicio que condena” escrito por Jorge Pedraza, en el cual rescataron ideas acerca de evitar estereotipar o dejarnos guiar por ciertas características físicas o culturales. Lo interesante aquí fue como también espontáneamente empezaron a narrar experiencias similares que les habían ocurrido y los sentimientos que les generaba a la distancia haber posiblemente tratado de forma inadecuada a algún niño o niños, asentando además la necesidad de evitar tales acciones y reflexionar al respecto. Se les hizo ver como el relato oral es la base de las narrativas escritas y como en comunicación con otros colegas es interesante y hasta reconfortante expresar las alegrías y pesares de experiencias pasadas. Como también ese compartir aviva nuestros

recuerdos y mueve las ideas, haciendo tambalear a veces ciertas certezas.

El relato leído también les generó cierto debate acerca del significado de su cierre, en esta narración los hechos se centran en un estudiante de nivel medio que supone todo un reto para un docente, dado que le presenta cierta resistencia y hostilidad, sin embargo, al cierre del curso este lo elige para que el docente le entregue su diploma final lo que resulta sorpresivo para todos. Pienso que intencionalmente el autor no aclara el punto de las razones de la elección y esto sirve como un recurso para interpretar y debatir, lo que conlleva a la reflexión docente. Se comentaron también otros relatos y las integrantes del grupo valoraron como a partir de un suceso o serie de hechos en particular se articulaba una narrativa que profundizaba al respecto y que además resultaba interesante para su lectura. Iniciaron a comentar que tenían que hacer ciertas modificaciones a sus relatos para centrarlos en alguna cuestión específica y hacerlos atractivos para su lectura.

Dadas sus inquietudes iniciales acerca del proceso de elaboración de una narrativa se revisaron algunos textos sobre la naturaleza de esta, especialmente se hizo uso primeramente del fascículo 4 ¿Cómo escribir relatos pedagógicos? A través del cual, según sus decires, profundizaron y comprendieron de mejor manera el sentido y funcionalidad de la narrativa, así como la dinámica de elaboración.

Me llamó la atención la espontanea confrontación de lo que estaban leyendo con sus propias producciones en ciernes, se escuchaban comentarios como: “opss, estamos apenas iniciando”, “necesito centrarme en algo específico”, “híjole, creo que necesito volver a empezar”, “creo que necesito cambiarle varias cosas a mi trabajo”, pero no lo decían en un tono derrotista sino con el afán de aplicar los conocimientos que estaban aprendiendo y con entusiasmo de mejorar sus producciones. Esta es una de las cuestiones que más disfrute

al estar trabajando la narrativa con ellas, dado que mostraban interés y deseos por continuar, además dado que ya tenían una primera versión del relato estaban relacionando inmediatamente lo leído y discutido con las características actuales del mismo. Posteriormente a la lectura del texto se les solicitó integrarse por equipos de dos o tres docentes para que expusieran algunas de las cuestiones y procedimientos centrales para la elaboración de una narrativa, realmente me sorprendió el interés que se observó en el trabajo de preparación de la exposición, elaboraron diapositivas muy completas, se rescataron las principales ideas y se hacían aportes extras retomados de sus experiencias. Igualmente hubo participaciones del resto del grupo y algunas preguntas importantes.

Una cuestión en las que se profundizó fue en la necesidad de enfocarse en esta ocasión en algún asunto relevante que constituyera el eje argumental del relato pedagógico. En algunos casos se dieron cuenta que estaban abordando periodos de tiempo muy amplios, pero no se enfocaban en narrar y profundizar algún hecho pedagógico en particular, se les hicieron sugerencias por mi parte y por parte de sus compañeras, aclarándoles siempre que serían ellas las que identificaran que experiencia y saberes querían compartir.

Para aplicar lo leído en el fascículo se solicitó a alguna estudiante de forma voluntaria compartiera su relato proyectándolo en la pantalla a la vez que le daba lectura, debo decir que no hubo un bosque de manos solicitando participación, se percibía cierto sentimiento de vergüenza o resistencia a exponer lo escrito ante posibles inconsistencias aún en el relato, se les animó a hacerlo expresando que las preguntas y comentarios ayudan mucho a profundizar y mejorar el texto. Finalmente se dio lectura por parte de su autora al texto: “Maestra, te acuerdas de... Zapata fue un héroe...” que trataba acerca de lo interesante que resultó para un grupo de tercero de preescolar la preparación de una poesía

coral para su presentación en un festival, de cómo la presentación resultó un éxito y los niños seguían recordando frecuentemente ese evento. Durante el transcurso de la lectura se hacían algunas pausas para que los demás pudiéramos hacerle preguntas y comentarios. Se le hicieron varias preguntas en torno a datos sobre el contexto e inicio de la situación, también comentarios acerca de incluir más información acerca de las reacciones emocionales de los niños participantes y el público que los escuchaba. Al final se realizaron también comentarios y sugerencias generales que pudieran aportar a la mejora del mismo.

Sobre el contenido del relato para la mayoría del grupo resultó sorprendente el grado de involucramiento de los niños en relación a la poesía dado que en ocasiones resulta difícil integrarlos a actividades de este tipo, por lo que varias de las preguntas estaban enfocadas a cómo había logrado interesarlos. Se adivinaba inmediatamente el interés profesional para retomarlo posiblemente para actividades futuras a la vez que se reflexionaba acerca de que sí es posible y necesario realizar actividades artístico-literarias de otros géneros con los niños preescolares. En este punto se aprovechó para hacer énfasis en que se estaban realizando reflexiones de tipo pedagógico, es decir sobre saberes propios de la educación y para la educación, se destacó como en estos relatos se incluyen conocimientos profesionales importantes y es un medio importante para su conocimiento y difusión.

Cuestionando a la estudiante que dio lectura acerca del sentido dado a la experiencia de leer su relato y escuchar a sus compañeras, mencionó que a través de sus preguntas se dio cuenta de que podría faltar cierta información importante y que las sugerencias realizadas efectivamente podrían contribuir a hacer más atractivo para su lectura el texto. Expresó que en cierta forma fue difícil compartir sus ideas y sentimientos escritos, pero que se alegraba de haberlo hecho porque se dio cuenta de varias cuestiones que podrían servirle.

No obstante, distinguí que no mencionó explícitamente ella ni sus compañeras el posible sentido pedagógico del relato por lo que se advirtió como una necesidad de aprendizaje por atender.

Se aprovecharon también las preguntas y sugerencias realizadas por las participantes para enfatizar el concepto de edición pedagógica como un momento colaborativo sumamente necesario y que dinamiza significativamente el contenido y forma del relato. Para dar continuidad se hizo a manera de inició una lluvia de ideas acerca del significado y procedimientos necesarios para la edición pedagógica, mencionaron ideas importantes, pero generalmente lo ubicaban como un momento más individual que colectivo, había necesidad de mayor formación al respecto.

Una de las actividades principales para este fin fue acordar como actividad de autoestudio la lectura del fascículo 6 “¿Cómo editar pedagógicamente los resultados de experiencias? Se organizaron equipos de tres integrantes en los que la consigna fue que con base el texto revisado realizaran comentarios y sugerencias por escrito a los relatos de sus compañeras de equipo que serían enviadas vía la aplicación para teléfono móvil whatsapp y compartidas conmigo en el aula virtual de Google Classroom del grupo, posteriormente, en base a las sugerencias recibidas y previa reflexión crítica sobre lo aportado, sería necesario modificar el relato en lo que se considerara conveniente. Para ese momento existía ya bastante disposición a compartir sus escritos y solo se hacían comentarios como “No me vayas a hacer muchas críticas, eh”, o “Tienen piedad de mi relato” entre otras expresiones, que si bien reitero eran en cierto son de broma denotan también esa sensación casi inconsciente de inseguridad o resistencia a poner en circulación nuestras producciones.

La sesión descrita fue el día sábado y se acordó que las sugerencias fueran enviadas el próximo día miércoles para estar en condiciones de modificar el relato y exponer una nueva versión el día viernes. Se estuvo monitoreando el aula de classroom y efectivamente entre miércoles y jueves fueron apareciendo los comentarios, preguntas y sugerencias integradas o diferenciadas con otro color de letra.

Como puede ser natural los comentarios y sugerencias hechos a los trabajos fueron de diversos tipos. En algunos se hacían preguntas sobre algún hecho que permitiera ampliar la información para su mejor comprensión, algunos de forma sutil sugerían la inclusión de alguna información o la reducción o ampliación de algunas ideas. Otras de forma más directa, aunque fueron las menos, se animaban a expresar de forma directa alguna forma específica de redactar algún enunciado o idea. Algunas estudiantes fueron abundantes en sus comentarios y sugerencia, otras más escuetas, pero en todas se podían encontrar elementos pertinentes.

Se destacaron algunos comentarios donde ese evidenciaba el impacto emocional generado por algunos relatos, en uno de ellos donde se describe el inicio de la carrera y la primer experiencia como educadora titular donde los padres de familia dudaban de la formación profesional, una de las comentaristas escribió: “¿Qué le pasa a esa señora? Ja ja ya me enojééééé! Este no es comentario de corrección ni sugerencia jajaja”

En otro caso que me llamó la atención se evidencia como una narrativa es capaz de generar emociones profundas que son capaces de conmover y revalorar cuestiones profesionales que en la cotidianidad del trabajo se van perdiendo. Una educadora escribió sobre cómo una niña en circunstancias familiares sumamente difíciles cambio cuando se sintió aceptada por la educadora y segura en su grupo, la compañera editora aparte de expresar sutilmente que tal vez lloró con el

relato, como casi me paso a mí, expresó lo siguiente: “La historia me atrapo, quería continuar con la lectura y el final me conmovió tanto a tal grado de motivarme a entregar lo mejor de mí en mi trabajo docente y porque no, en mi vida diaria”.

Otra cuestión que advertí es la cercanía de estos relatos con la realidad de comunidades, padres de familia y niños, con todos sus problemas, alegrías y tristezas que te hacen comprender la subjetividad humana de una manera tan distinta a la que se encuentran en otros géneros de textos académicos, también valiosos, pero diferentes. Al estar escribiendo este relato volví a la narración de una estudiante y otra vez me entristecí al releer una parte donde describe la situación de un niño al que solo cuidan su abuelo y tíos varones, sí quieren mucho al niño, pero no saben cuidarlo. Como evidencia de esto narra el hecho de que en los niños del jardín hubo un brote de la enfermedad bacteriana bucal denominada “algodoncillo” y este niño tardo más en superarlo, precisamente por la falta de cuidados adecuados, no podría expresar el hecho parafraseándolo con mis palabras, por tanto retomaré directamente lo escrito por la narradora:

Ángel faltó por dos semanas y media, no parecía mejorar, una de las mamás me contó que el niño además sufría mucho para comer, y solo comía líquidos, porque le dolía mucho la boca, según las recomendaciones no debía ser expuesto al sol, ya que proliferan las bacterias, pero el niño pasaba en una camioneta con sus tíos y abuelo. Después del incidente me costaba trabajo verlo y no imaginar lo mucho que sufrió y cómo se alargó su sufrimiento por falta de cuidado, incluso estaba más delgado, no sólo era un niño que extrañaba a su mamá, era un niño al que le faltaba cariño y cuidado; incluso su piel se veía más álgida que la de los demás; estaba listo para defenderse del mundo desde su constitución.

A través de la lectura de todos los relatos que escribió el grupo siento que resignifiqué y revaloré ampliamente lo que implica la docencia, la historia docente y las condiciones históricas y actuales en las que desarrollamos nuestro trabajo. Lo sentí como una oportunidad de repensar mi función como formador de docentes ante la complejidad de las situaciones que se presentaban en los relatos, la magnitud de los retos que se enfrentan y el hecho de sentirse muchas veces impotentes o carentes de estrategias y herramientas suficientes.

En cuanto a los resultados del ejercicio puede decirse que a partir de esta primera edición en línea algunos de los relatos fueron modificados y mejorados sustancialmente, en otros fueron menos las modificaciones realizadas, pero en todos los casos se recibieron aportes de sus compañeras que constituyeron oportunidades para reflexionar y reconstruir los textos.

Al regresar a clases presenciales el siguiente día viernes comentamos la experiencia de edición y su sentir en el avance de la construcción del relato, se identificaron diversas posiciones, unas en las que se estimaba que con ayuda del ejercicio y la propia reflexión personal habían logrado ya enfocarse en un asunto preciso y relevante para sí mismas y que además consideraban también habían avanzado en hacer más interesante la narración e incluir cuestiones pedagógicas. No obstante, en algunas estudiantes se percibía también cierta angustia al no lograr cuadrar o enfocar sus relatos en sucesos suficientemente específicos o no sentirse satisfechas aún con las características y estilos del mismo.

Dado que el ejercicio anterior había sido solo a distancia era necesario realizar un proceso de edición colectiva presencial para tener una mayor cercanía y significatividad en los comentarios y sugerencias. Por tanto, como parte de las actividades de aprendizaje del curso y como reforzamiento para el subsiguiente momento de edición se realizó una

dinámica para reflexionar sobre los principales aportes del Fascículo 6 leído como actividad de autoestudio. La actividad fue muy sencilla y consistió en que por binas se les repartió una papeleta con una idea del texto, sobre la cual tenían que reflexionar y explicarla ante el grupo, relacionándola además con el proceso que se estaba viviendo. El proceso resultó algo tardado pero se profundizó en las intencionalidades, procesos y cuestiones prácticas sobre el proceso de edición. En especial se trató de hacer énfasis en la inclusión del sentido pedagógico del relato

Posteriormente a la revisión de los fundamentos y procesos de la edición del relato pedagógico se expresó que era momento de vivenciar tal experiencia ahí mismo en el aula y constituirnos en un grupo editor. Ese día ya solo alcanzamos a escuchar un relato o dos y al día siguiente escuchamos algunos más, no alcanzamos a escuchar todos en el grupo completo, pero también hubo un momento en que el grupo se dividió en subgrupos de dos o tres integrantes para que todas tuvieran la experiencia de leer presencialmente sus relatos y editar en colectivo. Estas experiencias de edición presencial y colectiva resultaron muy significativas para las estudiantes en su proceso de construcción, y para mí como conductor del curso y proceso, por la gama de emociones y saberes puestos en juego.

Se evidenció bastante interés y atención en la escucha de las narrativas, al estarse compartiendo varias educadoras se sorprendieron de las diversas vivencias de sus compañeras y recibieron tanto abundantes muestras de apoyo emocional como sugerencias prácticas y profesionales en relación al asunto de los relatos. Recuerdo, por ejemplo, como ante la problemática de una educadora en funciones de directora que estaba teniendo problemáticas con parte del personal del jardín de niños surgieron expresiones de solidaridad como: ¡Qué barbaros!, ¡que poco sentido de responsabilidad!, etc., pero también sugerencias en el aspecto personal y emocional

como ¡No te enganches con los problemas!, ¡no dejes que afecten tu vida familiar! O de plano expresiones de enojo como: “yo ya las hubiera puesto a disposición de la supervisora (significa retirarlas del centro de trabajo)” e incluso otras sugerencias más drásticas. Aportaron también sugerencias en el sentido práctico como levantar actas circunstanciadas de hechos relevantes, hacer reportes puntuales a las autoridades educativas y actuar conforme a la normatividad vigente.

Pudiera pensarse que con estas cuestiones la atención se centraba más en la situación emocional y se olvidaba la edición de la narración, sin embargo percibí que al estarse dando ese intercambio la narradora profundizaba en las explicaciones y argumentaciones sobre un determinado hecho o al recibir alguna pregunta se daba cuenta de que esas cuestiones no las había incluido y eran necesarias para la comprensión de determinados aspectos y explícitamente mencionaba que las incluiría. Además, obviamente no todas las participaciones se enfocaban a las cuestiones de apoyo emocional o práctico, en la misma medida se aportaban sugerencias concretas sobre la ampliación de algunas ideas, la inclusión de descripciones o información necesaria, además se proponían algunas cuestiones muy específicas de redacción.

La fuerza emocional de los recuerdos puede ser a veces abrumadora, una estudiante tuvo que cambiar su relato al estarse afectando emocionalmente por recordar lo vivido sobre maltrato a una niña por parte de su familia, así de profundas pueden ser las reflexiones. Algunas de ellas recordando sus difíciles inicios en la profesión mencionaban que no sabían cómo habían podido soportar en ese tiempo tantas dificultades, a la distancia reconocían la valentía experimentada.

Me di cuenta de la fuerza de algunos relatos que atrapan la imaginación e interés de los oyentes y desearían saber más al respecto. Por ejemplo en algunas educadoras se

identificaron o interesaron tanto que quedaba la incógnita de qué había pasado posteriormente con los niños o personajes participantes en los relatos. En uno de los relatos se mencionaba a un niño de una comunidad rural que por una “manda” (promesa religiosa) de su mamá no le cortaba el pelo y tenía una larga cabellera por la cual era motivo de constante burla, discriminación y exclusión por parte de los demás niños varones, esta situación hacía que el niño sufriera mucho emocionalmente, no acudiera con gusto al jardín de niños y se afectaba su aprendizaje y desarrollo.

Gracias a la intervención de la educadora quien conversó con la madre y que afortunadamente comprendió la situación y cortó el pelo al niño hubo un cambio drástico en la conducta del niño quien se mostró muy feliz y mejoraron notablemente sus interacciones con los demás niños. Las estudiantes mostraron mucha empatía hacia la situación del niño, la autora del relato mencionó que le había surgido la curiosidad de saber qué había sido de este niño, el cual ya es un adulto y estaba buscando establecer comunicación con él. Las demás estudiantes le pidieron que les contará cuando pudiera localizarlo.

Con la escucha de los diversos relatos y la consiguiente edición casi al finalizar las sesiones algunas estudiantes mencionaban que ya estaban comprendiendo el sentido de para qué estábamos haciendo narrativa pedagógica y la importancia que esta podría tener para conocer más acerca de nuestra propia práctica, para revisar algunos sucesos relevantes a la luz de nuestros nuevos conocimientos y experiencias y que esto representa una oportunidad de resignificación y mejora de la práctica docente cotidiana. Considero significativas al respecto, como una estudiante que expreso como la narrativa permite “aprender en el compartir experiencias” y otra mencionó que es “una posibilidad de comunicación del trabajo educativo”.

Como evaluación del curso se realizaron algunos comentarios orales sobre la experiencia vívida de elaborar su relato pedagógico y se escucharon participaciones en las que señalaban había sido hasta cierto punto intensa y algo compleja, pero que se había logrado el propósito teniendo en sus manos un relato personal que les era significativo. Se les pidió escribieran también la respuesta a dos sencillas preguntas: ¿para qué me está sirviendo hacer una narrativa pedagógica? Y ¿para qué me está sirviendo el proceso de edición pedagógica en relación a mi relato? Ya no hubo tiempo de regresar la información al grupo y realmente también me tardé en procesar la información, pero cuando lo hice percibí que había ideas relevantes en torno a ambas cuestiones.

Amén de lo comentado en líneas anteriores sobre lo percibido por las estudiantes en cuanto a la utilidad de la narrativa pedagógica para su práctica, las cuestiones emocionales vivenciadas y los procedimientos propios para elaborar los relatos y la edición pedagógica en la sistematización identifiqué de forma más explícita otras cuestiones que hasta el momento solo había vislumbrado levemente.

En varias de las evaluaciones se expresa el vínculo positivo que se formó entre los compañeros que participaron en los subgrupos de edición, pero también el ambiente de respeto y confianza colectiva logrado en el grupo total que facilitó la lectura y comentario de los textos. Las reiteradas palabras de haber sentido escucha sensible, empatía y aportes significativos me dieron cuenta de la importancia que tiene la conformación de ambientes distendidos pero críticos en el proceso de edición, y claro, un poco de satisfacción por tal vez haber contribuido un poco a este hecho, aunque debo reiterar que el grupo afortunadamente mantiene generalmente este tipo de clima emocional y de trabajo.

Otra cuestión particular que no puedo dejar de mencionar es que lo escrito les permitió reflexiones a varias estudiantes diversas reflexiones en cuanto a su propia identidad docente. Al revisar sus experiencias les surgieron dudas acerca de la pertinencia de su proceder pasado y actual, sobre sus fortalezas y dificultades, en suma como alguna lo dijo, a aun “autocuestionamiento del camino”. En particular una integrante manifestó la aclaración que tuvo consigo misma acerca de sus niveles de autoexigencia

Personalmente la narrativa fue darme cuenta de que de que no siempre voy a tener la respuesta ni sabré cómo actuar y eso no me define ni me convierte en mala docente. Significa que tengo la oportunidad de aprender y que debo dejar de lado las expectativas que otros tienen sobre mi quehacer profesional.

Identifiqué también que enfatizaron la perspectiva que tiene la narrativa para formar colectivos pedagógicos que permitirían mejoras a la práctica educativa en sectores educativos más amplios. En uno de los escritos se menciona que compartir narrativas es una buena práctica porque permite:

...Explorar diversos puntos de vista, compartir para nutrir y darse cuenta que existen similitudes en los procesos de cada una y conectar con su sentir. Darse cuenta de que existen muchas personas luchando o esforzándose por hacer cambios en nuestra sociedad – humanidad es muy enriquecedor”.

En varias de las evaluaciones igualmente se menciona la posibilidad, y la necesidad, de lograr tales colectivos.

Finalmente se solicitó una nueva revisión del texto con sus compañeras de equipo y escribir la versión final que sería entregada una semana después, siendo a la vez la evidencia de aprendizaje global. Hubo el compromiso de analizar cómo

podría buscarse la oportunidad de dar a conocer sus relatos de forma más amplia a otros docentes como parte de esa necesidad de compartir experiencias y saberes.

Como cierre, aunque puede ser una experiencia relativamente sencilla, en lo personal agradezco la oportunidad de haber contribuido, aunque fuera en una mínima parte, para que las estudiantes se adentrarán un poco más a la narrativa pedagógica e identificaran a la vez tanto las potencialidades de esta actividad como sus potencialidades como narradoras. También agradezco al grupo haber compartido parte de sus experiencias profesionales y sentires con los cuales entretejimos entre todos un común hilado pedagógico de saberes y emociones.

CAPÍTULO III.
PRÁCTICAS PEDAGÓGICAS DE LAS
ESTUDIANTES DE MAESTRÍA EN
DESARROLLO SOCIOEMOCIONAL

El día que me encontré con un villano

Diana Jazmín González Rodríguez
djazmingr@hotmail.com
Jardín de niños Juan Jacobo Rousseau.
Etúcuaro, Michoacán

Previo a la tormenta:

Durante mi formación como profesora creí conocer una de las partes oscuras de la docencia: Toparme con un alumno tremendo. Aún recuerdo mi último año de la carrera, realizaba mis prácticas profesionales en un preescolar de Morelia, y en mi grupo asignado se encontraba un pequeño, quien a menudo molestaba a sus compañeros. Al principio, era lo “*normal*” (ahora sé que la violencia no debería ser normalizada): un empujón, un manotazo, una cara fea... pero después, todo comenzó a salirse de control. En una ocasión ese pequeño le expresó a otro niño que lo iba a matar, ¿cómo debía actuar en esos casos? Como practicante, teóricamente sabía algunas soluciones, ¡obviamente la realidad me rebasó!

La educadora titular platicó con la mamá, quién era enfermera, ahí nos compartió que estaban por hacerle estudios neurológicos a su hijo para detectar si había alguna anomalía. Mientras tanto, los incidentes siguieron. ¿Cómo olvidar el día en que me expresó: «*Te voy a cortar en cachitos*»? En ese entonces, yo acababa de leer la investigación del Doctor Antonio Lara Peinado, acerca del trabajo con niños inmersos en la violencia, aunque torpemente le respondí: «¿*Pequeños o grandes*?», la intención era desarmarlo, sorprenderlo y escuchar su respuesta, sin embargo, puedo asegurar que ambos experimentamos la misma decepción.

La impotencia era tal que un día rompí en llanto, no tenía idea cómo abordarlo, el niño no me caía mal, pero su comportamiento me exasperaba. Yo, la estudiante cuya mano se encontraba levantada la mayor parte de la clase, quién entregaba sus tareas a tiempo, quien se esforzaba por realizar su material novedoso y funcional, no podía con su primer alumno *huracán*. El último día de prácticas una docente del preescolar se me acercó expresando «*Mira el lado positivo, cuando te vuelva a tocar un niño así, ya vas a saber qué hacer*», ¡Claramente no imaginaba lo que se avecinaba!

En la tormenta:

El 2020 me demostró que yo no sabía nada en absoluto acerca de la villanía infantil. Un año antes, había tenido al que hasta hoy considero, el mejor grupo de mi corta experiencia; un grupo de primero con 10 alumnos, donde sentía calidez, amor, inclusive podía experimentar esa sensación de hogar. Posteriormente, me lleve a esos pequeños a segundo año, pero esta vez la matrícula aumentó a 27, entre ellos: Orlando. Al principio me asusté, por primera vez me tocaba un grupo numeroso (desde mi perspectiva); el espacio era reducido, el material didáctico escaso y mi voz muy suave, lo cual, en ese entonces, era una debilidad. Es decir, el alboroto y los gritos durante las actividades me hacían levantar la voz más de lo normal, ya no recuerdo cuántas veces me enfermé ese ciclo.

Conforme transcurrían los días, el niño iba definiendo su objetivo diario: Golpear cada mañana a Leonardo (otro compañero), mientras yo salía por el almuerzo para repartirlo al resto de la clase. Al identificar este suceso, la estrategia fue sentarlos en lados opuestos del aula, como el espacio era pequeño y el grupo numeroso, le tomaba tiempo a Arturo llegar hasta su compañero; para ello, tenía que recorrer todo un laberinto de sillas. Algunas veces se logró la misión, otras, los zapes aterrizaron sin consideración en la cabeza de aquel

chico que casi no hablaba y nunca se defendió. Jamás concebí este acto como el inicio del caos.

Los meses transcurrieron, ya no sólo eran zapes, también mordidas y acciones nudistas, sobre todo durante el recreo al ir al baño. Sin previo aviso, el niño solía bajarse el pantalón para hacer pipí en el jardín. Cuando lo veía, le llamaba la atención, dirigiéndolo al sanitario, otras veces mis compañeras eran quienes lo amonestaban o me daban la queja. No obstante, uno de los actos con los que me sentí más apenada, fue el día en que le dio una nalgada a una madre de familia, mientras atendíamos una reunión en el patio cívico. Pese a la vergüenza y la incomodidad, la señora afortunadamente tuvo compasión de mí, comprendiendo mis argumentos.

¿Alguna vez han prestado atención a las tormentas? Los vientos fuertes, los truenos, los sobresaltos de nuestro cuerpo al escucharlos, cómo el granizo golpea fuertemente los cristales, haciéndonos creer que pronto se estrellarán... metafóricamente, ese niño representaba la peor tormenta que yo hubiera presenciado en mis cortos 4 años de servicio docente. Las experiencias previas se quedaban cortas. Era un reto que yo no sabía cómo abordar.

Predeciblemente, las quejas por parte de las mamás iban aumentando: *«Maestra, mi niño me dice que Orlando le pega, ¿puede hablar con su mamá?»*, *«maestra, otra vez Leonardo me dijo que fue golpeado por...»*; *«maestra, ¿ya habló con los papás?»*... ¡Qué estrés! Seguramente los padres de familia pensaron que yo no tomaba cartas en el asunto, cuando tres de cada cinco días (por decir, sino es que toda la semana), le pedía a la mamá del susodicho, esperarse unos minutos a la salida. Evidentemente, no sancionaría ni reprendería a nadie en público para confirmar que me estaba tomando las cosas en serio.

La frustración no se hizo esperar, no podía evitar pensar *«¿por qué siempre me tocan los casos complicados?»*, mis

compañeras argumentaban que era porque algo debía aprender, situaciones así sólo pueden convertirnos en mejores docentes. Contradictoriamente, yo sentía de todo, menos esa iluminación. Desde la primera agresión platiqué con la mamá, a quién le dio risa, asegurando que en casa su hijo no era así. Ahora, de acuerdo con varios colegas, concluimos que la escuela es un lugar mafioso, capaz de sacar la peor versión de los niños, ya que en ningún otro espacio ni con ninguna otra persona son así (nótese el sarcasmo). Para confirmarlo, la señora, solía decir: *«Pero cómo maestra, si mi hijo juega muy bien con otros niños»*.

Un día a la salida tuve la oportunidad de conocer a su papá, un señor alto, corpulento, de aspecto serio y rudo. Le pedí unos minutos para conversar, le expliqué la situación con Orlando, “Orlandito”, como le decía mamá, argumentando que era importante reforzar los límites en casa, pues los niños deben aprender a hacerse responsables de sus actos desde pequeños. El señor asintió y se comprometió a trabajar en ello, luego le lanzó una mirada de furia a su hijo, expresándole que estaba castigado.

El efecto de la conversación sólo duró un día. Después, las agresiones regresaron, cuando le pedía recoger algún material o terminarse el desayuno, un “no!” salía de su boca fuerte, claro y con un tono desafiante, lo cual me irritaba. En ese momento no lo supe, pero mi niña interna solía engancharse fácilmente, es decir, me enojaba ante la negativa dando como resultado, un condicionamiento hacia él para salir a recreo o para tomar algún otro material, lo cual rara vez funcionaba.

Respecto al resto del grupo (inclusive de otros grupos), los niños no toleraban a su compañero, ni hablar de invitarlo a jugar en recreo o compartir el material. ¿Qué hacer en ese caso?, ¿imponerles una convivencia que a veces ni como adultos toleramos respecto a ciertas personas? Al menos intentaba fomentar algunas interacciones entre ellos a través

de actividades artísticas, como pintar en equipos o realizar juegos para favorecer el compañerismo. A veces funcionaba, dándome esperanza, otras... lo único que podía hacer era seguir respirando.

Una mañana mientras estaban jugando en recreo, Orlando aventó a otro niño, entonces, cansados del maltrato y agotada su paciencia, la mayoría se rebeló. Chicos de los cuatro grupos lo tomaron por los pies y las manos, meciéndolo de un lado a otro durante un rato. Luego lo tiraron en el pasto y algunos le pegaron. Con otra compañera fuimos testigos de la situación, nos miramos fijamente y tardamos en reaccionar. Los chicos estaban hartos, si las docentes no hacíamos algo al respecto, era claro que ellos lo harían. Entonces intervenimos, le expliqué a mi grupo que al agredir a otro siempre hay consecuencias (la cual no recuerdo), y agradezco que ellos no expresaran «*Si Orlando nunca es castigado, ¿por qué nosotros lo seríamos?*». Como se predice, el efecto de la justicia infantil duró poco.

Por ese tiempo yo tomaba un diplomado de inglés, en el cual tuve un profesor que era psicólogo. Le pregunté cómo podía atender ese caso, explicándole mi dificultad para poner límites. Su recomendación fue identificarme como la autoridad frente al grupo, cada vez que le expresara mi enojo a Orlando debía comunicarlo a través de mi postura, mi voz y mis expresiones faciales. A su vez, debía reconocer sus potencialidades para incrementarlas durante las actividades, disminuyendo su agresión. Cada día sentía que me rompía la cabeza en agotar mi arsenal de estrategias sin progreso alguno. La recomendación sobre la comunicación del enojo funcionó parcialmente.

Éticamente no me siento orgullosa, pero a menudo pedía antes de iniciar las clases que el niño no se presentara. Mis súplicas parecían tener el efecto contrario, porque él rara vez faltó. El agotamiento emocional se imponía, no tenía idea de

cómo atender el caso, la entrevista inicial no había arrojado nada raro, según lo compartido por la mamá, excepto que ella intuía que su hijo tenía autismo. No contaba con ningún estudio, pero de acuerdo con sus lecturas en internet, las características coincidían, como la conducta impulsiva y distraída, no tener miedo, poco desenvolvimiento de lenguaje, dificultad para relacionarse con los demás, entre otras.

Afortunadamente, de supervisión nos pidieron hacer una lista de aquellos chicos que necesitaran canalizarse a CAPEP, al conocer el caso, se le dio prioridad. La mamá mostró disposición al llevarlo a la instancia, donde todo parecía normal. Para mayor convencimiento, lo canalizaron con un neurólogo para realizar estudios, ¿el resultado? El niño estaba sano. ¡Me están mintiendo!, aseguré. No conforme con la respuesta, le mostré los estudios a un amigo doctor, en efecto, me aseguró que no había alteración alguna. Frustrada y enojada conmigo por no considerarme competente, seguí indagando cómo atender el caso, pregunté a psicólogos, a otros docentes, leí artículos...

Tiempo después, aquella mamá quién había recibido la nalgada, comenzó a platicarme la situación familiar de mi alumno. Se rumoraba que el papá andaba en malos pasos, varios pensaban que la mamá en realidad no quería al pequeño, por ello, cada día al terminar la escuela iba y lo dejaba al cuidado de los abuelos maternos. En ocasiones lo recogía en la mañana, sólo porque debía asistir a la escuela. Según varios comentarios, el niño dormía hasta tarde, los vecinos lo escuchaban jugando o haciendo ruido hasta muy entrada la noche. Nunca hubo certezas, pero la incertidumbre era grande, incitándome a profundizar con la mamá. Le pregunté si había algún cambio impactante, alguna alteración en la alimentación o el sueño, pero no obtuve más información de la que ya poseía.

Una mañana el niño dejó de comer, me preocupé, le comentaba que no podía dejarlo salir a recreo, podía

desmayarse o le dolería el estómago (estos fueron mis intentos fallidos para que almorzara); comenzaba a desesperarme y a molestarme, definitivamente no me caía bien. Al cabo de un rato, observé cómo intentaba provocarse el vómito. No insistí, en su lugar, platiqué nuevamente con la señora, esta vez la invité junto con su esposo y la abuela materna para tener una reunión con el resto de las docentes. También se le hizo la invitación al abuelo, pero la mamá comentó que era muy machista. Para empezar, no consideraba la educación preescolar relevante; sabiendo esto, preferí no insistir, trabajaría con lo que tuviera.

Como dato curioso, el niño nunca me agredió a mí, pero al resto de mis compañeras sí, les pegaba, les daba nalgadas o les tiraba el almuerzo. Durante la reunión les explicamos a los señores la situación, pidiéndoles firmar una carta compromiso donde se responsabilizarán de la educación del menor, ellos acordaron trabajar en el establecimiento de límites y llevarlo a terapia. También le pedí a la señora llevar a su hijo con un doctor para identificar la falta de apetito.

A la semana siguiente, todo tuvo sentido. En palabras de la mamá, el doctor la había regañado, durante los últimos días Orlando sólo había comido dulces, entonces la cantidad de azúcar en su organismo era excesivo. Las indicaciones fueron un cambio radical en la alimentación, por ejemplo, consumo de sopas o caldos. Debo admitirlo, descansé tanto esos días en que no recibía una queja cada 5 minutos o no hacía malabares con el almuerzo para llegar antes del zape matutino. Podía jugar con el resto del grupo en recreo, comer mi desayuno tranquila, analógicamente me sentía como la maestra Miel.

Poco después llegó la pandemia, lo cual, desde mi sentir, me salvó de ese mini villano. A decir verdad, ahora me cuestiono si para él yo representaba lo mismo, porque le ponía reglas, le llamaba la atención, le gritaba (porque llegué a hacerlo) y específicamente con él, no era cariñosa. Durante el

confinamiento les compartía las actividades por mensaje, posteriormente iba cada 15 días a la comunidad y les llevaba copias, a su vez, recogía lo que habían trabajado en ese lapso para hacer mis evaluaciones. Me fue imposible tener clases en línea, debido a la falta de internet. En su caso, la mamá de Orlando siempre me expresaba que el niño ya quería regresar a la escuela, en casa trabajaba gustoso sin omitir ninguna actividad, yo siempre dudé de su palabra, a pesar de los vídeos recibidos como evidencia.

Cuando mis amigos me preguntaban cómo me iba con mi grupo, ese mini villano salía a relucir. No podía esconder mi alegría de permanecer en casa y mis ansias de que terminara el ciclo, lo cual inevitablemente ocurrió. Finalmente tendría dos meses (incluso más porque ese año el ciclo terminó antes), para olvidarme momentáneamente de mis pesares: no más mensajes que responder a las 11:00 pm; no más cuadernillos incompletos, era liberador.

El ciclo siguiente (2020-2021), de acuerdo con mis compañeras, nos quedaríamos de nuevo con nuestro grupo, debido a que ya lo conocíamos y como seguía la pandemia, no vimos viable hacer cambios, además, nadie quería intercambiar conmigo. Meses después llegó una nueva supervisora, a quien le comentó el sindicato la realización de los cambios por cadena natural. Como mis compañeras y yo nos habíamos evaluado para ingresar al sistema, varios profesores estaban en desacuerdo, logrando que nuestros lugares también se concursaran.

Luego de unos días, se confirmó la noticia: Me cambiaba de preescolar, ¡mi corazón se rompió en mil pedazos!, bueno, en 27, correspondiente a la cantidad de alumnos en el grupo (brindado este dato, al parecer cierto cariño sí se llegó a desarrollar por ese pequeño villano). La reunión fue virtual, ayudando a contenerme; pero al terminar la vídeo llamada, el llanto se desbordó. Yo me encontraba en casa de mi mamá, por

lo cual, cuando ella me llamó para comer mis ojos ya estaban enrojecidos e hinchados. Hasta la fecha, mis sobrinos, quienes se encontraban en dicho lugar, recuerdan perfectamente el suceso, porque fue el primer momento donde realmente me vieron sufrir por algo que amaba y llorar a lágrima viva, como el poema de Oliverio Girondo.

Entre océanos de lágrimas, un abismo de tristeza y un huracán de enojo, me despedí de esa escuela donde era tan feliz y lo sabía. Los papás intentaron hablar con la supervisora, ya que en otras ocasiones habían pretendido sacarnos sin éxito alguno. Ahora era diferente, las indicaciones iban directamente de la secretaria. Ni siquiera pude despedirme como deseaba de mis alumnos, esos niños con quienes había aprendido demasiado, con quienes había creado una familia... no se suponía que me fuera en esas condiciones, quienes tomarían un nuevo rumbo dentro de pocos meses serían ellos. ¿Acaso era el karma por esas mañanas cuando deseé que Orlando no asistiera a clase? Entre las tantas lecciones aprendidas, ahora sé que hay que saber pedir, de lo contrario, la vida da sin revisar la petición.

No volví a ver a mi grupo hasta finalizar el ciclo, cuando me invitaron a tomarme la foto escolar, ya que prácticamente habíamos estado juntos los 3 años. Al llegar al espacio donde sería la sesión, los abrazos no se hicieron esperar, inclusive el de Orlando, quien me sonreía. Lo veía más grande, se mostraba atento y calmado con sus compañeros. Luego de ello, no volví a verlo. Esporádicamente su mamá me llegó a enviar algún mensaje, saludándome, compartiéndome que el niño iba mejor en la primaria, ya no le daban tantas quejas.

Luego de la tempestad

Este año (2023), en uno de los consejos técnicos de zona, me topé con una maestra, cuyo preescolar está al lado de la casa de los abuelitos maternos de Orlando. Me explicó que su mamá había fallecido, al parecer tenía un tumor inoperable en

la cabeza, al preguntar por su papá, me compartió que había desaparecido, no sabían si se había escapado o lo habían eliminado. La noticia me dejó en shock, no sé cómo explicarlo, pero sentí mucha pena por el niño, también sentí culpa pensando en todo lo que seguramente pude haber hecho si me esforzaba más y no hice. Acaso, ¿esto confirmaba mi hipótesis acerca de que en algún momento yo sí había sido la villana por no ver más allá del aula? Finalmente, la maestra me dio sus saludos. Lo había visto en el funeral, al parecer no comprendía la magnitud de la tragedia, le era complejo comprender por qué todos lloraban. No obstante, le preguntó a la maestra si me conocía. Cuando ella lo confirmó, él le pidió saludarme.

Ante un hecho así, el corazón se me estrujó al pensar las condiciones en las que crecería, el cariño que seguramente le haría falta, las mentiras que tentativamente le dirían y hasta cierto punto, tuve la necesidad de protegerlo, como suelo experimentar con varios de mis alumnos al percibirlos en situaciones vulnerables, pero sin poder hacerlo, a sabiendas de que hay cosas fuera de mi control. Todos esos deseos expresados ahora se convertían en cenizas. La pérdida siempre lo hace vibrar todo, incluyendo nuestras perspectivas.

Hoy he dejado de concebir a Orlando como un villano, en el fondo, siempre pidió ayuda implícitamente, en su momento no lo supe. Al contrario, repetidamente desconfié de su potencial y le compartí un cariño fragmentado. ¿Respecto a mí?, dudé de mi capacidad como docente, me dominó la frustración y el enojo, sentía que mi vibra no era compatible con la suya, no sé cómo explicarlo, simplemente lo sentí. Ahora, sé que inevitablemente terminaré siendo la villana de muchas historias, pero en lo concerniente a los niños, definitivamente me rehúso a obtener ese papel. Si ellos no eligen a los papás que tienen, al menos que se sientan seguros con la profesora que les ha tocado. ¿No sería buenísimo que los docentes pudiéramos leer la mente de los chicos?, en su lugar, se nos da un morralito para ir almacenando

aprendizajes, los cuáles se cosechan a través del error y la práctica.

Hoy confirmo que no todos los adultos deberían ser padres, pero sí todos los niños merecen ser amados, de lo contrario, como dice un proverbio africano: *“El niño que no sea abrazado por su tribu, cuando sea adulto, quemará la aldea para poder sentir su calor”*. Una parte de mí desea que ninguno de ellos sienta la necesidad de incendiar su aldea, sin embargo, tampoco puedo mentirme, sé que no puedo salvarlos a todos, dicho esto, ¿los niños necesitan ser salvados o amados?, quizá/seguramente ambos. Esa experiencia me ha marcado como docente y como ser humano, ahora intento tener más estrategias para regularme emocionalmente, evitando engancharme con los alumnos cuyas actitudes son desafiantes e intentando escucharlos.

NOTA POST-APRENDIZAJE: A todos nos gusta escuchar cuando hacemos las cosas bien, sobre todo si nos hemos esforzado y hemos puesto el alma en ello. Nos motiva, nos da fe y simultáneamente, alimenta nuestro ego. Como docente me hace sentir que estoy contribuyendo al aprendizaje de mis alumnos, sobre todo si en el proceso ha habido momentos de confusión. Paradójicamente, la equivocación incomoda, porque el error está asociado a la vulnerabilidad, a la imperfección y al fracaso.

En diversas coincidencias con otros docentes he compartido brevemente la experiencia narrada, sin embargo, no me había atrevido a viajar en el tiempo haciendo un recuento de lo sucedido, admitiendo mi sentir respecto a ese alumno. Hacerlo era reconocermelo como un ser imperfecto, ignorante, luchar con la culpa acerca de que, en algún momento (como ya mencioné), seguramente seremos el villano de la historia, cuando desde el inicio juramos ser docentes comprometidos y éticos. Hoy esta docente navega entre esas contrariedades, con el remo de la exigencia en la

mano izquierda y el de la autocompasión en la derecha, sin olvidar mi morralito de aprendizajes, para recordar lo que voy viviendo (que seguramente ya me servirá después).

Bibliografía

Lara Peinado, A. (2015). *Comó trabajar con niños inmersos en la violencia en preschool y primaria*. México: Acento Editorial.

**En américa no se baila.
La necesidad de la atención objetiva
a los alumnos preescolares.**

Nallely Zavala Pedraza
Escuela Normal para Educadoras
“Profr. Serafín Contreras Manzo”
yllellanhosiko@gmail.com

Año 2019, Zapote de Parras, municipio de José Sixto Verduzco donde ningún municipio, ni siquiera la cabecera se llama José Sixto Verduzco, ese dato siempre me pareció muy interesante y chusco. La cabecera es Pastor Ortiz, antes Zurumato, el municipio 113 de Michoacán, el condenado eterno como yo a ser el último de la lista.

En la segunda aula de esa pequeña y calurosa comunidad daba yo mis primeros pasos como maestra titular, que según mamá SEP no era más que una educadora auxiliar sin nombramiento, sin paga y sin conocimiento de mi existencia.

Llegué a cubrir el lugar de una gran educadora que se retiraba por motivo de cambio dentro de la misma zona. Llenar zapatos siempre es difícil, sin embargo, era algo con lo cual yo tenía mucha experiencia, pero nunca la suficiente confianza.

Estar tan lejos de casa, saberse sola y sin nadie conocido es duro, en lo personal me marco mucho, es impresionante lo que te puede hacer ver y lo que te puede hacer ignorar y en esta historia ocurrieron los dos sucesos vi de más y vi de menos o era plenamente ciega.

El 3 “A” de la generación 2018-2019 era un grupo conformado por 12 alumnos en total de los cuales cuatro eran niños y ocho eran niñas: Paul, Matías, Oliver, Paola, Zoé,

Casandra, Marisol, Isamar, Kimberly, Paulina, Uriel y América.

Esos pequeños 12 corazones saltarines, palpitantes, alegres, traviesos, ocurrentes, llenos de sabiduría y conocimientos me hacían sentir querida, acompañada y feliz por lo menos 3 horas al día, me esforzaba mucho por su desarrollo, cada día era un descubrimiento mío de su mundo. Se presentaron infinidades de choques culturales, de objetos que yo conocía y nombraba por un nombre y ellos por otro, expresiones que en mi hogar son buenas y en la comunidad no del todo. Mientras estaba con ellos yo era muy feliz y valían las 5 o 6 horas de viaje con 5 cambios de transporte.

Vivía en la cabecera municipal por el servicio del hospital del seguro popular, ya que por mis constantes enfermedades y por el peligro latente de que me picara un alacrán. Es así que se suma otro transporte a la comunidad para dar una totalidad de seis transportes para ir al jardín de niños “Enrique Rébsamen”.

Suena muy pesado tomar seis transportes para llegar al trabajo cargando mochila, maleta, bolsa de materiales y en ocasiones hasta mi violoncello, pero lo valió, cada viaje lo valía. Mi vida con los niños del 3A duro solo 7 meses, inicié el día 3 de diciembre del 2018.

En los últimos meses, para clausura escolar todo es una locura, y era mi primer lococlausura de maestra.

Falle en tantas cosas, el nombre del padrino de Paola en las invitaciones que yo diseñe, imprimí, recorte, decore y entregue, las multas que las mismas mamás propusieron y no cumplieron, las telas colgantes, la tela del fondo era muy delgada, el agua para el presídium, detalles del audio que yo debía manejar, vestuario del baile sorpresa incompleto, y otras tantas cosas que salieron mal que no estaban en mis manos como el comenzar tarde por la impuntualidad de las personas

importantes dentro de la misma clausura, entregar certificados con los nombres incorrectos debido a que desde su registro en plataforma fueron mal escritos y capturados; y finalmente cobrar acuerdos que yo no debía de cobrar.

Pero volviendo a los preparativos, nos encontrábamos mis 12 alumnos y yo dentro del salón de clases, les comenté sobre su clausura y lo que se acostumbra a hacer en ellas, los niños por supuesto que ya lo sabían todo debido a que ya sus mamás les habían dicho del vestido, el traje y el bailongo.

Fue una experiencia muy gratificante para mí ya que todos los niños se involucraron en todo el proceso, los niños escogieron las canciones para el vals de entrada, principal, salida y baile sorpresa. Al principio fueron canciones un poco desentonadas o desafortunadas, sonaba sin pijama y otras más que nunca fueron reproducidas en su totalidad, con el tiempo los niños decidieron cambiarlas con un poco de intervención de mi parte ya que no sería correcto que unos niños de preescolar bailaran ese tipo de canciones y mucho menos como un vals.

En todos los grupos hay niños extremadamente participativos que se desenvuelven e involucran en todo, y niños que no, que son callados, tímidos, pero no por eso no se involucran de distintas formas.

Personalmente siempre he sido la persona que quiere bailar, que quiere cantar, que quiere actuar, que quiere pintar y dibujar, aunque no tenga habilidades suficientes o estéticamente correctas o incluso a pesar de no ser la mejor haciéndolo. Trato de darles confianza a los niños, mostrarme libre en las expresiones artísticas para que ellos lo hagan sin pena al qué dirán si me muevo así, si pinto la vaca azul, le pongo alas y coloco a su lado un dinosaurio como mascota.

Con niños de comunidad esto es más complicado debido a sus costumbres y pensamientos muy arraigados, pero poco a

poco lo fui logrando, en ningún momento algún niño o niña menciono no querer bailar o no querer cantar, porque, casi lo olvido, los niños también cantaron volare de valiente, ellos cantaron y yo toque el ukulele. Jamás me cuestione si algún niño no tenía la confianza suficiente de hacer todo eso frente a las personas.

Suena fácil ¿no? bailar cuatro canciones, cantar una canción, desfilas por sus documentos y encima de todo eso mostrarse feliz. Sí, efectivamente suena fácil, pero considero que no lo es, ni siquiera lo es para mí; a pesar de toda la experiencia en escenarios bailando, cantando, declamando, dirigiendo programas musicales o de belleza, haciendo música y teatro. Al día de hoy, después de tantos años aún tengo esa sensación de querer hacer pipí, sudoración de manos, pies y ganas de masticar un chicle. Si esto me pasa a mí que soy un adulto con experiencia, no puedo llegar a comprender lo que significa para un niño preescolar y menos un preescolar tímido.

América era de las niñas más altas del grupo, de las más calladas, tímidas y solitarias; en el proceso educativo dentro del salón de clases al principio no participaba, solo se me quedaba viendo y con sus ojitos me decía: no, no voy a participar. Sin embargo, durante las mañanas en la activación física si bailaba, con timidez, movimientos cortos y muy calculados, no se permitía sentir ni fluir la música, en las clases de educación física que yo misma impartía América realizaba las actividades con notable temor, nunca solicitaba ser la ayudante de la maestra, siempre muy neutral ante cualquier situación. Fue necesario el trabajo constante con ella para que participara, platicara y se sintiera parte del grupo, creo que el paso más grande sucedió cuando el jardín se quedó sin agua y ella por ser vecina del jardín pudo regalarme una cubeta de agua que yo misma saque de una especie de pozo que me dio tanto miedo y ella me enseñó como sacarla sin correr peligro.

La aventura del pozo sucedió así: Era el mes de Abril, el calor era insufrible, yo sé que las personas de tierra caliente tal vez puedan tener razón en que las temperaturas de Pastor Ortiz no son insufribles, pero para una persona que toda su vida vivió en tierra fría sí que lo fue. Por alguna extraña razón los comuneros tenían alguna especie de mal entendido o falta de comunicación al abrir el paso del agua de determinadas calles, sumando a eso la presión con la que llegaba el agua era tan deficiente que no alcanzaba a llegar hasta el tinaco que, a pesar de estar enterrado, si se ubicaba muy lejos de la entrada.

Los suministros se agotaron y la señora Mary que era la encargada de la cocina me solicito agua para lavar los trastes, no había nada. Inmediatamente pensé en América, ya que es la vecina del Jardín de Niños, salí del jardín con la esperanza de que en su casa pudieran regalarnos una cubeta, toque con una piedra la reja de la entrada, grite y salió América, le salude y pregunte por su madre, ella menciona que no se encontraba en casa, no había nadie acompañándola. Le externe las necesidades del jardín y me dijo que podía sacar agua del pozo. Me asuste inmediatamente, jamás había visto un pozo, mucho menos sacar agua del pozo.

Me imaginaba la típica imagen de un pozo, media barda circular hecha de piedra y adobe con un pequeño tejado donde estaba suspendida una cubeta que bajaba y subía fácilmente, más equivocada no podía estar. Era un pozo literal, un pozo en la tierra, la superficie del agua estaba aproximadamente medio metro del nivel del suelo, América me facilito una cubeta con un lazo como con 15 cm de largo. Le deje claro que jamás lo había hecho y que no sabía cómo hacerlo, pero lo iba a intentar, evidentemente no lo hice bien, no lograba que la cubeta se llenara d agua. Hasta que América me instruyo y lo logre.

Los niños son muy transparentes, en su mirada vi una expresión de okay déjame enseñarte como se hace sin ser una mirada de mandato, fue más bien tierno. Debo mencionar que

no había nadie de su familia cuando yo llegue solicitando el agua y que América jamás lo mencione a su madre, no hasta que yo le agradecí a la señora por el agua.

La señora era una madre muy trabajadora y el padre de la niña igual, ella estaba constantemente sola, muy pocas veces hable con la señora y con el señor, solo en una ocasión cruzamos un saludo de buenos días, no más.

Los ensayos de la clausura corrían con normalidad, los días se acercaban, cada día lo tachábamos y contábamos cuantos días faltaban para la clausura, ellos cada día más emocionados y yo cada día más estresada, fatigada, cansada y con el pensamiento constante “esto no me lo enseñaron en la normal” o mi fatal favorito “de saber que esto era así (pausa larga) no, si me gusta, pero que feo es”.

América se mostraba a mi parecer contenta, así la veía yo, para este momento ya participaba, poco, pero lo hacía. Se mostraba nerviosa al contar los días que faltaban y unos días anteriores a la clausura me comento: maestra, ya me mandaron mi vestido y me lo medí, creo que me harán un peinado de chinos. Sentí un gran alivio ya que era la única niña que no tenía vestido hasta ese momento, la verdad en su mirada no note algo de felicidad por el tema del vestido y temí preguntarle por más información.

Llegó el gran día, lo que tenía que salir mal salió mal, lo que tenía que salir bien salió bien y las lágrimas no se quedaron atrás, fui inmensamente feliz de saberme parte de esos pequeños corazones, de ayudarlos a tener su primer escaloncito de la vida, lloré por lo menos 4 veces en la clausura al verlos bailar, cantar y despedirme de ellos.

Al finalizar el evento se acercan algunas mamás conmigo para agradecer las atenciones y servicio para sus hijos y padres de familia, al final de todas esas mamás entro la mamá de América, con los ojos llenos de alegría, con una sonrisa que

jamás había admirado, ella me observa fijamente y como magia lo hago yo por igual (ver a los ojos me es muy difícil, pero ella me robo el pensamiento y atrajo mi mirada a sus ojos) me dijo: le agradezco maestra, le agradezco tanto que usted pudo sacar a bailar y cantar a mi América, ninguna de las otras maestras pudo, ella jamás quiso y con usted sí.

Me quedé sorprendida y solo podía preguntarme a mí misma ¿le di la oportunidad de expresarse? ¿Le pregunte a ella o a los demás, sí existía alguien que no quisiera bailar o no le gustará? ¿La presione? ¿No la observe lo suficiente? Qué tal que su cuerpo me gritaba: “no, yo no quiero bailar” y yo simplemente no lo supe ver o no lo quise ver, ¿fui egoísta? Todo eso paso por mi mente, al momento que le preguntaba a la mamá ¿Por qué nunca me lo dijo? Y ella respondió no quería ni mencionarlo, le compre las cosas con temor de que a la hora de la hora no quisiera hacerlo, pero usted le da fuerza. Mire a América a lo lejos con su papá y ella me sonrió.

El resto fue despedirme de ella abrazarla y seguirme preguntando todo aquello y aun me lo pregunto ¿América realmente quería bailar o nunca se lo pregunte?

Aprendizajes

Mi primera experiencia docente en clausuras me dejo una gran lección, no siempre voy a poder con todo, debo delegar responsabilidades que por jerarquía no me corresponden; evitar involucrarme en los acuerdos de cobros de cuota por sanción de las madres de familia, desde el mismo acuerdo y más aún en el cobro de dichas sanciones.

En concreto con la gran experiencia con América, me dejo tantos aprendizajes, no todos los niños van a tener ganas de participar, está bien ser callado y reservado, no es necesario hacer circo, maroma y teatro para llevar a un niño a la fuerza a realizar acciones que no tiene previstas.

A observar la postura y lenguaje corporal de mis alumnos para detectar las cosas que no se atreven a compartir o que no saben cómo expresar, preguntar: ¿cómo se sienten al respecto de determinadas acciones o situaciones futuras o inmediatas que involucran actos públicos?

La bondad que hay en la labor docente, el cariño tan bonito y puro que le tienes a pequeños que jamás habías conocido antes y que se vuelven parte de tu historia docente y personal ya que hay niños como América que te marcan para bien y para mal, en mi caso ella provocó eso en mí, para bien.

El director y el laberinto de los destinos: un viaje de resignificación y coincidencias

Alma Angelina Ramírez Valverde

almiusky@hotmail.com

Escuela Normal para Educadoras

“Prof. Serafín Contreras Manzo”

Quiero iniciar expresando que la formación de un Maestro no termina al concluir sus estudios profesionales, sino a lo largo de toda su trayectoria profesional, e incluso, de su vida misma.

Una esencia que va encontrando “sentido” en cada situación que se afronta, desde lo más amoroso y exitoso, hasta lo más difícil y doloroso, tiene un propósito, son aprendizajes que te fortalecen y hacen crecer en todas las áreas de tu vida... en esta ocasión me apego a escribir sobre una parte de este camino en mi trayectoria como Directivo.

Después de mi recién e inquietante decisión de cambiar mi clave de Docente a Directivo, pues para mí era un verdadero gozo trabajar y aprender con los pequeños, y al adquirir dicha clave ya no sería Docente frente a grupo, aunado a laborar por más de 15 años en zonas rurales, solicité mi cambio a la ciudad de Morelia. Contaba con la experiencia de haber laborado en los 2 últimos jardines de niños en dicha función, donde mi liderazgo tuvo tropiezos, pero también bellos momentos, aprendiendo a motivar, a resolver conflictos, a gestionar, organizar y delegar, entre tantos otros retos que enfrenta un Directivo con su equipo de trabajo, Padres de familia y autoridades. No obstante, tenía la necesidad de buscar la cercanía a mi familia.

Fue un cambio un tanto complicado, ya que no fui aceptada por la zona que yo elegí, por tener dicha clave, pues la justificación de los docentes de dicha zona, era que al yo tener clave de Directora les quitaba el derecho a quienes desearan aspirar a un espacio como tal; lo cual siguió de una inestabilidad laboral que marcó de alguna manera mi destino y el amor a mi profesión, pues sentía que me encontraba en “la nada”, sin ubicarme en ningún espacio de manera permanente. Así pues, recorrí distintos lugares, estuve unas semanas en la supervisión de la zona como apoyo al ATP, otras en un jardín de niños del centro de la ciudad cubriendo a una Docente comisionada y unos días en un jardín apoyando la dirección, hasta que finalmente la jefa de Sector me acomodó en una zona que abarcaba Morelia y lugares cercanos.

Así llegué entonces al J/N “Jesús Reyes Heróles” de la comunidad de Uruapilla, cuyo equipo estaba integrado por una directora, tres educadoras, una maestra de educación física y 1 personal de apoyo, asignándome la función de “apoyo a primer grado”, pues no había otro lugar, ni espacio que ocupara con mi nombramiento de directora.

Me sentía un tanto ansiosa de enfrentarme a un nuevo colectivo y contexto escolar, pero sumamente confiada, ¡feliz e inquieta de “¡por fin!!!” trabajar en un lugar estable y en lo que yo elegí parte de mi vida... mi trabajo.

La Maestra titular del grupo de primer grado vestía muy formal, de traje, con minifalda, medias y tacones, dirigía las actividades desde su escritorio y la veía constantemente en su celular. Pensé: oh por Dios!, ¿cómo era posible?, son los niños más pequeños!, me cuestionaba, al mismo tiempo que me calmaba a mí misma evitando hacer juicios y poniéndome en disposición al trabajo; acordamos con ella el coordinar las actividades de tal manera que cada semana una dirigía las actividades y la otra apoyaba alternadamente; me centré en disfrutar y aprender junto con los niños, pues después de

sentirme “inestable” por dos meses sin ubicación y de que anhelaba trabajar con los pequeños, por fin me encontraba frente a un grupo (compartido) de 24 niños de tres a cuatro años de edad. Además, decidí “calmar mis ímpetus de Directora” y no hacer ningún tipo de observación, solo que la titular me lo solicitara, aunque en mis adentros había algunas situaciones “que me hacían ruido!” y en las que no estaba de acuerdo, por lo que me dispuse a realizar más actividades lúdicas que me implicaban acercarme a los niños, ponerme a la altura de los mismos, situación divertida con mi gran estatura, y de si recibía alguna llamada telefónica contestaba en voz alta “después te llamo, ahorita estoy trabajando” o simplemente no contestaba, con tal “alevosía y ventaja” de que alguna de mis actitudes tuvieran impacto en mi compañera; lo que en poco tiempo comprobé dio buenos resultados.

Después de haber tenido ese periodo de inestabilidad, y con la inquietud que me caracteriza, no solo era parte del grupo de primer grado, la directora tenía dificultades con la tecnología, por lo cual me ofrecí a ayudarle a subir documentación y a la entrega del Programa de Escuelas de Calidad, mismo que yo había llevado en las escuelas anteriores; además de apoyar en algunas otras cotidianidades de todo el personal. Cabe rescatar, que en una ocasión tendríamos el festival del día de las Madres, y después de concluir con la comisión que me había asignado la Directora, noté que el personal de apoyo hacía la suya: sacar las sillitas de los niños de cada grupo al patio, por lo que me integré en su labor; solo pasaron unos minutos, cuando escuché que me llamaba la Maestra de primero desde su salón, acudí a su llamado y me dijo: Sé que no te conozco bien, pero también que tú tienes clave de Directora, y una Directora no “acarrea” las sillas... a lo que yo respondí, de la mejor manera posible, que en efecto, no me conocía, que ya había terminado mi comisión y no “me pasa nada” si ayudaba a sacar las sillas, que el evento era de

todas pero que le agradecía su comentario, saliendo del salón nuevamente al patio.

Poco a poco nos fuimos conociendo, adaptando e integrando con todo el equipo, aportando y cooperando en las diversas actividades y estrechando lazos con toda la comunidad educativa, hasta concluir así ese ciclo escolar.

En el siguiente ciclo escolar ya me sentía adaptada e incluida en la dinámica del colectivo, dando lugar entonces a la jubilación de la directora; mis compañeras me pedían con emoción que yo fuera su directora, excepto una, ya que estaba interesada en ocupar dicho puesto, así que después de participar en el concurso y de que mi compañera desistió de obtener dicho ascenso logré ser la directora del mismo centro de trabajo.

Considero son muchas las expectativas y los “sentimientos” que el personal tiene en relación a su Directivo, esperando encontrar en “su autoridad inmediata” cualidades que reflejen un liderazgo eficiente, que sepa encaminar a una comunidad educativa, pero también que se asemeje a sus formas y estilos de ver la educación y de su ser docente; en ésta ocasión, y a diferencia de otros equipos de trabajo en los que me integré, llegué de manera distinta, como “ayudante” de una Maestra y aunque sabían de la clave que yo portaba creo esto facilitó a la apertura de todas en un plano horizontal; aunque cabe mencionar que desde mis inicios como Directivo valoré mucho el trabajo y la gran responsabilidad de las docentes, buscando siempre apoyarlas y facilitarles, en la medida de lo posible, el trabajo, tal vez como a mí me hubiera gustado cuando solo era Educadora, así como el darles “voz” e importancia al trabajo que aporta cada uno de los integrantes del colectivo, para que la toma de decisiones, los logros y los retos sean compartidos desde una plataforma de seguridad, cuidado, compromiso y comunicación constante; lo que considero no solo lo fui adquiriendo a través de lecturas y de

la experiencia, sino también de los valores inculcados en mi familia y de mi personalidad misma.

Se conformó entonces un unido, coordinado y comprometido equipo de trabajo donde disfrutábamos de cada una de las actividades que realizábamos y siempre todas en la sintonía de ofrecerles mejores oportunidades de vida, además de enriquecer de experiencias gratas y aprendizajes significativos a los pequeños del preescolar de la comunidad, el cual era un contexto de bajos recursos, donde existía un marcado machismo y problemas de violencia y de desintegración familiar en varios de los pequeños.

Así transcurrieron algunos felices, divertidos y estables años en mi camino profesional, donde debo reconocer el amor y compromiso de todas mis compañeras... años en que la locura y la sintonía de “aprender-jugando” junto con los niños y sus familias salieron a flote en cada una de las integrantes del equipo, sin duda existieron algunos pequeños conflictos que pudimos enfrentar con facilidad.

Sucedió entonces en marzo del 2020 un alto en el camino... recibo un comunicado de la supervisora, donde expresa que las escuelas entrarían en cuarentena por “pandemia”, de tal manera que solicitó cerráramos el plantel, informáramos a los Padres de familia y nos organizáramos para realizar clases con los niñ@s “a distancia”. ¿Quién iba a estar preparado para tal situación?, a nivel mundial el ritmo de la vida se transformó no solo para todos los seres humanos sino para la vida del planeta en general.

Fueron momentos de desajuste emocional para toda la humanidad, sin duda, el escuchar en las noticias la gravedad de la situación fue inquietante, y a partir de entonces recibí constantes mensajes de las compañeras preocupadas por la vida de tod@s. De momento me sentí intranquila en todas las áreas de mi vida y con el gran compromiso de que yo como directora, encontrara las mejores estrategias para “contener”

a toda la comunidad educativa en ésta inquietante situación. Me informé sobre ello y busqué distintas estrategias para tranquilizar y motivar a mis compañeras, invitándolas a cuidarse y a confiar en que todo estaría muy bien; les solicité propusiéramos los mejores medios para estar en comunicación con las familias cuidando de nosotras mismas y de nuestras familias.

Aunado a éste desequilibrio emocional se me presentó el reto de la tecnología, pues a pesar de que se me facilitaba y era de mi agrado, tuve que adentrarme en las distintas aplicaciones para realizar reuniones virtuales y asegurarme de que mis compañeras tuvieran acceso a algún medio tecnológico, comenzamos a platicar y organizar de manera virtual la forma en cómo dar clases a “distancia”, cabe mencionar que dos de mis compañeras no contaban con una computadora, o bien, solo una para compartir en familia, optando por utilizar su teléfono; problemática más compleja para realizar reuniones con las Madres de familia, ya que la comunidad no contaba con internet y solo a través del uso de los datos móviles podían acceder a las conversaciones de whatsapp con las Maestra o por vía telefónica.

Por tal motivo, tuvimos muchos retos que enfrentar en éstos tiempos de pandemia, además de los ya mencionados, el enfrentarme a valorar en mi trabajo no solo el aspecto pedagógico de los preescolares, sino la valía del “ser humano”, pues en la comunidad llegó el momento de que en las familias no tuvieron trabajo ambos Padres, viviendo en condiciones precarias, situación que dio un vuelco en nuestro quehacer docente, organizándonos con el colectivo a dotar de despensas, en 2 ocasiones, a las familias de nuestra comunidad con recursos propios y de quienes tuvieron la empatía de apoyarnos.

La creatividad se incrementó en el colectivo, no solo para dar seguimiento al trabajo pedagógico con los niños, llevando

copias de manera mensual a una encargada de cada grupo con recursos del personal, sino también realizando videos para alegrar y motivar a los pequeños y sus familias conforme a celebraciones importantes, como lo fue en navidad, donde nos reunimos disfrazadas con todas las precauciones, y les enviamos un villancico bailado por nosotras, así también les llevamos regalos y dulces a cada niño en época navideña y del día del niño, y casi para finalizar el ciclo escolar, la Maestra del grupo de tercero (de quien fui apoyo años atrás) preocupada en que no pasara desapercibido el término de la educación preescolar de su grupo, nos pusimos de acuerdo y asistimos a cada una de las casas de los niños (con los debidos cuidados) llevándoles un reconocimiento y un regalo a cada uno, siendo recibidos con gran alegría, aunque con la regla de “no podemos tocarnos!”, tan difícil para nosotros, más difícil de entender para los pequeños.

Recordar las caras de alegría y agradecimiento de las Mamás y de los pequeños, así como de satisfacción y entrega del colectivo me llenan de gozo por nuestra noble labor de “trabajar” con seres humanos.

Meses más tarde, me despedí de tan bella comunidad educativa a través de un video (aún virtual) pues permuté a un jardín en la ciudad de Morelia, priorizando a mi Familia, donde se suscitaron un sinfín de aprendizajes más, que aunque muy difíciles, me permiten agradecer el lado humano de mi bella profesión.

Por todo ello, los aprendizajes adquiridos en mi paso por Uruapilla fueron la entrega, el compromiso, la responsabilidad, la creatividad, el disfrute, la unión y la fortaleza a enfrentar situaciones difíciles, entre otras, en relación a mi labor, y el amor, la amistad, el humanismo, la empatía, la resiliencia y la fragilidad del ser humano al valorar la vida de todos.

Agradezco a esas “coincidencias” que me llevaron a tal lugar, con esas magníficas compañeras y seres humanos, a una zona y a un lugar que yo no había elegido, pero que me permitieron crecer tanto de manera profesional como personal, lo que me guía a confiar en que los caminos que seguiré recorriendo serán para mi más alto bien y con el entusiasmo de seguir aportando, para lograr algún día una transformación de nuestra sociedad. Y cabe recalcar que la función directiva es compleja ubicándonos “en medio” de la comunidad educativa (niños, docentes, personal de apoyo, Padres de Familia, entre otros) y de las autoridades normativas, pero para mí, el jamás quitarme la “camiseta de Educadora” para seguir reconociendo y dignificando nuestra bella y humana labor docente lo cual le ha dado para mí un mayor sentido.

Cuando los abrazos y los apapachos no ayudaron: ¿cómo mostrar mi afecto y ayudar a mis alumnos?

Nerya Mainity Rico Alba

neryara89@gmail.com

Maestría en desarrollo socioemocional

Escuela Normal para Educadoras

Cada ciclo escolar comienza siempre con algo de nerviosismo en espera de lo que se va a encontrar, y además siempre el pensar en la dulce etapa preescolar, el mundo cree que se trata de recibir abrazos y jugar todo el día, cantar y colorear, pero nada te prepara para encontrarte con mentes distintas, pensamientos propios y corazones que a su corta edad han vivido sus propios problemas.

En el 2019 me encontré recibiendo un grupo de segundo, que, aunque no era de nuevo ingreso los tendría por primera vez, en una escuela bidocente, creía estar preparada para este grupo y que sería un ciclo tranquilo, ya que el grupo me conocía, así como yo a ellos, no tendría problemas de adaptación, y sabía por la cercana convivencia, lo que se esperaba trabajar para ese ciclo.

Pero esta narración sería aburrida si las cosas pasarán como se tenían previstas, llegaron dos niños al preescolar para integrarse a este grupo, ambos venían con constancias de traslado ya habían cursado primer grado, así que no parecía relevante su integración al grupo, ya que estaban habituados a las actividades y dinámica del jardín de niños.

Al parecer estaba destinada a un ciclo escolar de mucho aprendizaje, estos niños que llamaremos Daniel y Juan respectivamente vendrían a cambiar la dinámica, no solo del

grupo, sino del jardín en general; Daniel no había recreo, en que no le pegará a alguien, al interior del salón les quitaba sus cosas a los demás, rompía los trabajos, escondía las cosas, y cualquier conducta que puedan aportar todas las maestras en servicio que han lidiado con el niño problema de cada año.

Juan por su parte era un niño con una habilidad verbal asombrosa, no le gustaba permanecer dentro del salón, y cuando era forzado a hacer algo se metía debajo de la mesa y era capaz de permanecer ahí por horas, gritando de manera espectacular al intentar sacarlo; tenía arranques al sentirse amenazado, y alguna vez clavo un lápiz en la mano de un compañero, para “defenderse” ya que le estaban rayando su trabajo.

Ante este tipo de conductas el consejo habitual es recurrir a las entrevistas, claramente estos niños deben estar atravesando problemas en su casa, y sí, así era, Daniel vivía solamente con su abuelo, veía a su mamá solo en las vacaciones, criado solo por hombres y con los tíos más preocupados por el alcohol que por él, era un niño descuidado y que extrañaba a su mamá. Mientras que Juan hijo único de una mamá de más de 50 años y con un papá de 60 años que golpeaba a su mamá y esta fue la razón de su cambio de domicilio, su mamá estaba compensando la pérdida de su papá y el maltrato dejándolo hacer lo que quería después de todo ya había sufrido suficiente a sus 4 años.

Y si, tratas de entender esta situación, y que los demás niños lo entiendan, pero cómo hacer con los niños que son lastimados a consecuencia de este malestar emocional, y también con los padres de familia que están hartos de oír a sus hijos quejarse de los golpes infringidos, o del miedo de los compañeritos de asistir al preescolar por estos doloridos niños.

Y miles de preguntas surgen en tú cabeza, cuestionando lo que haces y lo que debes hacer, por qué en esos momentos

difíciles, sientes que estudiaste la carrera equivocada y todas las respuestas parecen incorrectas. Y lo único que martillea en tu cabeza es la idea que implantan como un chip, los niños más difíciles son los que más te necesitan, y son aquellos que vienen de tormentas familiares, y necesitan que los abracés y estés ahí siendo ese lugar techado para ser resguardados. Pero dentro de la práctica, sucede que, a veces esto es insuficiente y las situaciones no dan para tener la actitud de calma y de amor incondicional.

Los días pasaban así, los peores momentos del día eran durante el recreo, Daniel y Juan hacían su magia, el primero jugaba de forma muy brusca, se tuvo que cancelar el juego de los vaqueros porque jalo algunos niños y esto les lastimaba el cuello, tomaba cualquier objeto del salón agujetas de los zapatos, estambre, paliacates y trozos de ramas. Podía decirse que era bastante creativo planteando alternativas de juego; se subía sobre la espalda de los niños, se dejaba caer encima de ellos mientras jugaban cuando menos lo esperaban. El resultado eran llantos constantes de todos los niños del jardín.

Mientras tanto Juan por su parte se rehusaba a comer los alimentos del desayunador, gritaba desde que entraba, “¡guácala qué ascooooooooooooo! ¿Quién preparo esto tan horrible?” Sobra decir que varias de las señoras quedaron impactadas y alguna vez hasta hizo casi llorar a una de las mamás, solo comía salchichas y papas, fue difícil hacer conscientes a las mamás del famoso “no eres tú, es él”. El ciclo se veía iniciar muy complejo, sin que el amor pudiera hacer nada por estos niños.

Es en este punto en el que comienza la frustración e intentas agotar recursos y decides emplear los planes al alcance “Plan B: Citar a los familiares.”

Se habló en varias ocasiones con la mamá de Juan y solo aceptaba y prometía castigarle algún juguete, mientras que el abuelito de Daniel también prometía hablar con él, pero había

algo en él que no se veía confiable. Las mamás comenzaron a cansarse de la situación, así que comenzaron a aconsejar a sus hijos:

- “si te pegan pégale”

Ya que al parecer no había manera de esperar a que los niños se controlaran solos. Esto resulto en varios llantos en los que a veces los protagonistas eran Daniel y Juan.

Intentaba acercarme a Daniel cuando lo hacían llorar, pero su cuerpo se ponía sumamente rígido, y no parecía disfrutar del consuelo, cuando lo hacían llorar se alejaba de los niños y se sentaba en la banca del patio. Mientras que Juan después de muchas semanas de forcejeo y de que ingresara al aula obligado, llorando, siempre estaba debajo de una no usaba la silla, se metía debajo de la mesa en la esquina del salón que tenía materiales, y salía cuando los niños estaban trabajando a hablar con ellos, y a distraerlos.

La situación comenzaba a salirse de control, ¿entonces, que sigue? Cuando el amor y la paciencia no alcanzan, y las entrevistas y padres tampoco; pues bien, después de autoflagelarte y creer que erraste en tu carrera, sentirte sola con el grupo y no saber cómo guiar o como amar a estos niños que hacen conflictos, ayuda observar la situación contigo desde fuera (escribiendo como actúan estos niños en un seguimiento personalizado), lidiar con las emociones negativas que te producen a veces los niños llamados problemas, pero estas emociones no son permanentes y a veces el hecho de sentir las, nos hace sentir culpables, porque vienen de situaciones desfavorables, pero ésta fue la clave para comenzar, aceptar que me desesperaban y me molestaban las intensas rabietas de Juan, y la actitud de Daniel de constante abuso en esos momentos, no los niños en sí; no significaba la falta de empatía, significa que hay comportamientos que no nos gustan, y eso no está mal es aceptar la parte humana de nosotros como docentes.

Así como nuestros alumnos se sienten a veces incómodos con las muestras de afecto, también sus maestras se sienten incomodas con ciertas muestras de conducta, pero no cambia una elección de carrera, o el mismo sentimiento de empatía original, solo es cuestión de convivir con quiénes somos y que nos ayude a identificar lo que nos pasa. Después de esto, observar los problemas que se están presentando, y de dónde pudieran venir y cómo afecta las clases, así como posibles intervenciones y el impacto que generaron; es un trabajo que debe organizarse a manera de árbol de causa y efecto.

Pero antes de pensar en el sistema de organización, creo que hay momentos que nos llevan a decidir y desear organizar, y encontrar formas de acercarnos, y esto vino de la mano de Daniel, quien como suele pasar era de los niños que nunca faltaban, hasta que dejo de asistir casi una semana, hubo un brote de una infección “algodoncillo” que se contagió por saliva en varios de los niños, la mayor parte de ellos faltó una semana y usaban un spray que adormecía sus bocas; pero Daniel faltó por dos semanas y media, no parecía mejorar, por una de las mamás comentó “el niño está bien flaco, solo toma agua y gelatina” debido a que le dolía mucho la boca, según las recomendaciones no debía ser expuesto al sol, ya que proliferan las bacterias, pero el niño pasaba en una camioneta con sus tíos y abuelo con rumbo al cerro. Después del incidente me costaba trabajo verlo y no imaginar lo mucho que sufrió y cómo se alargó su sufrimiento por falta de cuidado, incluso estaba más delgado, no sólo era un niño que extrañaba a su mamá, era un niño al que le faltaba cariño y cuidado; incluso su piel se veía más álgida, que la de los demás; estaba listo para defenderse del mundo desde su constitución.

En el caso de Juan después de unas pocas sesiones de caja de arena, recreo una escena de alguien durmiendo, y conto como alguna vez su mamá lo había dejado en casa solo mientras dormía, y él se había despertado a mitad de la noche, muy asustado porque estaba solito, y eso le había asustado

mucho. Una historia que al parecer a la persona que más afectaba era a su mamá, por eso no era capaz de poner límites en su hijo, por la culpa que le generaba el “recuerdo”. Eso pasó cuando él tenía menos de dos años y no podría recordarlo, pero su mamá estaba segura de que sí, lo que la torturaba, en la entrevista sólo había dicho que el papá del niño era violento por lo que fue necesario separarse, pero que el niño parecía estar mejor, porque no le gustaba como trataba a su mamá.

Entonces el amor desbordado de la educadora, lo que hacía era incrementar las defensas de Daniel, ya que un abrazo activaba más sus defensas, y se sentía más intimidado, de lo que disfrutaba, casi percibido como un ataque; y con Juan reafirmaba su falta de límites y sensación de estar en deuda con él; y después de varias estrategias encontré la correcta para Daniel, era el reconocimiento de sus buenas acciones y las altas expectativas sobre lo que podría lograr motivaba su aprendizaje; el saber que era apreciado y que había la confianza de que podría lograr algo, fue más esa muestra de cariño que necesitaba. No diré que su agresión desapareció, pero al menos se redirigía en los momentos que sucedía. Por ejemplo, en alguna de las ocasiones escondió la botella de agua de un compañero y sólo se reía discretamente, basto con decirle,

-Daniel, yo sé que eres un gran buscador de cosas, qué tal si me ayudas a buscar el vaso de Pedro, yo no puedo encontrarlo.

Se levantó de inmediato y lo saco de debajo de un mueble, él mismo se lo dio a su compañero, y le dijo:

- ¡listo, ya no llores!

En el caso de Juan se citó en varias ocasiones a su mamá para desmentir la historia que ella había creado de que era una mala madre por abandonar a su hijo, lo que Juan repetía, pero no porque lo recordara, contrario a esto lo había escuchado y estaba proyectando a su mamá su propia culpa, y además

obtenía como ganancia secundaria, el poder hacer lo que quería. Dentro de estas reuniones particulares con su mamá, ella logro hablar del incidente y dijo:

- Es que tuve que salir, porque su papá me había golpeado muy fuerte, y en ese momento decidí que debía irme, pedí ayuda y regresé por él.

Esto resulto liberador, porque acepto el hecho y a partir de eso trate de convencerla que los dos habían sufrido, la diferencia es que ella recordaba todo y había alejado a su hijo a tiempo, antes de que lo golpearan y lo recordara también desde la herida profunda de la violencia. Tampoco podré decir que eso restauró su autoestima, pero al menos comenzó a arreglarse un poco más y a llevar suelto su cabello, a dejar de castigarse un poco por lo sucedido.

Ángel logro jugar más con sus compañeros en los recreos y se mostraba muy dispuesto a aprender, aunque de vez en cuando hacía llorar a los niños cuando no querían jugar a lo que él proponía. En cuanto a Juan entraba al desayunador y aceptaba probar los alimentos, aunque no siempre comía lo que se le ofrecía, seguía metiéndose debajo de la mesa, pero disminuyeron mucho sus berrinches y llantos, y siempre tenía la respuesta cuando se le preguntaba algo; era un niño muy auditivo y con facilidad para aprender.

Las historias no siempre tienen grandes finales, pero él trabajar por el mejor final siempre valdrá la pena, no hay recetas ni pasos a seguir en la docencia; el amor no lo cura todo, y a veces es necesario tratar los problemas con cordura y razonamientos y no solamente diciendo lo mucho que los queremos o haciéndolos pedir disculpas.

Al trabajar en un jardín de infantes, hay muchos mitos alrededor, como que es un trabajo muy sencillo, que lo único que hacemos a diario es jugar, prácticamente perder el tiempo, y a veces esos comentarios resultan un poco molestos; una

lógica consecuencia de sentirnos demeritados y agredidos; otras veces los niños de la clase no se comportan como el ideal que tenemos inserto en nuestra mente y también es lógico que un poco de impotencia se apodere de nosotros; cuando las respuestas no son las que nos enseñaron en la escuela y que martillean en nuestra cabeza para estar disponibles y amar a los niños que manifiestan una conducta difícil, también está bien, si nuestra vulnerabilidad nos hace cuestionarnos, todo nos lleva a vernos como humanos trabajando con otros seres humanos, a entender que no hay nada escrito y que podemos con eso y siempre hay más de una respuesta, si no nos rendimos ante la desesperanza. No es el final felizmente perfecto el que buscamos, solo un pequeño más feliz, más confiado y con algo de fuerza para enfrentar el siguiente reto, un final que al mismo tiempo se convierta en el perfecto inicio.

Al salir del preescolar los niños lograron desarrollar muchos aprendizajes, de hecho, Daniel aún con ciertos problemas de conducta, era de los más avanzados y leía enunciados cortos, Juan respondía a las interrogantes de todos los proyectos que hablamos ya que retenía mucha información. Daniel regreso con su mamá al concluir el preescolar, pero cuando visitaba a su abuelo, también pasaba a saludarme, a mí, a la escuela, al igual que Juan quien continuamente iba a “platicar” conmigo, y lo narro así porque así le pedía permiso a su mamá, el día que partí de la comunidad su mamá y él estuvieron en la despedida, y Juan fue uno de los que más lloró y suplico que no me fuera, en ese momento se hizo pedazos el mito, pueden existir contratransferencias negativas ante la conducta de los alumnos, pero eso no significa que estemos haciéndolo mal, abraza a Juan desde trabajar con su mamá y escuchar su dolor para que pudiera apoyar más a su hijo y abraza a Daniel desde el revalorizarlo y señalar sus capacidades y aciertos y no solo los defectos; hay muchas formas de querer a nuestros alumnos y buscar lo mejor para ellos, y el que regresen al jardín a saludar nos demuestra lo

valioso que fuimos en su vida, y respondió a mi declaratoria inicial. ESCOGÍ LA PROFESIÓN INDICADA y entendí que hay diferentes formas de llevarla a la práctica, así como también hay formas diferentes de abrazar a nuestros alumnos desde la comprensión y el reconocimiento.

Maestra te acuerdas de Zapata fue un Héroe...

Carolina Olguín Herrera
Olguin.herrer.c@enemorelia.edu.mx
Escuela Normal para Educadoras

Mi nombre es Carolina Olguín Herrera y eran los primeros meses del ciclo escolar el 2022-2023, en el Jardín de Niños “Otilio Montaña”, que se encuentra ubicado en una colonia de la ciudad de Morelia, en el estado de Michoacán. En una zona urbana con acceso a todos los servicios.

Durante ese ciclo escolar atendía el grupo de 3º, que integraba a 15 alumnos, 7 niños y 8 niñas; un grupo con alumnos activos, participativos y conversadores.

Estaba lista para proponer a mis alumnos nuevas experiencias de aprendizaje. Así que como nuevo reto sería expandir su mundo literario e iniciar a conocer las poesías, al principio mis expectativas fueron que serían de poco interés y quizás no funcionarían estas actividades.

En la parte inicial, en sus saberes previos ninguno identificaba que era un poema o algún ejemplo, les presente en carteles algunos ejemplos de poemas cortos y con temas de amistad, de la naturaleza, entre otros. Después de leerlos, ellos expresaron lo que sentían o pensaban de cada línea, la mayoría mostraba interés y yo trataba de motivar para que participaran los más callados, quienes a partir de preguntarles directamente de manera breve aportaban igualmente sus ideas o emociones; en general yo observe y escuchaba que tenían gusto por estas actividades, sobre el tipo de palabras que se escuchaban y que les hacía recordar cosas especiales o relacionaban algo que les gustaba.

Después observamos algunos videos de poesías grupales y les propuse realizar una en relación con el tema de la revolución, que también de manera integradora estábamos revisando; este momento permitió a los niños contar con un referente en forma directa de la presentación de una poesía grupal, comentaban sobre cómo se escuchaban las frases de todos los niños al mismo tiempo y de los movimientos que realizaron durante las poesías.

De forma transversal, ampliando el tema del aniversario de la revolución mexicana las poesías eran sobre este tema. Encontrar unas poesías, que se adaptaran a la edad y fueran a la vez comprensibles para los niños, fue un esfuerzo que duró varios días, pero al final tenía dos que presente a los alumnos. De entre dos propuestas y por votación la mayoría prefirieron una.

La ganadora fue la poesía titulada “A Zapata” de autoría anónima, con una breve adaptación del final que presento a continuación:

A ZAPATA
Zapata fue un héroe
de gran corazón,
a los campesinos
les dio protección.
Al hombre del campo
le dio la parcela,
y a los niños pobres
les brindó la escuela.
Él fue muy valiente
en la rebelión,
pues formó el ejido
por nuestra nación.

La forma de aprenderla fue por párrafos y ensayando solo un tiempo breve, lo que considero fue acertado pues se mantenía el ánimo de los alumnos para ir aprendiendo poco a poco y lograr aprendérsela completa.

Después realizamos la parte de expresión corporal para complementar las frases realizando algunos movimientos, algunos fueron propuestos por mí y otros por ellos.

Los ensayos y el uso del espacio también fueron un elemento a favor, ya que los primeros días dentro del salón mantenían la base de la poesía e iniciaban los movimientos. Luego, ya el patio de la escuela les explicaba y mostraba con detalle donde se ubicarían, y practicaban también modulando el volumen necesario para el espacio abierto y amplio de este patio escolar.

Nuestra presentación poco a poco tomaba forma y la mayoría de los niños, seguían interesados y participaban con gusto en cada ensayo. Los cuales eran breves y al final finalizábamos con un aplauso por su esfuerzo, motivando con elogios la participación de cada uno.

Durante los ensayos también algunos alumnos tuvieron momentos de desinterés y de antipatía, muchos iniciados por un pequeño que mencionaba: *otra vez, ya no quiero*. Y yo con los ánimos de que se integrará, le mencionaba que sería solo una vez de repaso y que ya lo decían cada vez mejor. Recordando también el ejemplo de referencia que vimos los primeros días en el video de otros niños; con lo cual seguía en el ensayo y terminábamos más rápido que otros días.

Luego de varias semanas, al final tuvimos nuestra poesía grupal terminada y lista para presentarla en un festival donde se invitaba a los padres de familia.

El día de la presentación llegó, todos los alumnos muy puntuales iniciaron a entrar a la escuela con su uniforme completo y de arreglo personal muy especial para el evento;

ellos se mostraban dispuestos para su participación, contrario a lo que yo sentía pues los nervios venían a mí, como en cada evento con papas invitados, aunque trataba de disimular y mantenía una sonrisa nerviosa.

En el momento de presentar su poesía, los niños recordaron tanto las frases y los movimientos, los aplausos cerraron la participación. La presentación fue muy exitosa, las madres de familia me lo comentaban expresando que había sido “algo diferente”, que les había gustado escuchar la poesía o que los niños se lograron aprender las frases.

Igualmente, los niños se mostraban orgullosos de su presentación, “nos quedó muy bien maestra” decían los alumnos, se mostraban contentos y satisfechos por su participación, tanto sus papás como yo los felicitamos, estaba muy contenta por todo lo que habían avanzado y logrado tanto en el proceso como en el resultado final.

Durante las semanas siguientes continuamos leyendo ocasionalmente algunos otros poemas, y meses después mis alumnos seguían recordando el poema y lo recitaban con alegría y seguridad, iniciando con la frase *maestra te acuerdas de Zapata fue un héroe...* repitiendo de nuevo su poesía y realizando los movimientos.

Lo que no esperaba era que ante las vísperas de otro evento del jardín de niños que era la clausura y proponerles otras ideas varios comentaron que mejor realizáramos otro poema así con todo el grupo decían, por lo que me sorprendí con alegría que contrario a mis primeras expectativas, en ellos se despertó este interés y gusto por estas actividades.

Esta última presentación fue un poema de despedida que también lograron aprenderse y repasando en la escuela y presentamos el día de la clausura, con entusiasmo de los alumnos y alegría al presentarlo.

Esta experiencia la recuerdo con agrado y confianza en que los niños descubrieron algo diferente, que se convirtió en algo significativo de recordar por ellos.

Y como aspectos relevantes que permitieron avanzar con los alumnos: la parte de motivación de confiar y elogiar su aprendizaje progresivo; el empleo de un tiempo apto a su nivel de atención y que permitiera mantener el interés, así como el sentido de pertenencia que se propició en los alumnos para involucrarse en el proceso desde la elección de la poesía y la aportación de ideas sobre los movimientos.

Animar, proponer y enriquecer las actividades con las ideas de los alumnos ingredientes que son necesarios para el trabajo educativo.

Mi reflexión sobre estas actividades es que son importantes de considerar y proponer con los alumnos para diversificar su aprendizaje y acercarlos a diferentes formas de comunicar y expresar a través del género poético, con el que se transmiten emociones, experiencias y pensamientos de una forma única.

¡Está bien! ... ¡no, nada va bien!

Itzi Fabiola Meza Espinoza

itzi.mespinoza@gmail.com

Escuela Normal para Educadoras

“Prof. Serafín Contreras Manzo”

Era mi tercer año en el mismo centro de trabajo, un contexto urbano, en cabecera municipal, a 5 minutos del centro de la ciudad; tenía cinco años de servicio, así que mi sentir era confiado, creía que tenía lo necesario para llevar un ciclo escolar con éxito, había tenido un grupo de 37 alumnos el ciclo escolar pasado, y este ciclo escolar la matrícula se redujo, el mobiliario del aula era nuevo, tenía mesas más funcionales y sillas adecuadas para todos los niños, así que era un buen comienzo (¡Sí claro! Pero como un balde de agua fría, la realidad caería sobre mí).

El ciclo escolar empezó normal, con los cursos para los docentes, el colectivo llegaba comentando sobre sus vacaciones, sus paseos y sus vivencias, nos conocíamos y ya estábamos acoplados al trabajo en la escuela, empezábamos a crear un ambiente más armónico y funcional entre todos.

Al finalizar el curso, la directora hace entrega de las listas de grupos, tomo la que sería de mi grupo ese ciclo escolar, y la analizo: ¡ésta más que bien! Fue mi primer pensamiento.

En la lista aparecen 26 alumnos, me doy cuenta que tengo un par de gemelas y tendría al hermanito de una exalumna (sí vuelvo a decir que todo era normal ¡todo muy bien! Me siento confiada, segura y optimista, sería un buen año), mi grupo era un segundo “A” y en ese centro de trabajo el grupo A era donde los alumnos cumplían años en los meses de octubre, noviembre

y diciembre, es decir eran los más pequeños de la escuela, por ahora era lo único que resaltaba, tendría que trabajar con los más pequeños, así que ¡ésta bien!

Estábamos revisando las listas, comentando cuantos alumnos teníamos, empezábamos a llenar de murmullos la dirección de la escuela, cuando se acerca la maestra Lupita, que (si no equivoco en las cuentas) tenía en ese jardín desde su creación, también vive en la colonia donde se localiza el preescolar, así que era experta en las familias que asistían a esa escuela; generalmente recurriamos a ella cuando queríamos saber la situación familiar de algún alumno.

La maestra Lupita, con su voz profunda y su andar seguro, después de las preguntas básicas como “¿cuántos alumnos tienes? ¿Qué grupo te toca?”, me pregunta: “¿Tienes a la niña de las ‘Panchitas?’” Yo me quede muda, no conocía ni había oído mencionar nunca a “las panchitas”, creo que vio la confusión en mi cara, porque se corrige y me dice “No me acuerdo como se llama la niña, pero sé que va a entrar este año a la escuela, ya le pregunté a las compañeras, y ellas no la tienen, a ver revisa tu lista”.

En eso me menciona el apellido y lo repaso en la lista y efectivamente tengo una alumna que se apellida así, le confirmo que sí que tengo a “la Panchita”; me mira y me dice “ten cuidado, son de cuidado esas señoras” y así como si fuera un ser mágico se fue a otro lado, dejándome en un mar de dudas, ¿Quiénes eran las Panchitas? ¿Qué hacían las Panchitas? ¿Por qué eran las Panchitas? (Ya no empezó a andar bien)

Mi cabeza era un desastre, empecé a repasar la información que había recibido al entrar a ese centro de trabajo: me habían comentado que era colonia con conflictos sociales y existían familias de todos los estratos económicos, desde clase alta hasta de bajos recursos, pero por fortuna no me había tocado familias conflictivas ni había tenido

problemas con los padres de familia en los ciclos anteriores, aun así me hice miles de escenarios catastróficos en mi mente, pensé lo peor, si antes deseaba iniciar clases para estrenar mobiliario, ahora quería alargar ese momento más, (y ¡oh desilusión! solo quedaba un fin de semana).

Me arrepentí de no haber tomado a la maestra Lupita y pedirle que me explicara bien sobre “las Panchitas”, a que se refería con que tuviera cuidado, ¿se refería a la señora? ¿A la niña? ¿A ambas? ¿Cómo debía tener cuidado? ¿Por qué sólo me dijo la información así y se fue? estaba llena de incertidumbre, debo reconocer que me predispose, la angustia me consumía y la verdad no sabía ni a que me enfrentaría.

Pero como dicen: al mal paso darle prisa. Y comienza el ciclo escolar.

El primer día realizamos la reunión con padres de familia, pero no noto nada fuera de lo común en la mamá de mi alumna, se presenta como las demás, pienso que tal vez solo fue el rumor o la creencia de la maestra Lupita.

Al día siguiente, ya con los alumnos en el aula, no identifico a mi “Panchita”, tengo en cara el proceso de adaptación: niños que me pegan, muerden, lloran y patalean, me repito que solo es un periodo y que lo superaremos juntos, aunque hay veces que quiero llorar con ellos, pero como todo proceso avanzamos y lo superamos, tengo que ser honesta al decir que durante este periodo no tuve ningún problema con mi “Panchita”, creo que me estaba dando un respiro de lo que se avecinaba.

La empecé a identificar y es que inevitable no notarla, era siempre la primera en llegar, bien peinada, dos coletas era el peinado predilecto con un moño en cada una, suéter y uniforme de segunda mano, calcetas que le llegaban a media pantorrilla o que los resortes estaban tan desgastados que quedaban enrolladas en el talón, zapatos sin bolear y cuando

llevaba tenis se veían desgastados. El primer día no lloró, no pataleo, no hizo por salirse del salón, por buscar o preguntar por su mamá (esto estaba bien ¿o no?) solo observaba a sus compañeros en completo silencio, era ese aleteo de las alas de una mariposa, antes de causar un tifón.

Las dos primeras semanas nos adaptamos, no al cien, pero estábamos en proceso de lograrlo, estoy haciendo las entrevistas personales a los padres de familia, cuando le toca a la mamá de Sofía (la Panchita), no asiste a recogerla (muy raro en ella, ya que siempre iba por su hija) y manda a su tía le pregunto si ella puede responderme las preguntas, y me dice que ella le va a decir a la mamá de la niña, accedo y la paso al final de la lista. A parte de este suceso, Sofía no me da mayor problema (aunque solo llevábamos dos semanas, pero en mi mente, por haberme predispuesto, pensé, que desde el día uno sería “problemática” tanto la niña como la mamá).

Como la maestra Lupita fue la que me dio la primera información sobre “las Panchitas”, estoy decidida a sacarle toda la información que pueda, por coincidencia, destino o lo que sea, mi guardia coincide con la de ella en el patio cívico (lugar donde está más relajado el ambiente y puedes platicar un ratito), así que me digo que es la oportunidad para tener más información.

Veo que se sienta en una banca y aprovecho para sentarme junto a ella, ahí logro que me cuente más sobre las Panchitas: “yo les di clase a todas “las Panchitas”, la abuela de tu alumna siempre se presentaba a todas las reuniones y cumplía con lo que le pidieras, mis respetos para la señora, muy cumplidora y participativa, pero sus hijas (la mamá y tías de mi alumna) son bien conflictivas, ellas se parecen a su papá, él se llamaba Francisco y le decían Pancho, por eso a las hijas se les conoce así como “las Panchitas” y pues así se les quedo a la familia, hace unos años se pelearon en un 10 de mayo por las rifas de la escuela, vieras como se agarraron a golpes con otras señoras

aquí afuera de la escuela, solo hasta que vino la abuela de tu alumna se calmaron, a ella le tienen mucho respeto, pero casi no viene, me dice que ya les toca a sus hijas, así que cuídate mucho, porque son gente de cuidado” es lo que me relata.

Llega el mes de octubre y el periodo de adaptación concluye (con sus excepciones claro, aquellos que les cuesta un poquito más de tiempo adaptarse, pero en este momento la mayoría salimos victoriosos y logramos concluirlo con éxito), en este momento es cuando noto actitudes de Sofía mi “Panchita”, que no son propias de su edad.

No me habla, ni les habla a sus compañeros, cuando la mayoría empiezan a crear relaciones de amistad, empiezan a tener compañeros de juego estables, o platican con sus compañeros de cualquier tema; el saludo de los buenos días no me lo da, no canta las canciones que tanto les gustan a sus compañeros y que ya saben los movimientos, no llega a platicarme cualquier cosa que le paso el día de ayer, simplemente llega deja sus cosas y permanece en su lugar (creo que esto, ya no va bien).

Admito que esto no representaba un mayor problema, hasta que si lo fue. Empieza a molestar a sus compañeros, los empieza a agredir físicamente, los rasguña, muerde, pateo, golpea, jala el cabello o ropa. Cualquier motivo era una razón para agredirlos, si estaban mal sentados iba y los golpeaba, cuando hacíamos un trabajo con los libro o crayolas era un buen momento para aventarles las lapiceras o pegarles con el libro, si pasaban por atrás de ella los jalaba, si se sentaban cerca de ella los pateaba, cuando iban a lavarse las manos los rasguñaba, cuando estaban desayunando los mordía, (definitivamente esto no está bien) eran momentos fugaces en la que si la perdía de vista 3 segundos ya había agredido a alguno de sus compañeros, esto se volvió una constante queja de los niños hacia Sofía, una constante queja de los padres de

familia hacia mí y una constante queja de mi parte hacia la mamá de Sofía, un círculo que no terminaba.

Y los días, se transformaron en semanas y ahora en meses y seguían iguales, (nada estaba bien) los niños dándome las quejas de Sofía, las mamás dándome las quejas de Sofía, y yo dándole la queja a la mamá de Sofía.

Era casi diciembre y apenas y conocía la voz de Sofía, no me hablaba, y cuando platicaba con ella me rehuía la mirada, y me contestaba con monosílabos.

La mamá de Sofía (de la cual no recuerdo su nombre) iba por ella puntual a la hora de salida, era de las primeras en recogerla y por lo tanto con la primera que hablaba para darle “la queja” de lo que su hija había hecho en el día y cómo había sido su comportamiento, y ella sólo me daba dos respuestas: la primera era: “yo hablo con ella en la casa. Allá así se lleva con sus primos, como todos están más grandes, pero yo hablo con ella maestra” y otras veces me decía: “es que no entiende maestra, yo la regaño y hasta le pego y aun así no entiende”.

Así pasaban los días, cansados y monótonos, todos conocían a Sofía, era mi niña “problema” o el “dolor de cabeza”, por quien se compadecían de mí mis compañeras de escuela; mi familia y amigos también conocían a Sofía, con ellos llegaba y me desahogaba, buscaba consejos e ideas para poder trabajar con Sofía (y no decaer en el intento), hasta que en una de esas pláticas con una amiga, de profesión psicóloga, me dice “dile a su mamá que si no funcionó el estarle pegando y regañando puede intentar otro modo, uno sin violencia, para no repetir patrones”, esto me deja pensando y me pregunto ¿no estoy haciendo yo lo mismo con Sofía?, me decido mostrar un lado más humano, más cálido, porque puede que la escuela sea el único lugar donde pueda ver más que agresión, gritos y violencia.

Vuelvo a reflexionar: ¿Qué está pasando con Sofía? ¿Qué hago? ¿Cómo me acerco a ella? ¿Qué le digo? ¿Y si no importa lo que haga y sigue igual? Mi cabeza volvió a llenarse de cuestionamientos.

La verdad, creo que me tarde en poner en práctica esto, pues en mi cabeza no era capaz de relacionar que algo tan pequeño pudiera provocar un cambio en las actitudes y acciones de Sofía, y otra parte de mí se resistía a comentarle a su mamá esto, puesto que creo que pensaría que eso no ayudaría en nada.

Un día, como cualquier otro, Sofía había hecho de las suyas ¡ya le había pegado a uno de sus compañeros! Y las voces de sus compañeros se comenzaban a alzar: “¡Maestra! ¡Maestra, miré a Sofía!” me dije: no doy más.

La llevé a mi escritorio la tome de los brazos, le pedí que me mirara y le dije: “Yo te quiero Sofí, te quiero mucho, y cuando tratas mal a tus compañeros me siento mal, siento que hice algo malo, yo estoy aquí para cuidarte y si no me dices que pasa no te puedo cuidar, te voy a seguir queriendo, pero también quiero cuidarte” cuando empecé a decirle eso Sofía se soltó a llorar.

Lloró como nunca la había visto, ni cuando la maestra de música la jaló y le grito lloro, ni cuando se cayó en el patio y se raspo la rodilla lloro, lloro en mis brazos por las palabras que le dije, lo único que pude hacer fue abrazarla y permanecer un momento así, y desde ese momento cambió.

Debo sincerarme, porque en este punto se puede entender que yo sabía exactamente que esto sería la solución, pero no lo sabía, solo trate a mi alumna con un poco más de tacto, más cariño, menos agresión y trate de comprenderla, no hay una receta mágica ni una que funcione con todos, con Sofía mi “Panchita” funciona, y me alegro, porque vi sus actitudes cambiar poco a poco. Al principio me rehuía el saludo, una

simple mirada y ya, pero poco a poco las miradas se transformaron en palabras “buenos días” “hola maestra”, después esas palabras se volvieron acciones: un abrazo, regalarme una flor que se encontró en el camino.

Ahora cada vez que llegaba temprano me contaba lo que había hecho el día anterior, o que le dieron para desayunar, me contaba más cosas y estaba conmigo en receso o en momentos dentro del aula, con sus compañeros se comienza a integrar, no tiene un grupo estable de juego, pero si la integran a las actividades, empieza a platicar con sus coetáneos, a prestarles los materiales sin que se lo pida, se abre a nosotros de forma paulatina, a su ritmo y con confianza, dejo de pegarles, aventarles cosas y agredirlos físicamente, ahora los defiende de los niños de otros salones. Sabe que dentro del grupo ésta segura.

Y de nuevo estoy sentada en el patio cívico junto a la maestra Lupita.

Me dice que el día de ayer vio a mi “Panchita” jugando afuera de su casa, y ambas dirigimos la mirada a Sofía la cual se encuentra jugando en el patio con una de sus compañeras, “si ha cambiado ¿verdad? Ya se adaptó, pero como te dio lata los primeros meses”, le sonrío, y le digo un escueto: “sí maestra, era bien latosa”.

Me voltea a ver y me dice: “pero es que como es su mamá y su papá pues ni modo que no saliera así, a su mamá yo le di clase y ahora cuando me la encuentro y la veo con esos vestiditos que sale en la tarde, le pregunto que a donde va, solo me rehúye, me saca la vuelta, no te había contado pero su mamá se dedica a la prostitución, me dice que ya no, pero ya uno no sabe, y su papá casi ni está en la casa, pero le gusta drogarse y tomar, siempre andaban peleando, tu “Panchita” se parece toda al papá, cuando anda bien su papá hasta eso que si la cuida”

Y mi mente vuelve al caos, se aclaran algunas dudas, otras surgen, me siento profundamente conmovida por lo que tuvo que soportar Sofía a tan corta edad, me siento culpable por haberla tratado de la misma forma que en su casa, por darme cuenta tan tarde de que necesitaba un cálido recibimiento.

Una parte de mí se siente culpable por no poder ver que justo un poco más de tacto era lo necesario, un poco más de humanidad y cariño, por tardar en brindarle herramientas para poder romper el círculo, hacerle ver que no estaba sola y también me siento culpable por no poder hablar más con la madre de familia, conocer su perspectiva, sin juicios ni estigmas, aunque pienso que esto puede resultar complicado, me arrepiento de no haber realizado un esfuerzo más.

De mi alumna Sofía a quien admiro, respeto y quiero, aprendí que el amor es el arma más fuerte, que a veces nos sentimos solos en el mundo y ocupamos un abrazo o unas palabras de aliento para seguir, que a veces libramos batallas más grandes que nosotros y solo buscamos ese lugar en el cual poder ser vulnerables, y que se validen tus sentimientos, que no está mal ser débil, ser frágil y querer un soporte, aprendí que mostrar debilidad a veces es la forma más valiente de enfrentar los miedos.

También aprendí que tanto los espacios físicos como las personas se pueden transformar en un lugar seguro, en el que una persona se siente protegida, tranquila y libre de amenazas o peligros.

Aprendí que a veces cuando piensas que todo va a ir bien, te puede salir mal, que aquello que pensabas que siempre iba mal, puede solo necesitar unas pequeñas reparaciones, para ir bien, y que otras tantas veces no hay ni bien ni mal, solo situaciones, vivencias, experiencias, circunstancias y personas que nos sirven justo para eso, aprender, crecer y transformarnos.

Entre penas y carcajadas

Liliana Lissette Rocha Garciduenas

lilissetted@gmail.com

Jardín de Niños: General

Allí estaba tan emocionada por empezar y disfrutar mis vacaciones de la temporada más emocionante para mí, que más disfruto como es la Navidad y Año nuevo con todas sus luces, decoraciones, regalos y por supuesto la familia, que después de unos meses complicados por experiencias nuevas, no tan buenas, me mantuvieron ocupada en todo momento e influyo en todo mi contexto, las cuales explicare más adelante.

Mi teléfono seguía recibiendo mensajes y llamadas de trabajo por resolver aunque todo lo pospuse para regresando de vacaciones porque ya me sentía cansada y molesta y quería estar enfocada totalmente en mi descanso, en ese momento recibí una notificación especial, con un sonido característico, era de Classroom un viernes 15 de diciembre con un vencimiento del 5 de enero, la hora no la recuerdo, reviso la tarea asignada y era un trabajo sobre narrativa pedagógica, luego, luego, pensé “no puede ser” es algo que no termino de entender y ahorita que iniciaron mis vacaciones las cuales decidí disfrutar, tuve que comenzar escribiendo en mi computadora, recostada en la comodidad de mi cama, sintiendo mi cómodo colchón especial para mi espalda lo cual lo hace único y mis cobijas suaves y calientitas haciendo mi mayor esfuerzo e imaginando que estoy escribiendo una carta porque la narrativa es un tema no fácil para mí, donde tengo que ser autor, guionista y redactar hechos que me están generando un caos por todo lo que estoy viviendo y que es perfecto para narrarlo y desahogarme aun-

que tenga que omitir nombres y alguna información por seguridad y la verdad me siento nerviosa por narrar parte de mi experiencia pero necesito que la conozcan personas que la van a leer y me van a entender.

Me encuentro intentando redactar la experiencia más significativa que me ha sacado de mi área de confort y me ha puesto a prueba por primera vez en tooooooos mis años de servicio, voy a empezar por decir que los últimos cuatro meses de este año 2023 han sido muy muy complicados, no me atrevo a decir que han sido difíciles porque les he buscado solución, pero he dudado de mi poder para regular mis emociones en la cuestión laboral, donde la molestia y el asombro ganan a mi tranquilidad.

Obtuve ascenso a Dirección en junio del año 2023, lo cual es grandioso, pero no creí llegar a una escuela con tantos problemas de organización, autoridades, convivencia, valores entre todo el personal y con padres de familia, se sentía un ambiente tan tenso, incomodo, estresante y a punto de estallar con solo una palabra o comentario como una chispa, era como nunca lo había percibido en ninguna escuela, incluso el ambiente físico de la escuela era triste, gris, sin ningún color, todas las paredes amarillo apagado con naranja opaco, no tenía ni siquiera el nombre de la escuela, no tenía nada que la identificara como escuela como preescolar, los pilares del techo grises de metal, con las áreas verdes secas no había ni una sola flor o planta bonita que le diera luz y vida, inmediatamente se me vinieron muchas ideas para hacer y mejorar la escuela de manera física y emocional, así que no solo había situaciones laborales entre todo el personal también del contexto, del ambiente, de la visión, todo esto me hizo sentir la necesidad de pedir apoyo y consejos a las personas con las que me siento segura, en especial a una amiga de muchos años (de identidad reservada) porque cada día había algo nuevo, algo que resolver, y no conforme, se empezó a detectar necesidades importantes con algunos alumnos. Los primeros dos meses la palabra caos y

estrés extremo eran las adecuadas, seguí consejos y recomendaciones y la situación fue mejorando poco a poco, pero cada momento de reunión entre personal o papás era oportuno para atacarse, gritar hasta insultar mencionando encuentros pasados, creo que tienen mucho que sanar o aprender a vivir con lo vivido, que por comentarios y pláticas con padres de familia y personal fue un ciclo anterior donde hubo de todo, hasta accidentes fuertes, demandas, faltas de respeto, enfermedades y más cosas por la educadora encargada del ciclo escolar pasado, donde hubo violaciones a los derechos de los docentes, imposiciones, cero empatía, una de las demandas que me sorprendió (no sé si es porque soy mamá) fue por negar el derecho a tiempo de lactancia y otra por no permitir cumplir incapacidad autorizada por el ISSSTE por accidente vehicular, burlarse de las educadoras y hablar negativamente de ellas delante de los papás.

Son muchos los hechos que acontecieron y que no creí que pasara tanto en una escuela en un ciclo escolar, y peor aun cuando un papá o mamá no estaba de acuerdo con la organización se le respondía solo con “si no le parece se puede retirar y llevarse a su hij@”.

Me tocó presenciar un momento donde la educadora encargada anterior insulto a tres mamás en dirección, entonces me di cuenta de la magnitud de los problemas que había, con todo esto por un momento, hasta pensé, en no hacer más reuniones porque estoy arreglando lo que yo no rompí o provoqué y lo estoy haciendo de la mejor manera que he podido, había un factor preocupante, la escuela no era reconocida por una supervisora ni por jefa de sector, todos los procesos administrativos eran directamente en SEP y los procesos pedagógicos yo tenía que buscar, analizar y organizar todas las reuniones, capacitaciones y Consejos Técnicos Escolares para poder compartir con el colectivo, era complicado que además de tener tantos problemas por ciclos escolares pasados tenían años sin recibir capacitaciones y no hablemos de los trámites

administrativos porque había mucho faltante. La situación en general en la escuela era para ser atendida por las autoridades correspondientes, al no ver soluciones me di cuenta de que el control total de la escuela era tomado por personas ajenas por eso el desconocimiento y descontento de las autoridades inmediatas.

Un día a finales de noviembre, llegue a mi punto de tolerancia, regrese a casa llore en el momento en que mi esposo me pregunta ¿Cómo te fue? No pude contenerme (finalmente es el primer fuerte que tengo) y había dos opciones sobre la mesa, cambiarme o “tomar el toro por los cuernos” porque ya estaba afectando mi vida diaria, bueno, realmente ya estaba permitiendo que afectara mi día a día y ¿qué creen? decidí domar al toro, estuve los días de diciembre enfocada en las problemáticas de mi Jardín, más que en otras cosas o compromisos, decidí hacer una reunión con todo el personal y dejar las cosas claras tomando acuerdos y ahora sí como dicen “poniendo las cartas sobre la mesa” y quien estuviera de acuerdo “adelante” quien no “reflexionará y tomará decisiones”, al parecer funcionan las últimas dos semanas antes de salir de vacaciones y espero que ahora que regresemos a la escuela lo recuerden y podamos trabajar y convivir de la mejor manera, pero eso ya lo contare en otra ocasión, se quedara en suspenso, dicen que los propios problemas es lo mejor para afrontar y crecer, aunque son penas y carcajadas lo que se necesita para llevar este proceso más venidero.

Si me preguntan ¿Cuál ha sido la experiencia que te ha hecho reflexionar sobre tu práctica? Definitivamente es esta que acabo de narrar, nunca había estado en una situación de esta magnitud, y por lo mismo ANHELABA, DESEABA y ESPERABA ansiosamente las vacaciones y no recuerdo algún ciclo escolar donde fuera tanto mi espera, ya necesitaba descansar y despejar mi mente en la comodidad de mi familia y mi hogar, podría decir que siempre he estado rodeada de personas agradables, respetuosas y dedicadas a su labor, y con las que

no hacíamos *clic* simplemente llevaba una relación de respeto y cordialidad, por esto, pensaba que esta experiencia que estoy viviendo será un proceso largo para poder contener o resolver de la mejor manera.

Pasaron los meses de enero, febrero y en marzo la situación se vuelve a complicar con las personas que controlan la escuela, ya se había generado un tema de seguridad para mí, en los encuentros y reuniones yo trataba de llegar a soluciones de los acontecimientos que ellos permitieron con la educadora encargada anterior (la cual me gustaría decir que es una docente que egreso de la ENE) y que se salieron de control por todo lo que expuse anteriormente, pero sus respuestas eran siempre las mismas “fue falta de experiencia y usted es responsable” cuando tomaron esa postura y empecé a sentirme insegura lo dialogue con las autoridades correspondientes de SEP y decidieron retirarme para salvaguardar mi integridad porque la situación de la escuela ya era de su conocimiento desde hace varios años pero no pueden hacer nada al respecto ¿por qué? Solamente las autoridades lo saben y no entrare en ese dilema, hay muchas situaciones que no narrare porque entonces tendría que hacer un libro y lo malo sería que no presentaría soluciones porque el jardín sigue en funcionamiento con las mismas condiciones, en el fondo creo que hubo ligeros cambios porque la transformación que hice y alcance en el tiempo que estuve dio mejoría, y sembró la reflexión en algunas personas que allí trabajan y controlan la escuela, eso me hace sentir satisfacción saber que ahora cuidan un poco más sus actitudes y comportamientos porque están siendo más observados.

Ahora que me siento segura y tranquila me doy cuenta que estoy en constante aprendizaje para regular mis emociones, mi semblante y actitud volvió a la normalidad, lo note yo y las personas que me rodean, en estas situaciones es indispensable aprender a escuchar y dialogar solo cuando es necesario,

sin caer en provocaciones de ira o tristeza, sin dejar de ser empática, sin dejar de comprender, de entender y de pensar en la mejor solución en beneficio de todos.

Aun y con todo esto, quiero y me gusta disfrutar de lo que hago, de lo que elegí por gusto y convicción.

¿Cuál es la respuesta?

Montserrat Fraga Melchor
fragamelchormon@gmailcom
Escuela Normal para Educadoras

Una de las experiencias más significativas de mi formación como docente sucedió en el ciclo escolar 2017-2018 en el 4to año de la carrera en donde se nos asigna un grupo por más tiempo para realizar prácticas profesionales, el jardín de niños “Heber Soto Fierro” de la ciudad de Morelia fue el asignado, el primer día que nos presentamos (mi equipo y yo) en el jardín de niños se realizó una rifa para conocer cuál sería el grupo de cada una para trabajar, el jardín constaba de 5 grupos, dos de 3er grado otros dos de 2do y un solo grupo de primero.

En mi papelillo salió asignado el grupo de 1ro lo cual generó un conflicto en mí, ya que nunca había estado con un grupo de primero así que me dio algo de inseguridad pensar que se sería el ciclo escolar trabajar con este grado, sabía que sería un gran reto para mí y no quería correr el riesgo de fallar ya que este ciclo escolar que era el final de la carrera se tendría que realizar en informe de titulación a partir del grupo asignado, sin pensarlo mucho pedí a mis compañeras me cambiaran alguno de los otros grupos; Ana después de pensarlo acepto darme el grupo de 2º A y sorpresa!

Sin saberlo nosotras, justo el grupo que tendría ahora era el “conflictivo” ya que se decía era el que tenía a los niños “problema”, mis amigas comentaron que se habían salvado y que para mí ese grupo estaría bien ya que según ellas tenía el “carácter” para ese grupo que requeriría mayor trabajo.

Me prepare bastante o lo que creía conveniente en cuanto a planeaciones y temas que varios maestros nos solicitaron para iniciar las practicas, me sentía lista para llegar a ese grupo y dar lo mejor de mí, pensando siempre que tenía que ser así ya que de eso dependía el graduarme de la carrera; se llegó día de presentarnos al grupo.

El 2o “A era integrado por 25 alumnos pues al ser un jardín en un contexto urbano siempre ha tenido una gran demanda educativa; en este grupo los niños que tenían el foco rojo eran Dylan quien venía de un contexto familiar de violencia y de desinterés, Mateo quien era un niño hiperactivo medicado, Víctor un niño con actitudes sobresalientes.

Al iniciar claramente los niños mostraron cierto recelo al ser yo una persona nueva en su entorno, pero al pasar de los días fue Dylan quien me hizo creer que la docencia no sería para mí.

Dylan Dylan Dylan... mi nombre favorito y el más mencionado en mi intervención de prácticas.

La vida de Dylan era muy difícil ya que su familia tenía un gran desapego emocional con él, su mamá trabajaba todo el día incluso algunos turnos extras y el tiempo libre que tenía lo pasaba con su nueva pareja.

La tía se hacía cargo de llevarlo y recogerlo del preescolar, pero al tener ella hijos mayores y tener que salir a trabajar también, Dylan pasaba la tarde con los primos quienes lo violentaban de manera física, esto se sabía ya que el niño en varias ocasiones llegaba con algunas marcas y hacía referencia a esta violencia que vivía con sus primos y que el repetía con sus compañeros

Algunos otros días Dylan esta con su Abuelita quien también tenía otra dinámica con él en casa y la cual se hacía notar en el salón de clases.

El papá de Dylan era una persona con problemas de adicciones y violencia quien un ciclo escolar anterior lo mantuvo privado de la libertad por al menos 15 días y eso claramente también impacto en el actuar del niño.

En el momento que yo conocí a Dylan ya llevaba un concepto previo muy marcado que se impuso de manera ajena pues los cometarios no tardaron en llegar en cuanto se nos asignaron los grupos, todos esos comentarios fueron de rechazo y de tener cuidado; así que esto me llevo a prejuizar lo que en realidad era el niño como persona.

Claramente a lo largo de las jornadas de práctica las cuales eran algunas más largas que otras me di a la tarea de tratarlo y así mismo aplicar diversas estrategias para trabajar con Dylan a través de las emociones, lo cual también movió en mis diversas emociones bastante intensas.

El actuar de Dylan día con día me desgastaba más y más tanto física como emocionalmente; algunos días parecía que todo estaría perfecto que Dylan tenía ganas de trabajar, se integraba a las actividades, pero al más mínimo descontento el actuar de Dylan se trasformaba a golpear a sus compañeros buscar herirlos o lastimarlos, agredirme a mí de manera física, no paso un solo día de mi convivencia con Dylan de no recibir un golpe por parte de él.

Trabaje diferentes estrategias, muchas de estas sugeridas por mis asesores de la normal y muchos de ellos acompañados de la investigación en diversos autores, basando incluso mi proyecto de titulación en atender las necesidades emocionales de Dylan.

Nada de esto funcionaba el “mal” actuar del niños siguió avanzando, yo por supuesto seguía buscando la manera de acercarme de manera efectiva y afectiva a Dylan pues sentía que era yo quien estaba fallando como docente, en ser ese medio facilitador en la vida de los alumnos; trate de llegar a él

por actividades de su agrado como armar rompecabezas, ver videos, leer cuentos, integrarlo en diversos equipos, realizando actividades de movilidad fuera del aula, pero en todo Dylan siempre era el mencionado por no poder contener sus actitudes agresivas, esto claro me llevo a un punto en donde tanto mi educadora titular como mi asesora en la normal se sugirieron ser firme en mis llamadas de atención con el niño.

Uno de los días más marcados para mí y supongo que para Dylan también, fue cuando trabajando una actividad en donde el uso del lápiz era requerido clavo su lápiz en la mano de su compañero lastimándolo bastante, la Mtra. Titular me sugirió sacarlo del salón y ya no admitirlo más durante el día así que tendría que sacarlos del salón y llevarlo con los niños pequeños a pasar su “castigo”

Le pedí se fuera del salón al grupo de 1ro y se negó, lo tome de la mano para sacarlo e inicio la lucha de Dylan sobre mí, todo el jardín de niños escucho los gritos descontrolados que genero esta situación, gritos que ya en el grupo de primero pararon, esto me hacía sentir que Dylan solo actuaba a manera de retarme y sinceramente lo tome como un reto, un reto que sentí estaba perdiendo.

Comprendí que ninguna de las estrategias existentes tenían un “Dylan” en consideración y los tantos aspectos difíciles por los que un niños de tan solo 4 años estaba pasando; decidimos con mis maestros y asesores “dejarlo existir” y aceptar que no había más que hacer para trabajar con esa “situación”; comprendí y me hice entender que Dylan era un niño atravesando por situaciones que no estaban en sus manos ni en las mías, que la familia así como es un círculo de seguridad para unos, para muchos otros también es quien “desordena” la vida, y a Dylan le toco ese desorden.

Junto a Dylan tomaba los días buenos con agrado y los días malos como aprendizaje. Y la reflexión de que los docentes no tenemos todas las respuestas y las soluciones para

la vida, de no un solo alumno, si no de 25 o más que tenemos en cada ciclo escolar, que debe ser acompañamiento de estas situaciones y esperar trascender en ellos bajo un aprendizaje o un recuerdo significativo.

Hoy en día sigo sin conocer la respuesta a ¿cómo debí trabajar con Dylan? Pero si agradezco todo lo que me enseñó que no debí hacer.

La escuela, un camino de experiencias

Susana Espinosa Sandoval
Escuela Normal para Educadoras
“Profr. Serafín Contreras Manzo”
susanaespinosandoval@gamil.com

Cuando era niña, frecuentemente jugaba a ser maestra y recuerdo que acomodaba al frente de algún espacio, ya sea mi recamara o el en patio, un pequeño pizarrón verde, que recuerdo tenía el marco de color amarillo y un ábaco incrustado en una de las esquinas, además de tener dibujado el abecedario en el marco.

Cuando ya estaba el pizarrón en el lugar adecuado, pasaba a ordenar a todos mis muñecos y a mi hermanita menor también, formando una fila frente a mí, simulando que ellos eran los alumnos y yo la maestra. Recuerdo con gran disfrute que el tiempo transcurría sin darme cuenta, aunque también recuerdo tristemente que yo regañaba a mis alumnos (muñecos y hermana), después, al haber estudiado la carrera, me fui dando cuenta de que yo reproducía el tipo de maestros (y padres) tradicionales que yo había tenido hasta ese momento en la escuela, los cuales se caracterizaban por promover la memoria y no la experimentación-aprendizaje, exigían memorizar fechas, lugares y personajes exactamente como la maestra lo pedía.

Recuerdo largos ratos en el aula haciendo resúmenes de los temas vistos, dicha actividad consistía en ir leyendo un texto y la maestra nos decía que líneas ir subrayando para que posteriormente transcribiéramos en el cuaderno y finalmente tratar de memorizarlo para estar preparados para los

exámenes. Era una actividad mecánica, que como niña no disfrutaba, era pesado, cansado, tedioso, nada agradable para mí.

Creo que ese era el modelo de “Maestros” que había en ese entonces y que siguió por muchas décadas, en la cual el docente se caracterizaba por ser enérgico con los alumnos, exigente en los trabajos, y no aceptaba contradicciones en lo que él decía a sus alumnos. En otras palabras, el docente de aquel entonces, era quien tenía la razón y el saber absoluto, ¿por qué? porque ellos lo habían aprendido de los libros escritos por teóricos, filósofos y eruditos, solamente por eso.

Pero en la actualidad, a principios del siglo XXI, este paradigma cambió, ahora la voz del estudiante tiene gran valor y es escuchada por los educadores. Ahora los alumnos son el centro de la educación, sus derechos son respetados y ellos tienen la oportunidad de construir su conocimiento a partir de cuestionar, dudar, indagar, experimentar, etc.... y el docente pasó a ser un actor secundario en la cuestión educativa. Un actor secundario con gran responsabilidad, ya que es el guía de sus alumnos, es él quien los lleva por el camino del saber, pero sin dar nada por absoluto, sino que pone ante sus pupilos todas aquellas herramientas necesarias para el descubrimiento de cosas y materias.

Sin embargo, creo que no todos los docentes entraban en el molde tradicional, tengo un bello recuerdo de la etapa en la que estuve en preescolar, el cual se llamaba “Gusanito”, recuerdo vívidamente, un suéter verde que tenía una ranita en el pecho y las mangas de color café, no sé porque tengo tan presente esa prenda, cuando pienso en el preescolar, automáticamente brinca a mi memoria aquel simpático suéter de ranita.

De entre esos bellos recuerdos, también surge mi cara de felicidad al jugar en el patio lleno de maleza, no sé porque estaba así, tal vez todavía no se usaban las famosas faenas que

ahora se llevan a cabo por parte de los padres de familia, pero yo era muy feliz al meterme entre las plantas y salir corriendo por otro lado, o cuando me dirigía hacia las tradicionales llantas de colores, enterradas a lo largo del jardín, y resultaba todo un reto lograr hacer equilibrio para no caerse y poder pasar de una llanta a otra. ¡Qué felicidad!

Son vagos recuerdos que me hacen tener la certeza de que me gustaba y disfrutaba ir a mi jardín de niños, aunque no recuerdo para nada el rostro ni el nombre de la maestra que me daba clases, sí recuerdo que me gustaba estar cerca de ella y que se sentaba en las llantas y ahí, en ese lugar, es precisamente donde yo la recuerdo, no en el aula, ni en otro lugar, sino ahí sentada en las llantas. Quizá inconscientemente, este recuerdo tan cálido me llevó a estar en el lugar donde ahora estoy y que disfruto enormemente.

Cuando cursaba el segundo año de la carrera de Psicología Educativa, empecé a dar mis prácticas en un jardín de niños llamado “El reino de Sophia”, en él pude constatar las teorías analizadas y me resultó fascinante observar cómo se compaginaba con el desarrollo de los niños. Recuerdo a un niño llamado Miguel, quién esperaba ansioso salir al recreo para poder jugar con una llanta, la cual rodaba por todo el jardín, imaginando un universo de cosas diferentes al empujarla, jalarla, detenerla y correr detrás de ella, era un goce ver como disfrutaba su recreo. En parte, creo que fueron esos momentos de ver la inocencia y la alegría de los niños, lo que revivió en mí el gusto por la docencia,

Después, me cambié a otro Jardín de Niños, que apoyaba a las mujeres trabajadoras, ¡sí! a las mujeres trabajadoras, dejando de lado a las que trabajamos ahí, dentro de la institución, era evidente que el proyecto, con el afán de proporcionar un excelente servicio a la comunidad, de pronto se olvidaba de que las educadoras también éramos parte de esa comunidad y que en ocasiones, dejábamos a nuestras familias

en un segundo plano para asistir a capacitaciones, aprender y así desempeñar una buena labor.

Trabajar aquí fue una experiencia de sentimientos encontrados, ya que por un lado entregamos todo, sacrificando un poco a nuestras familias y por otro lado recibimos buenos beneficios, como la oportunidad de recibir las capacitaciones con gastos pagados en otros estados.

Hablando de la organización del proyecto, los horarios eran extendidos, los niños ingresaban a las 7:00 a.m. y salían a las 3:00 p. m, este horario favorecía a las madres que trabajaban por las mañanas. Ahí tuve la oportunidad de adquirir buenos aprendizajes como docente, ya que las capacitaciones que recibíamos eran muy interesantes. Acudimos a encuentros mundiales (En la cd. de Monterrey, Durango y Nayarit) relacionados con la educación de la primera infancia, acerca de estimulación temprana para los niños lactantes y maternos, y cursos de capacitación para que los niños que estuvieran en edad de control de esfínter recibieran un trato respetuoso y favorable en su proceso de aprender a ir al baño. Y cuando tuve la oportunidad de trabajar con niños preescolares, recibimos una capacitación muy detallada acerca de la forma de planear, que me gustó y me sirvió mucho.

Mi experiencia con niños pequeños se vio fortalecida y enriquecida en este Centro, ya que aparte de aplicar mis prácticas de Psicología Educativa, me fui involucrando cada vez más en la docencia, y esto me abrió un nuevo panorama, por lo cual, obtuve la acreditación en Educación Preescolar, esto me llevó a buscar cursos y talleres que me prepararán para ofrecer un mejor trabajo a los niños.

Pero no todo fue miel sobre hojuelas, también dentro de esta institución me tocó recordar el sabor amargo de la educación, aquel sabor que durante mi etapa de primaria fue desagradable. Volví a experimentar un sentimiento de

frustración, de tristeza, de limitación, en verdad no encuentro la palabra exacta para describir mi sentir en ese momento, pero fue algo así como una clase de sometimiento, los maestros mandaban y los alumnos obedecíamos, no había la posibilidad o la libertad para hacer nada. Y al estar trabajando en aquella pequeña sala, que era equivalente a una recamara de tal vez 4 mts. por 4 mts, ya que en realidad era una casa habitación, estábamos limitados, tanto los alumnos, como yo, a lo que la maestra titular indicará, y todo hubiera estado bien si las necesidades de los niños fueran tomadas en cuenta, pero no era así.

Al ir escribiendo estas líneas, me doy cuenta de que el sentimiento que me marcó en la infancia, fue la frustración. Tal vez la frustración de que al ser niña, tenía toda la energía y la curiosidad para hacer, preguntar, buscar, etc... pero que en la educación tradicional en la que crecí, eso no tenía cabida.

Sin embargo, ahora que estoy frente a grupo he aprendido que algo muy importante para favorecer el aprendizaje, es el cariño que como docentes le mostramos a nuestros alumnos, una palabra amable, de aliento, puede conseguir mucho más que una palabra de censura. No sé si es la experiencia que da la edad, o la experiencia que dan los niños, pero hasta hoy, he tratado de ser con mis alumnos, cómo me hubiera gustado que trataran a mi niña interna.

Me asignaron a la sala maternal, en la cual había aproximadamente 15 niños de entre 1 y 2 años de edad, yo solamente era auxiliar y seguía las indicaciones de la responsable de sala. Sentía gran frustración al ver que los niños solamente eran cuidados durante su estancia en este CENDI. Sí recibían clases de estimulación temprana y educación física, incluso recibían clases de inglés, pero la clase que correspondía a la Maestra del grupo, no se llevaba a cabo. En varias ocasiones yo le sugería a la maestra algunos temas y actividades para los niños, pero siempre recibí una negativa,

argumentando que los niños no lograban hacer lo que yo proponía, y lo cual yo considero no era nada del otro mundo, yo proponía que el niño experimentara con sus sentidos a través de técnicas de pintura, de trabajar con su motricidad gruesa y fina, pero nunca fui escuchada, yo poseía unas ganas tremendas de aplicar las cosas que yo veía en la universidad, de hecho, esta frustración fue la que me llevó a acreditarme como Educadora, porque solamente teniendo ese título, podría intervenir pedagógicamente en las clases de los niños.

Un día de clases en la sala de maternal, *trataré de ilustrar las actividades que realizaban los niños cuando llegaban a la institución*, pasaban por el filtro médico y después ingresaban a su sala correspondiente, bajaban al comedor, donde consumían alimentos que una nutrióloga prescribía, *los cuales, la mayoría de las veces no eran sabrosos, pero sí muy nutritivos para ellos, no siempre lo rico es lo más saludable y hay que entenderlo, posteriormente* tomaban su clase de educación física, karate, inglés, hasta aquí todo estaba muy bien planeado y pensado en y para los niños, pero *después* volvían a su sala para la clase con la maestra titular, la cual, era de un carácter un tanto serio, su rostro era un poco triste y llamaba constantemente la atención a los niños, las clases eran un poco improvisadas, ahora trato de entender a aquella maestra que trataba de dar lo mejor que podía a sus alumnos, pero vuelvo a mi comentario anterior, donde describo la educación tradicional, creo que ella estaba influenciada por aquella forma de enseñar que muchos recibimos, me pongo a pensar y estoy segura de que su forma de enseñar no era malintencionada, solamente transmitía lo que ella sabía acerca de la educación.

Reflexionando acerca de eso, recuerdo que la institución no nos proporcionaba materiales para trabajar con los niños, éramos las maestras las que teníamos que comprar todo lo que Utilizamos para las actividades, incluso tardaban meses en pagarnos nuestro sueldo, tal vez esto influía en que la maestra no se veía feliz, tal vez estaba preocupada por su situación

económica, porque encima de todo, recuerdo que no era de Uruapan, era de Angahuan, una población ubicada en la sierra de Michoacán, aproximadamente a una hora de Uruapan, tal vez gastaba mucho en los transportes para llegar al trabajo, no lo sé porque fue poco el tiempo que compartimos grupo y ahora caigo en la reflexión de que tal vez por eso sus clases consistían en leerles cuentos a los niños, darles materiales de construcción y dejarlos jugar. No es mi intención juzgar, solamente lo comento porque para mí fue un aprendizaje más dentro de mi práctica docente.

Aunado a esto, en aquella sala no había mesas, ni sillas, ya que los niños se encontraban en periodo de control de esfínter y solamente había bañitos alrededor, recuerdo que poníamos colchonetas en el piso para que se sentaran y trabajaran.

Ahora entiendo que todo esto pasaba porque el proyecto era nuevo y se estaban organizando en cuanto a planeaciones y organización pedagógica, como imagino que sucede con toda institución nueva, pero considero que la vocación de ser maestros debe estar presente, ya que aun cuando no haya recursos materiales, es posible crear una estancia donde se priorice la alegría de los niños.

Posteriormente, al igual que *algunas* maestras, y *sobre todo al principio de la práctica docente*, experimente y entiendo la frustración que genera el no tener control de grupo, el que haya alguno que otro niño que pone desorden, que cada uno presenta diferentes necesidades que uno como docente, tiene que satisfacer. En aquel momento, yo estaba estudiando y quería comerme el mundo de un solo bocado, quizá pensaba que cambiaría el mundo en cuanto tuviera un grupo a mi cargo, pero no fue así, también me enfrente a múltiples situaciones que ponen a prueba a cualquier nuevo docente.

Sin embargo, poco a poco he ido aprendiendo y las situaciones reales me fueron mostrando las estrategias, alternativas, unas divertidas y otras más formales, pero

después de 17 años de servicio, me doy cuenta de que sigo en el proceso de aprender cada día y cada año, con el grupo de alumnos nuevos. Al enfrentar estas dificultades cotidianas con los niños, me enfrentaron a la realidad, ya que en la escuela se habla y se espera que salgas como un docente ideal y que, con tu desempeño docente, formarás alumnos ideales. Esto es una gran utopía, ya que por excelentes docentes que seamos, hay muchos factores que escapan a nuestras manos y que no tenemos el control o el acceso para poder intervenir. Se espera que el docente tenga pleno control del grupo, este capacitado para atender las múltiples NEE que se presenten en el grupo, aun sin contar con una formación específica en cada situación, llámese síndrome de down, hiperactividad, retraso mental, agresividad, vulnerabilidad económica, esto por mencionar algunas de las que he tenido en un solo grupo. No es fácil ser el educador ideal que todos esperan y formar niños ideales tampoco, a esto último yo preguntaría ¿Cuál es el alumno ideal? tomando en cuenta todas las características diferentes a las que nos enfrentamos. ¿Cuál sería?

Actualmente trabajamos con el programa denominado Nueva Escuela Mexicana, la cual no da gran apertura para poder hacer las adecuaciones necesarias a nuestros planes, nos centramos en el alumno y hacemos un trabajo de guías. Esto mejora mucho la educación, ya que no podemos meter a los niños en moldes preestablecidos, sino que tratamos de dar libertad a cada uno de ellos para que logre desarrollar todas las habilidades que posee.

Por mi edad y por el grado en el que me desempeño, sigo cultivando la paciencia para poder atender a mis alumnos y le pido al universo que me dure muchos años más, porque cuando ya no la tenga, será el momento indicado para retirarme de la docencia.

¡La distancia que...! ¡Me conecto!”

Patricia Bárcenas Cortes
patybarcenas@gmail.com
Maestría en desarrollo socioemocional
Escuela Normal para Educadoras

El día 17 de marzo del 2020 ante el avance del SARS-CoV-19 se suspenden clases presenciales como medida preventiva para evitar la propagación del coronavirus Covid-19 en el país.

Esta noticia para mí como docente de preescolar, marcó un antes y un después, recuerdo ese mes, marzo donde trabajaba un proyecto sobre el cuidado del planeta tierra, me emocionaba al planear... imaginar...la infinidad de actividades que podría realizar con los niños, ya que en internet frecuentemente investigaba, encontrando un sinfín de propuestas para ondear sobre el tema, con el propósito de generar conciencia y promover la reflexión acerca de la relevancia de preservar la biodiversidad de vida en el planeta, así como los ecosistemas y las relaciones que existen entre los seres vivos y su entorno, con el fin de frenar el avance de la contaminación y el cambio climático.

Recuerdo claramente ese miércoles 18 de marzo del 2020, era un día soleado iba emocionada y feliz a la escuela que trabajaba, me encantaba llegar en bicicleta, el admirar como los árboles cambiaban sus hojas, los animalitos de la región se escuchaban y veían alrededor como si fueran hechos para terminar de decorar los hermosos paisajes verdes de la comunidad, escuchaba los cantos de los pájaros que se multiplicaban en los nidos de los techos de la escuela.

Para mí era una sensación tan grata vivir tan cerca de la comunidad, la vida en comunidad es tranquila y amo la tranquilidad, la naturaleza era parte esencial del día a día, el aire y las parcelas, mi mejor vista.

Cuando de pronto una voz interrumpe tal admiración, solicitando reunión del personal, que labora en la escuela, notificando el acta de suspensión de clases como medida preventiva ante la propagación acelerada del coronavirus Covid-19 hasta nuevo aviso, teníamos el deber moral de explicar tal situación a padres de familia y llegar a acuerdos funcionales de trabajo para todos.

Lamentablemente era una indicación que se tenía que acatar, para resguardar la vida y el bienestar de la comunidad escolar. No obstante, en un primer momento hubo resistencia, intentando buscar opciones de solución, sin embargo, la indicación fue clara y precisa, ante la situación, el resguardó y protección de todos, fue prioridad, concientizando a la comunidad escolar la magnitud de la situación.

Representando un desafío sin precedentes para la educación a nivel mundial, las notificaciones fueron las mismas para todos los niveles educativos, de pronto todos teníamos que estar en casa, buscando las formas adecuadas de seguir los protocolos.

La incertidumbre y ansiedad lentamente se incrementaba, tenía que asimilar, aceptar la situación y buscar alternativas para continuar trabajando de la mejor forma posible, pero me preguntaba con frecuencia, ¿cuál es la mejor forma en estas condiciones? ¿Qué necesito hacer y cómo?

Me di cuenta de que tenía que modificar mis metodologías, cómo docente tenía que adaptarme rápidamente a nuevas formas de enseñanza, utilizando tecnologías digitales y plataformas virtuales que antes eran ajenas al entorno preescolar, curiosamente ya había formas de conectarse y

continuar trabajando a la distancia, solamente tenía que ser flexible y adaptarme a los cambios y variaciones según fueran marcando las circunstancias o necesidades.

Me sentía ansiosa, inquieta con sentimientos de miedo y preocupación, en ocasiones intranquilidad excesiva, todo me irritaba, sentía fatiga, falta de concentración y enfoque, recordé que no era la primera vez que experimentaba este tipo de emociones y sentimientos.

Ahora tenía un poco más de tiempo suficiente para detenerme, parar y observarme, lograba disociarme de mí, me imaginaba que me veía en una pantalla de televisión, imaginaba que era la protagonista de la película, descubriendo que hay palabras, circunstancias y personas que desencadenan en mí ciertas emociones primarias y secundarias, actuando mi niña interior caprichosa y egocéntrica al querer y desear que todo sea como yo considero como un ideal, el cual es una proyección inexistente, errada de una realidad subjetiva, dando solamente una visión de mi mundo interno.

Para esto, ya había tomado la decisión en terapia, después de perdidas dolorosas, que mi salón no sería solo un lugar donde los niños aprendieran a contar, escribir o leer. Quería que mis pequeños alumnos aprendieran a vivir y a convivir, a observar el mundo con curiosidad y respeto, y a pensar por sí mismos, no quería imponer aprendizajes que yo aprendí sin cuestionar, ya que a mi bien o mal me impusieron obediencia.

Recordaba con frecuencia sus ojos y sus sonrisas, también sus travesuras, cuestionándolos si la decisión que habían tomado era la correcta y que tendrían que asumir las consecuencias, recordaba cómo cada mañana, antes de comenzar las actividades, los niños se reunían en círculo, sentados en el piso en ocasiones, en tapetes o alfombra o debajo de un árbol que estaba enfrente del salón el cual era su lugar favorito, para ser sincera también era mi lugar predilecto

ahí compartimos como nos sentíamos o algo que hubieran visto en el camino a la escuela.

Observaban los cambios en las estaciones, recogían hojas, flores o piedras, y hablaban sobre el ciclo de la vida, las historias de los abuelos o la importancia de cuidar la tierra.

A lo largo del ciclo escolar, fui testigo de cómo los alumnos crecían, no solo en conocimientos, si no en conciencia y humanidad. Sabía que estaba plantando en ellos las semillas de una vida más plena, conectada con los demás y sobre todo con su entorno.

Para ello no todo fue fácil, fueron años de formación y de explorar diversas filosofías educativas.

Ahora lograba comprender que toda actualización y esfuerzos habían valido la pena.

El acompañar a los niños y a sus familias a esta adaptación y flexibilidad implicó, adaptar los contenidos y actividades para que fueran accesibles y comprensibles en un contexto de aprendizaje remoto y era indispensable la colaboración de las familias, convirtiéndose en un pilar fundamental del proceso educativo, asumiendo un rol más activo y colaborativo en el aprendizaje de sus hijos, desafortunadamente la mayoría de las familias del grupo viven al día tenían que dar prioridad a buscar opciones para trabajar y poder comer, las tareas escolares no eran prioridad.

Las herramientas de comunicación con las familias se fortalecieron, claro quien lograba tener las posibilidades de estar desde aplicaciones de mensajería hasta videollamadas para mantener el contacto constante entre docente y familias.

En la mayoría de los casos, incluida con lo único que se contaba era con un teléfono celular inteligente donde por medio de WhatsApp avisaba tareas, trabajos y todo tipo de información.

Comprendí que el bienestar emocional de los niños era prioridad, nuevamente, día a día me di a la tarea de conectar con ellos, de dedicar tiempo y espacio con lo que sentían, los escuchaba he imaginaba sus vidas, su resiliencia y las formas de ver la vida, enfocados en el presente, llevándome a una motivación intrínseca de resiliencia también, la forma de mirar desde sus pequeños ojos la vida me transformo, ellos no tenían tanto problema en adaptarse, mostrando una gran capacidad ante la nueva normalidad de aprendizaje, me descubrí que yo y algunos adultos cercanos, nos vimos en la necesidad de aprender y a desaprender.

El adaptarse a nuevas tecnologías y metodologías, nos llenaba de temor por imaginar todo lo que esto significaba y que no pararía ahí, sin duda nos abrió la puerta a una innovación en la enseñanza, el uso de recursos digitales se implementó rápidamente, aplicaciones, videos, juegos interactivos y otras herramientas digitales que de alguna forma contribuyeron a enriquecer el aprendizaje de algunos niños privilegiados en casa.

Sin embargo no dejaba de pensar en la mayoría de mis alumnos que no lograba saber de ellos, fui insistente y la creatividad fue mi aliada, busque alternativas de solución, por las tardes salía a buscar sus casas en bicicleta, disfrutaba y pensaba como llegar a conectar con ellos y sus familias, la creatividad llegaba a mi cabeza con ideas para mantener la atención, les llevaba y repartía cuentos, les compartí de manera impresa actividades lúdicas, juegos de mesa y retos y proyectos que involucraran a toda la familia, fortaleciéndome mi capacidad profesional en la enseñanza, todo esto influyo en la revalorización del rol docente, el reconocimiento de mi labor no se hizo esperar, la crisis sanitaria puso en evidencia la importancia de la labor docente y la necesidad de contar con profesionales capacitados y comprometidos.

El apoyo emocional para mí como docente jugó un papel crucial en el apoyo emocional de los niños y sus familias, ayudando a gestionar la ansiedad y el estrés derivados de la pandemia fue muy difícil superarlo en mí, sabía lo que se sentía y solamente quería ayudar y contribuir a la esperanza.

Mi experiencia con la educación remota, me conectó, y abrió la puerta a modelos de enseñanza híbrida, cambiando lo mejor de la educación presencial, a una virtual con sus beneficios en los aprendizajes para el futuro.

Para mí la pandemia fortaleció los lazos entre diferentes actores de la comunidad educativa (docentes, familias, institución), lo que podría tener un impacto positivo duradero en el proceso educativo usando como herramienta la creatividad humana como recurso para conectar el sentir y lograr transmitir amor por el aprendizaje y la enseñanza.

Estos aprendizajes no solo me han marcado en una etapa de crisis, sino que también me han generado oportunidades para repensar y mejorar la educación preescolar en el futuro, basándose en la resiliencia, la innovación, la colaboración, el amor y la creatividad.

Creo que la tierra no nos pertenece, nosotros como humanidad pertenecemos a la tierra. Y si realmente se ama la naturaleza, se encontrará belleza en todas partes, creo que una tierra más verde y un medio ambiente equilibrado es lo que todos debemos soñar y el protegerla es de todos los días.

En las noches, cuando el cielo se llenaba de estrellas sentía una profunda gratitud por la vida que había elegido, viviendo y enseñando en comunidad, donde cada día era una lección y una celebración del sentirnos juntos sin importar las circunstancias.

Niños excepcionales...

Un viaje de desafíos y aprendizaje en el país la diversidad e inclusión

Gabriela García Celaya

Gabygc1702@gmail.com

Escuela Normal para educadoras

“Prof. Serafín Contreras Manzo”

Una primera escala

Era una mañana fría de invierno, en el año 2010, yo me preparaba para iniciar mi jornada de trabajo en el jardín de niños, cuando nuestra directora llamó a todo el personal docente a la dirección, éramos nueve educadoras las que laborábamos en ese centro de trabajo. Afuera de la dirección esperaban sentados en una de las jardineras, un matrimonio y una pequeña niña, Montse, muy bien presentada con su uniforme completo, bien peinadita acurrucada en medio de sus padres. La directora nos informó, y nos dijo, con un poco de prisa, pues ya faltaban unos minutos para las 9 de la mañana:

-Chicas debo recibir a una alumna con síndrome de Down, que viene del CAM, solicitando su integración a escuela regular pues su evaluación así lo requiere, en ese momento, se hizo un silencio repentino y la directora preguntó ¿quién quiere integrarla a su grupo?

Nadie decía nada, así que rápidamente pensé, observando a través de la ventana, -se nota que los padres son personas comprometidas con el apoyo hacia su hija, así que dije, sí, yo la integro a mi grupo. No voy a negar que sentí un poco de incertidumbre, pues no había tenido ningún tipo de

experiencia con esta condición, pero si tenía algo de conocimiento ya que mi mamá tenía una prima de 40 años con síndrome de Down. Pero... ¿Podré cubrir las expectativas de la escuela que la envía? ¿Y las de sus padres? ¿Qué cuidados debo tener con ella? Me preguntaba insegura, pero con la mejor intención de brindarle mi cariño y apoyo necesario.

Al recibir a los padres y a la pequeña en mi aula, no imaginaba la magnitud del compromiso que estaba aceptando, pues la señora Angélica sacó un robusto expediente con todos los diagnósticos y estudios médicos que se le habían realizado a Montse, no presentaba lenguaje, ni control de esfínteres, tenía problemas intestinales propios de su condición, un soplo en el corazón y malformación en sus piernas, por lo que requería apoyo de férulas.

Éste fue el primer acercamiento que tuve con alumnos con discapacidad, y vaya que los he tenido, pero el trabajar con la diversidad me ha marcado, problematizado y exigido de muchas maneras, de las cuales han sido muy diversos los aprendizajes, sensaciones y emociones, que me han permitido crecer como educadora y más aún como persona.

Por supuesto tuve que investigar mucho sobre ésta condición, revisar ese robusto expediente, largas pláticas hasta las 2 de la tarde con los padres, mantener a la señora Angélica fuera del aula los primeros días por cuestiones de cambio de pañal, sin mencionar las intervenciones para integrar Montse a las actividades diarias, que, en la medida de lo posible y en mi ignorancia de inclusión a la diversidad, me llenaba de alegría ver esa carita, que aunque al principio no me decía nada de manera verbal, sus sonrisas y expresiones de afecto me expresaban entusiasmo y cariño. Además, tuve la suerte contar con muy buena disposición del grupo para integrar y apoyar a Montse en todas las situaciones que se requería, claro, es sabido que las barreras nunca son la respuesta de los niños, al contrario, esa fue la parte más sencilla.

En el año 2012 me retiro de ese jardín, fue un poco triste pues había laborado en él durante siete años y con Montse tres ciclos escolares, pero con grandes satisfacciones por todas las experiencias, habilidades y aprendizajes que ella adquirió. Por ejemplo, lograr el control de esfínteres, integrarse en actividades colectivas, recuerdo aquel día, en una actividad de elaboración de piñatas en equipo, que, aunque no hablaba se le observaba sonreír y disfrutar del trabajo con su equipo al pegar con engrudo el papel crepe, y cómo unos a otros se ayudaban a despegarse de las manos los papeles que involuntariamente se adherían, en otra ocasión, su participación entusiasta en un acto cívico de conmemoración del día de la bandera, desfilando alrededor del patio mostrando la bandera que otra niña describía en el micrófono, el observarla durante el recreo cuando sus compañeros le ofrecían su mano al subir y bajar escaleras y cómo, meses después ella tomaba la iniciativa para subir y bajar por ella misma, entre otras muchas más. Aunque pueden escucharse muy simples esos logros, yo me sentía muy emocionada al igual que sus papás pues asistían a estas actividades a tomar fotografías y se les observaban expresiones al borde de las lágrimas.

Por supuesto, ni qué decir de mis propios aprendizajes pues me di cuenta que aunque parezcan adversas las condiciones del alumno, en relación a la salud, si coinciden en el camino unos padres determinados a hacer todo lo posible por estimular a su hijo y una docente dispuesta a generar aprendizajes significativos, con las pocas herramientas adquiridas hasta ese momento, -porque me hubiese gustado tener el conocimiento que tengo ahora con respecto al tema de inclusión- se pueden lograr resultados impensables.

Satisfecha también porque no solo con Montse, sino con todos mis alumnos desde el inicio de mi carrera he tratado de ser empática y cariñosa con ellos para motivarlos, pues como es sabido, el aspecto emocional siempre influye en el

aprendizaje, y como docentes sabemos que en el entorno familiar no siempre tiene conocimiento de su importancia, por eso, he tenido presente que, sea o no un ambiente familiar afectuoso, el tiempo que dura la jornada escolar en el jardín, mis alumnos se sientan seguros y apreciados. Además, desde mis propias experiencias de estudiante el aspecto afectivo del docente, lo tuve muy presente, pues esos son los maestros de los cuales aprendí mucho y recuerdo con cariño.

Ahora me da mucho gusto saber que Montse es una jovencita de 17 años que pudo ser integrada a escuelas regulares para cursar primaria y secundaria, sigue asistiendo al teletón a recibir fisioterapia y, aunque sólo la he podido escuchar por teléfono, me llena de emoción que me recuerde y pueda hablarme para saludar de vez en cuando.

Segunda parada

Cuando llego a otro jardín de niños por cambio de centro de trabajo, los retos continúan, recibo un grupo de 30 alumnos de segundo grado y una pequeña con algún tipo de condición, Brenda, pues aunque la pequeña realizaba todas las actividades autónomas como, tomar y guardar sus pertenencias, lavarse las manos y comer por ella misma, además de ejecutar rutinas de activación y clase de educación física por imitación, detecté que no hablaba con ningún niño ni conmigo, pero entendía indicaciones y sólo sonreía.

Esta experiencia también significó mucho como aprendizaje, pues de nuevo fue desafiante, ya que, por mi situación de adaptación al nuevo jardín y todo lo que implica administrativamente, tardé dos semanas en realizarle la entrevista a su mamá, al hacerla, me informó que al nacer, a Brenda le diagnosticaron hidrocefalia, en seguida le pregunte a la señora ¿qué tipo de atención recibía la niña? y me sorprendió y a la vez me alarmó un poco que su respuesta fue – Ninguna – con un tono despreocupado.

En este caso, también hubo que investigar y con apoyo de mi directora, considero asertiva nuestra intervención, pues personalmente asistí a CAPEP para solicitar su diagnóstico, afortunadamente se dieron las condiciones y Brenda fue trasferida dos semanas después para atención en las cuatro áreas, por otro lado, la directora y yo, con quien tuvimos que platicar y convencer de la necesidad de atención fue con la familia pues se mantenían en negación. (En ese momento aprendí y sigo capacitándome para apoyar a los padres de niños con alguna condición o discapacidad en su proceso emocional).

En ese mismo Jardín, otro pequeño, ¡sí que me quitaba el sueño! Kevin... era un niño, muy alegre y entusiasta, bajito, rubio de tez clara con ojos cafés muy grandes, que incluso si lo miraba de cerca podía observar cómo su iris se movía rápida e involuntariamente, era demasiado inquieto, llegaba al salón intempestivamente siempre corriendo, gritándome «¡maestra ya llegué!» aventaba su mochila, no le importaba si en su recorrido empujaba compañeros o tiraba materiales.

Y como es común entre las educadoras, pensé: - debe ser TDAH-, pues si cumplía con todas las características, la complicación se presentó, cuando me di cuenta que Kevin era incapaz de cuidar su integridad y medir riesgos, ya que escalaba con gran facilidad los libreros, solo para alcanzar un dado en la parte más alta, trataba de saltar desde la parte más alta de la resbaladilla, había que vigilarlo constantemente pues se subía con gran facilidad a diferentes árboles y alambrados de la parte trasera del jardín.

Ya por la experiencia anterior, al recibir un grupo nuevo de niños, aprendí que lo primero que hay que hacer, es realizar esa entrevista a padres de familia, y así me di cuenta que Kevin presentaba un *síndrome cerebeloso*, ocasionado por un gran tumor en el cerebelo del tamaño de un limón, ésta es el área del cerebro que controla el movimiento muscular, pero, este

caso era un poco extraño, pues al parecer con ese tamaño de lesión en el cerebelo, Kevin no debería de tener lenguaje, ni control de sus movimientos musculares.

Así fue qué Kevin se integró a mi grupo, para mí era un estrés constante pues si sufría una caída podría ser fatal. Claro que también tenía sus buenos momentos porque hacia muchas aportaciones a la clase, ya que era muy inteligente, tuve que implementar todo tipo de estrategias y reglamentos en todas las áreas del salón y del jardín, para mantenerlo todos los días ocupado y centrar su atención.

Incluso era común verme caminar por el jardín con Kevin de la mano, pues hasta para ir yo al baño no lo podía descuidar, así que él me esperaba afuera encargándole desde ahí, que vigilara si alguien se salía del salón. También hubo que trabajar mucho con la familia en cuanto al aspecto de límites y reglas en casa. Además, el tema de Kevin era tratado en casi todas las reuniones de consejo técnico, pues todo el colectivo docente tenía conocimiento de su condición y cuidados necesarios.

Posteriormente Kevin fue canalizado a CAPEP, y se le atendió ahí sólo durante 4 meses ya que la familia no tenía las condiciones económicas para llevarlo diariamente a la ciudad. No puedo negar que me sentí aliviada mientras no estuvo en el jardín, pero el día que su mamá volvió para solicitar su regreso al preescolar, preocupada y sabiendo que no era lo más recomendable para el niño, Kevin corrió a abrazarme, diciéndome, - ¡maestra ya voy a regresar a mi salón! me dio mucho gusto su reacción y aunque ya sabía lo que me esperaba, su gran entusiasmo me llenaba el corazón de ternura.

Claro que no fue fácil, los siguientes meses antes de que Kevin culminara su educación preescolar, hubo de todo, además de los días en los que los efectos secundarios de los medicamentos que el neuropediatra le indicó, causaran también preocupación por mantenerlo somnoliento o

disociado, se abordaron valores, campañas de seguridad escolar, talleres y actividades literarias con apoyo de madres de familia, visitas comunitarias, experimentos, etc. Todas las actividades y eventos posibles en la que Kevin estuviera muy involucrado.

Con la experiencia de Kevin aprendí que no basta con la empática y afectiva postura del docente, pues sin la disponibilidad de la familia, a veces puede ser un tanto frustrante que, aunque en el aula se logran grandes avances, si en la familia no se le da seguimiento, se genera una amarga sensación por la poca valoración al trabajo docente, sin embargo, a sabiendas de que Kevin no sería el último, mi postura fue de tomar esas experiencias y obstáculos como aprendizajes para los futuros encuentros con estos solecitos.

Otro alumno que tuve hace seis años en el jardín de niños que laboro actualmente fue Rafael, un niño delgado y bajito, tés morena, de esos que, el día que no llegaba, -aunque suene poco ético- sentía un gran alivio, pues había calma en el salón.

A pesar de ser un pequeño de tan solo 14 kilos, podía cargar una silla de madera y metal y lanzarla a cualquiera de sus compañeros, mordía, encajaba lápices, hurgaba las mochilas de sus compañeros a veces para comerse sus almuerzos y en otras ocasiones solo por el gusto de tirar sus pertenencias, - y lo hacía de forma desafiante esperando a que yo lo pudiera ver- se comía las crayolas, la pintura, el pegamento, el jabón de manos etc. Y ni que decir de los berrinches, la directora, el maestro de educación física, la compañera de apoyo y yo conocimos la fuerza de sus patadas. Por supuesto que, debido al comportamiento de Rafael, ningún niño quería sentarse con él, únicamente Ángela, una niña muy sociable, jugaba mucho con él ya que su mamá y la de Rafael eran muy amigas, pero, aun así, en uno de sus arranques, la lesionó con un lápiz en la mano.

Rápidamente tuve que identificar como engancharlo desde los primeros segundos en los que entraba al aula, lo que me funcionaba era que, de manera cariñosa, lo abordaba solicitándole ayuda para organizar el material que usaríamos reiterándole:

– ¡tú serás el encargado de repartir los materiales, pero fíjate bien que solo le des a los niños que estén bien sentaditos!

Sin embargo, a veces esa estrategia fallaba, ya que, en su papel de vigilante trataba de corregir a los que no estaban sentados con golpes. En el caso de éste alumno, la entrevista no ayudo mucho pues, las respuestas recabadas, no daban indicios de la conducta del niño, incluso al darle las quejas a su mamá, ella decía el clásico -pues qué raro en casa no se comporta así-, en una ocasión, recuerdo que la primera vez que le comente que Rafael se tomó la pintura, yo muy preocupada, la señora asintió y me dijo:

– si pues maestra, en la casa se ha comido el gel del cabello y la crema de manos.

Debo reconocer que, si había días felices en los que, al realizar mi diario de la educadora, yo sola me reía recapitulando y escribiendo – hoy funcionó muy bien comisionar a Rafa entregando a cada niño un dulce por mantener su pertenencia en su lugar, o por regresar los materiales didácticos a sus repisas, cuando él mismo era quién no respetaba esas mínimas actividades. Y en ese mismo rato debía planificar cual sería el abordaje la próxima clase.

Aunque traté de ser empática, paciente y cariñosa con Rafael, debo reconocer y me arrepiento, por no haber hecho más por él, pues, aunque lo canalicé a CAPEP y fue integrado para recibir terapia en todas las áreas, no tuve la paciencia y empatía necesaria con su mamá, pues me frustraba su actitud y falta de compromiso.

Tercera parada

La vida profesional no deja de sorprenderme, cada generación que he atendido durante estos 24 años de servicio me ha dejado grandes emociones, sensaciones, frustraciones y por supuesto aprendizajes, y en la medida en que pasan los años, sigo creyendo que aún me falta mucho por aprender para desempeñar esta hermosa profesión.

Y vaya que las siguientes experiencias y aprendizajes me sacudieron, justo en ese momento, cuando todo el mundo experimentaba una desgarradora, triste y desconcertante pandemia en el año 2021, recibí a Ricardo.

Recuerdo que en el mes de agosto mientras realizaba las entrevistas a madres de familia de un nuevo grupo de segundo grado, con todas las medidas de seguridad y protocolos de prevención por COVID 19, llega a mi aula, la abuelita de Ricardo y me comenta:

-Maestra; me envía la directora y me dice que por la condición de mi nieto pase con usted, para que me realice la entrevista.

- Muy bien, adelante, le contesto.

Entonces me informa que el diagnóstico de Ricardo es TEA (trastorno del espectro autista) y síndrome de Dandy Walker. Además de falta de control de esfínteres.

En ese momento sentí pánico, aunque traté de aparentar estar tranquila y atenta a sus respuestas, me sorprendió que la abuelita era quien manejaba muy bien los términos médicos y todos los datos de salud y desarrollo evolutivo de Ricardo, incluso mejor que su mamá, a quién conocí meses después.

El síndrome de Dandy Walker es una malformación congénita que se produce por un desarrollo anormal del cerebelo, provocando distrofia muscular, falta de equilibrio, y en ocasiones falta de lenguaje. Afortunadamente Ricardo fue

atendido desde los dos años de edad, por lo que la estimulación recibida le permitió poder caminar y adquisición de su lenguaje, aunque aún no controlaba esfínteres.

La experiencia con Ricardo fue muy diferente a todas las anteriormente mencionadas, pues me obligó a investigar más, a solicitar información con amistades, estudiar un diplomado, al mismo tiempo, aprender a utilizar herramientas digitales y trabajar a distancia por medio de video llamadas por WhatsApp, con todas las implicaciones de ese complicado momento para la educación.

Ricardo es la razón por la que he retomado en este relato a mis alumnos anteriores, (Montse, Brenda, Kevin y Rafael) ya que, hasta enfrentar la apremiante necesidad de investigar más a fondo por su condición, y agradecida por haber tenido el gran apoyo de muchas personas en este proceso en especial de mi compañera y amiga Violeta -Terapeuta de CAPEP - que me instruyó de manera imperativa, a conocer de manera consciente el trabajo con la diversidad y la inclusión, quién casi me «obligó» pues me mandaba constantemente, links de asesorías sobre TEA, escuchaba mis dudas y angustias a través de video llamadas y cuando me envió también la publicidad de un diplomado de CAPEP en línea sobre «educación inclusiva en preescolar » lo cursé, y mi mundo se expandió de manera tremenda pues ese diplomado me permitió verdaderamente aprender y darme cuenta que la inclusión se maneja mucho en la narrativa de cualquier programa curricular pero ¿verdaderamente los docentes conocemos lo que significa la educación inclusiva?

Al cursar ese diplomado conocí mucho de conceptos e instrumentos completamente desconocidos como:

La ENEI (Estrategia Nacional para la educación Inclusiva), el INDEX (Índice de inclusión), el uso del DUA (Diseño Universal de Aprendizaje) así como diversas estrategias para eliminar las BAP (Barreras para el

Aprendizaje y la Participación), y la importancia del uso de ajustes razonables.

Regresando a Ricardo, su integración al jardín no sólo me transformó a mí, sino también a todo el colectivo docente pues a pesar de las condiciones de infraestructura del jardín que se podrían considerar como barreras para la inclusión, ya que se encuentra ubicado en un terreno irregular, sin áreas verdes, solo concreto y escaleras en todas las áreas. Además, contábamos con un equipo de CAPEP móvil que aportó mucho en este proceso con asesoría y acompañamiento.

Debo reconocer que son muchas las ocasiones en las que las barreras, son principalmente la negativa de nosotros los docentes, por negarnos a integrar alumnos con cualquier tipo de condición con diversos argumentos o pretextos, en nuestro caso, por ejemplo:

- La infinidad de razones por las que todos los docentes de éste jardín asegurábamos que no era pertinente recibir a Ricardo por la infraestructura, la falta de agente sombra, por no tener la formación profesional requerida, etc.

Finalmente se llegó el día de recibir a los niños de la generación 2020-2022 de regreso a clases presenciales, se atendía al principio, el grupo dividido en dos partes por cuestiones de protocolo y sana distancia, así que, con gran incertidumbre integré a Ricardo a un grupo de 8 alumnos a los cuales ya estaba familiarizado por el trabajo de clase en línea, por supuesto que se presentaron días de caos durante su adaptación, donde las compañeras de CAPEP móvil hacían su intervención, pero... sí que dejaron claro, que ellas estaban en el jardín para atender a 25 alumnos canalizados en diversas áreas, por lo que la atención a Ricardo sería igual que a los demás 2 o 3 sesiones por semana de 20 minutos.

Así que, la parte más retadora fue para mí, quien estaría con él toda la jornada, pues hubo que hacer una gran cantidad

de ajustes razonables, en función de las necesidades de Ricardo y al mismo tiempo, lograr que todo el grupo pudiera adquirir aprendizajes significativos, al principio fue muy complicado, debido a la hipersensibilidad de éste pequeño al ruido, y a la nula experiencia de convivencia social, se presentaron varios episodios de crisis en los que gritaba mucho y no permitía que nadie se acercara y menos tocarlo, así que las terapeutas, el maestro de educación física, la directora, la compañera de apoyo y yo, intentábamos de todo, y también recibíamos de Ricardo insultos y diversos proyectiles de lo que tuviera a la mano a la hora de su frustración.

Poco a poco se fueron eliminando esos episodios, organicé el aula de manera diferente para que Ricardo no tuviera distractores visuales por el exceso de color por todos los materiales didácticos, se prepararon pictogramas de todas las actividades a realizar durante la jornada, el reloj grande arriba del pizarrón también era un referente para él. Todo esto con el propósito de estimular la capacidad de anticipar, planificar y establecer metas con él.

Desde la entrada en el filtro, Ricardo esperaba hasta que yo fuera por él en punto de las 9:00, debido a que requería apoyo para subir las escaleras, y porque dábamos tiempo a que entraran todos los demás alumnos, -pues no tenía la capacidad de esperar unos momentos y esa intolerancia a la frustración podía desencadenar en un berrinche y posteriormente algo mayor.

El presentarle a Ricardo la jornada diaria de manera estructurada muy pronto permitió que se integrara cada vez con mayor habilidad, pues empezó a socializar más con sus compañeros, aceptaba trabajar en pareja, lograba permanecer atento y sentado en el rincón de lectura, etc.

Eso sí, su parte favorita era el recreo, pues como se le explicaba que era su momento para hacer lo que quisiera, así que, corría todo el recreo sin parar y aunque mostraba sus

estereotipias, debido a que los estímulos sensoriales eran excesivos, para los otros niños no significaban nada, así que lo invitaban a jugar, y poco a poco se fueron eliminando y se fue adaptando a esos estímulos del recreo, de tal manera que incluso yo podía usar el recreo como condicionamiento cuando se negaba a realizar las actividades programadas.

Hubo de todo, debido a que las funciones ejecutivas y el control inhibitorio en niños con esta condición se ven afectados, además de los episodios de crisis, en varias ocasiones se quitaba el pañal a medio recreo, sin importarle nada, lo lanzaba lejos mostrando molestia, incluso decía: - ¡me molesta está muy pesado! entonces había que explicarle que esa incomodidad era fácil de eliminar si él solito iba al baño, no se logró por completo el control, porque en casa no apoyaron con las sugerencias de rutinas y estructuración de actividades como en la escuela, pero si se logró que por lo menos ya no usara pañal durante la jornada escolar. Finalmente, los últimos tres meses del ciclo escolar Ricardo se integró por completo, ya respetaba límites y reglas, tanto en el aula como fuera de ella, participaba en clase más de lo esperado incluso hubo un momento en el que creí que su potencial de inteligencia no estaba siendo estimulado adecuadamente pues en ocasiones respondía mis cuestionamientos con enunciados en inglés, podía hacer sumas mentales usando números mayores a 20 y podía leer fácilmente.

Finalmente llegó el día de la clausura, Ricardo sorprendió a muchas personas pues, fue un evento un poco largo, con mucho ruido y muy concurrido, bailo su vals perfectamente y todo el evento estuvo tranquilo. Debo reconocer mi satisfacción al recibir felicitaciones de mis compañeros y mi directora por todo el proceso y avance logrado.

El camino continúa...

Como he mencionado a lo largo de este relato, son tantas las experiencias, satisfacciones y aprendizajes, que en éste caminar me han permitido aportar algo a una gran cantidad de alumnos, pero especialmente a los niños “excepcionales” que por alguna razón la vida nos puso en el mismo lugar, logrando también, en muchas ocasiones hacerme exasperar y experimentar sentimientos encontrados, como pasó a inicio de éste ciclo escolar cuando me enteré, que Ricardo fue rechazado por tres escuelas primarias, por las mismas razones que hace dos años, en mi jardín nos rehusábamos, un sentimiento de tristeza y enojo me invadieron, incluso algunas lágrimas se escaparon.

Yo continuo en este viaje, esperando seguir encontrándome con niños excepcionales, mientras avanzo, mi equipaje contiene deseos de seguir aprendiendo y de adquirir nuevas herramientas que me permitirán seguir proporcionando todo lo que este a mi alcance para dar una mejor atención y apoyo socioemocional a los niños y padres de familia.

Los ojos que miran hacia dentro.

La importancia de un sistema de acogida en la primera infancia

Hilda Cervantes Carranza
cervantescarranzahilda@hotmail.com
Escuela Normal para educadoras
“Prof. Serafín Contreras Manzo”

En el transcurso de mi vida profesional ha sido un gran viaje, y como en todos los viajes, ha habido momentos de curvas, de caminos con baches y uno que otro atardecer memorable y a fin de cuentas los viajes que día a día se viven en nuestro existir y los que llegan a marcarnos.

Las vivencias que me han hecho conectarme, conectar con la esencia misma del viaje que poco a poco se va quedando plasmado en mí, en mi experiencia y en forma de cómo me relaciono con mis niños y los que me rodea. Los aprendizajes han llegado de manera diferente, algunas más amigables y otras no tanto, incluso algunas que han llegado a conectar con mi niña, con mi infancia y aunque han sido graduales y poco a poco he adquirido más confianza y conocimientos que me han ayudado a lidiar día a día, el tema de vincularse con otro podría llegar a ser infinito y tiene un cierto riesgo, de lo que quiero contarte un poco más; te imaginas ¿el riesgo de encontrarte de frente con un monstruo?, de esos que parecen de otras dimensiones, con grandes dientes, afilados color marfil, como aquellos que salían en nuestras caricaturas de infancia, pero estos tienen una peculiaridad, estos se pueden transformar en tu máximo miedo, y cada uno es distinto, no hay ninguno igual y eso dependerá de cada uno de nosotros; el monstruo de tu

niñez, de aquellas cicatrices que aún les puede faltar una parte para cicatrizar, o que ya se han convertido en flores, en luz que se puede compartir con quien quieras y que justo eso te conectan con los niños y no tan niños también.

El compartir afectos y experiencias, cultivar lazos, volver a la esencia, lo humano, lo vulnerable recordando que solo somos humanos en busca de lo mismo, plenitud.

El darme cuenta de que no solo los niños tienen carencias y limitaciones también la comunidad educativa, la sociedad ¿En dónde realmente sería el parteaguas?, el punto de partida para realmente se pueda mejorar como sociedad. La vocación que elegir cada uno de los docentes a elegir ese destino y la responsabilidad que esto conlleva y que decir de los docentes, que en muchas ocasiones no cuentan con el recurso, apoyo, infraestructura, carga administrativa, hasta el hecho de prestar sus propios recursos para la escuela aun así pararse frente a un montón de niños de frente listos para compartir desde el alma sus conocimientos, sus recursos, su tiempo, su experiencia y hasta incluso su propia historia de vida, el motivo por el que día a día eligen estar en apoyo de la niñez y aquí, te cuento mi historia: el propósito que en un momento de mi infancia me plante, justo en aquellos días donde, mi mamá me llevaba a la psicóloga, porque la maestra decía que no podía concentrarme y no aprendía, constantemente me paraba de mi silla y distraía a mis compañeros, no terminaba las encomiendas, ¿Alguna vez has tenido en tu grupo a alguien así?, pues si esa niña era yo, la niña con la etiqueta de problema y que sus calificaciones son bajas. Pues esta maestra dijo que ella no podía hacer nada, la solución que ella planteo fue poner mi pupitre a lado de su escritorio sin nadie a mi alrededor, incluso unos metros separada para no poder distraer a nadie solo ella observándome detenidamente.

Mis papás en cambio en cambio buscaron información en los medios que ellos tenían al darse cuenta que eso no era

normal, soy la tercera de tres hermanos a lo que la experiencia les decía, había signos distintos a los de mis hermanos y entonces me llevan con una Psicóloga, la Dra. Estrella, ese lugar tan reconfortante que era aquel consultorio de 4 paredes blancas, con alfombra verde y una mesa en medio, de madera clara y al lado un estante de libros distintos a los que teníamos en nuestra biblioteca escolar, con colores llamativos y al momento de abrirlos se movían los dibujos, con una librero de objetos raros que podía pasar horas tratando de entender cómo funcionaba, pero entonces ¿Por qué mi capacidad de concentrarme era tan distinta en el colegio a un consultorio? El diagnóstico que me dieron fue Déficit de atención, por lo cual seguí yendo a terapia durante un largo tiempo a la par de una maestra por las tardes que le ayudaba a hacer mis tareas y explicarme los temas que no podía entender muy bien, la maestra Emma, una educadora con una paciencia de hierro, muy amorosa y observadora, incluso llegué a preguntarme el ¿Por qué mi maestra no podía ser así como ella? Y como extra buscar unas clases de algún deporte que me llamara la atención, y así trascurrió mi ciclo escolar, yendo a terapia 1 vez por semana y con la maestra Emma, recuerdo que el día que me tocaba acudir lo esperaba con mucha emoción porque me encantaba que me explicara y diera clases y ahora entiendo que eso que tanto me gustaba era que, ella pudiera conectar conmigo.

Un día que salí de terapia y me sentía tan plena, que platicando con mi mamá le comparto: que “yo quería ser como la Dra. Estrella; a lo que ella me pregunta ¿Por qué? Y le respondo: “porque quería ayudar a todos los niños diferentes a que se sintieran bien tal cual son”, sin pensar que aquellas palabras marcarían mi vida, aquellos actos de acogida marcarían mi alma y el rumbo que tomaría mi vida.

Ahora soy psicóloga y me toca ver desde otro ángulo, que es la mirada hacia el entendimiento y de actuar en cada uno de los niños canalizados, y tengo la fortuna de estar en un jardín

de niños, donde llegan a mí un sin fin de niños que presentan alguna barrera de aprendizaje, temas de conducta, o temas familiares y que en gran número de casos su misma conducta solo nos trata de grita algo solo tengo poner atención para así descifrar el acertijo, y conectar y entender que es lo que nos quieren transmitir y aunque tal vez no puedo cambiar su contexto al cien por ciento, podrán conocer algo diferente, y en cierto punto ellos pueden discernir en lo mejor para ellos, ese pensamiento crítico lejos de solo algo conductual que cuando no este caminando a su lado tengan la seguridad de hacer lo que mejor se acerque a sus posibilidades.

Y así son muchas historias que llegan a mí, aquellos niños que abren su corazón, sus secretos, sus miedos, sus anhelos y que los atesoro mucho, estoy muy agradecida con todos mis niños por sus muestras de amor, ver que al llegar a sus salones, y preguntar a la maestra con quienes puedo trabajar y ver que los niños levantan sus manos para que ellos sean los elegidos, también debo de rescatar algo importante: los padres de familia que han extremado el no saber por dónde empezar o que hacer, la desinformación aun estando en la era, de estar a un solo click de la información. La maternidad y paternidad es un viaje interesante, en el que debemos de contar con una red de apoyo, de información confiable que nos oriente porque nadie nace sabiendo ser madre o padre.

Y ese viaje sigue tomando su curso, día a día llevándome a lugares necesarios a lo cual me siento muy agradecida con toda la comunidad educativa, todos los que me rodean, todos mis niños, mi hijo, mi familia, las comunidades educativas que he tenido oportunidad de conocer por que a fin de cuentas todos estamos conectados.

**Construyendo un espacio seguro para mis alumnos.
Cuando el cabello no fue la fuerza de Melchor.
Relatos de una educadora, hora cero.**

Neyra Haydeé Chávez Pimentel.
neyrus@hotmail.com
Escuela Normal para Educadoras
“Profr. Serafín contreras Manzo”.

Era un diciembre del año 1999, cuando por fin me asignaron mi escuelita para comenzar mi experiencia profesional, lo que tanto esperaba y con tanto anhelo me formé durante los últimos 4 años de mi vida. Estábamos en vísperas de salir de vacaciones de Navidad, cuando llegué con el nervio a flor de piel a mi pequeña comunidad, ubicada a 6.1 km de distancia hacia el Noroeste del municipio de Tancítaro, Michoacán. En Santa Catarina (Santa, como los lugareños le nombran), a diferencia de Tancítaro, se sentía un clima más templado. Era una pequeña comunidad de algunos 800 habitantes.

Ese día que llegué por vez primera, nunca imaginé que, en tan solo unos cuantos días de servicio a la educación, Melchor me enseñaría tanto.

Mi primera semana fue de sentimientos encontrados... era la semana de día de reyes, y no todos mis alumnos habrían tenido esa bendición en sus casas: Erik, al que mejor le había ido, encontró por la mañana unos carritos, mientras que Lucia le habían amanecido algunos dulces. Ricardo con una gran sonrisa dijo: ¡a mí me trajeron los reyes una moneda de diez pesos! A algunos otros dijeron que a ellos nada. Mientras que dos o tres no participaron en la plática. Yo me sentí muy mal por esa situación, aunque para los niños pareciera normal el

hecho de que no llegaran los reyes a su casa, o les llegara algún “detalle” a mí se me partió el corazón en pedazos al escuchar sus respuestas cuando les pregunté a cerca de sus regalos.

Se llegó la hora de la salida, por lo que con un grupo pequeño de mamás nos fuimos al “pueblo” a la presidencia municipal a pedir apoyo. Nos trasladamos en un “raite”, era una camioneta con cerdos y claro que nos subieron...en la parte de atrás con los animalitos, ¡qué experiencia!, íbamos por el empedrado y polvoso camino rumbo a “Tanci” -como le decían a la cabecera municipal- entre los gruñidos y empujones de los cerdos, pero con las esperanzas y la fe de que encontraría apoyo en ese lugar. Llegamos al fin, todas llenas de polvo (para ellas eso era común) a la localidad de Tancítaro, encontrándonos con la noticia de que todos los juguetes habían sido ya repartidos y nos dieron aguinaldos.

Al día siguiente, cuando recibí a los niños, les dije que ¡los reyes habían llegado a nuestra escuelita! lo que hizo muy felices a todos, bueno, casi a todos, el único que notaba retraído, apartado, inseguro, era a Melchor. Un alumnito de segundo grado (yo atendía por el momento segundo y tercero) que se caracterizaba por tener el cabello muy muy largo. Me llamó mucho la atención esa característica desde el primer día, pero lo primero que pensé es que tal vez su papá lo tendría igual. Pero también lo noté muy introvertido. Los próximos días me dediqué a observarlo, sobre todo a la hora del recreo. La situación de Melchor realmente era preocupante: sufría de acoso escolar, ya que los demás compañeros le decían que era niña por tener el cabello largo. Vivía muchas situaciones que realmente lo lastimaban emocionalmente y no le permitían integrarse con sus compañeros. Lo primero que observé, es que cuando Melchor intentaba subirse a una de las dos resbaladillas que había, inmediatamente recibía un: ¡no! ¡Melchor que no se suba porque tiene el pelo largo y es niña y esta resbaladilla es solo para niños! Y cuando intentaba subirse a la otra, las niñas tampoco se lo permitían porque Melchor

era un niño. La carita de Melchor de inmediato se notaba desencajada, sus ojos rasados, y en el colapso emocional... así mismo me sentía yo al encontrarme con esta situación de acoso escolar. Melchor todo el tiempo sufría de este tipo de tratos en el que no lo hacían partícipe de las actividades propias de los niños. A partir de aquí, surgió la necesidad de implementar un proyecto de trabajo en el que abordáramos el tema de las partes y características de nuestro cuerpo. Realicé algunas actividades como conocer los nombres de las partes del cuerpo, las diferencias entre los géneros, y de manera transversal manejé los valores: respeto, amistad y compartamos. De esta manera, trabajamos en equipos que fuimos cambiando a diario, las diferentes actividades, mismas que también tuvieron la intención de romper los estereotipos que los niños tenían -que perjudicaban la convivencia escolar y como consecuencia las diferencias marcadas hacia Melchor- como tener objetos para niños y para niñas por separado.

Aunque parecía que las actividades tenían éxito, a la hora del recreo, volvían los malos tratos hacia Melchor.

Por ello, y pensando en cómo resolver esta situación, me decidí en tener una plática consciente y respetuosa con la mamá del niño, por lo que me hizo saber que el cabello era por una “promesa” que ella había hecho por tradición y costumbre familiar. Le di a conocer la serie de situaciones que esto derivaba y cómo lo estuve trabajando, siendo así que no obtuve el éxito que esperaba dentro del grupo. Ella tomó la información con mucha calma. Transcurrió el fin de semana, y para el lunes que llegué a la comunidad, cuál va siendo mi sorpresa, de repente alguien llegó al jardín empujando la puerta de entrada con fervor... ¡era Melchor! quien entró a la escuela con una gran sonrisa, gritando ¡maestra ya llegué!, definitivamente era otro, con un semblante que denotaba felicidad y con toda la motivación del mundo, y ¿qué creen? ¡Sin su cabellera! Llegó con su corte casi pelón. Sus compañeros quienes ya estaban dentro del Jardín lo recibieron

con el mismo fervor con el que llegó Melchor: ¡miren! ¡Ya llegó Melchor! y todos corrieron hacia él, asombrados de tan notable cambio, siendo el centro de atención y entonces la vida de Melchor cambió. Desde ese día, era integrado por sus compañeros no solo en las actividades del aula, sino también a la hora del recreo y en todo momento, marcando de esta manera un antes y un después, tanto en la vida de Melchor como en mi vida profesional, que, en tan solo unos cuantos días, aprendimos juntos que el cabello, no siempre significa la seguridad y la fortaleza en las personas.

Reflexionando un poco y derivado de esta experiencia y la manera de cómo lo resolví, hoy en día podría ser un tema de mucha controversia, ya que se puede confundir con un tema de derechos de los niños, discriminación o libre desarrollo de la personalidad, pero sé que hice lo correcto porque el cabello largo no era una decisión de Melchor, era un acción impuesta por creencias familiares y me sentí muy afortunada de haber podido contribuir de manera positiva en sus emociones, ya que su carita y su entusiasmo por asistir a la escuela después del corte de cabello, hacía que todo valiera la pena.

Después de 24 años de lo sucedido, me doy cuenta del impacto que esta situación ha tenido en mi labor docente, pues cada año, me encuentro con algún Melchor o varios, que alteran la química de mi cerebro en el ámbito emocional y que sé que necesitan de mí antes de ser juzgados y llevar arrastrando por el resto de sus vidas situaciones emocionales que ya desde sus hogares se originan.

Ahora cada año puedo encontrarme con casos en donde no siempre el cabello u otra característica física significa la “fuerza y la seguridad” en los niños y niñas pues cada caso es muy especial y hay que buscar el porqué de muchas de sus conductas; cada año de mi servicio a la educación, significa una nueva oportunidad de contribuir a cambiar vidas de manera

que impacten positivamente en las emociones de los niños y niñas que atienden en mi quehacer docente.

Finalmente, estoy convencida de que el tiempo en el que yo estuve en la vida de Melchor, actué de manera adecuada y hubo cambios trascendentales en él, y se lograron aprendizajes que se esperaban, así como avanzar en su proceso de desarrollo socioemocional. Con todo lo anterior, seguiré en la búsqueda de más información que rectifique mi actuar en la vida presente de Melchor.

Un camino al crecimiento personal

Celene González Damián

celenegonzalez547@gmail.com

Maestría en Educación Socio Emocional en Preescolar

Escuela Normal para Educadoras

Hace seis años que cambie mi forma de pensar, y en mi renació una nueva Educadora y una mujer más sana emocionalmente. Desde que recuerdo he tenido mucha tensión en mi cuerpo y creía que era normal vivir así, por lo que cotidianamente tenía dolores de cabeza, y ya conocía mi cuerpo, tal es así que, si hoy comenzaba con dolores de cabeza, ya sabía que eran de tres a cuatro días en que continuaría con el malestar, generado por angustiarme por todo, el tiempo, las planeaciones, decirle que sí a todos, etc.

Un día en mi zona escolar se realizaron los cambios internos de centro de trabajo, y llegue con muchas expectativas positivas de un cambio más cercano a mi domicilio, y por mi antigüedad, logre cambiarme a un preescolar más cercano a mi hogar, entonces llegue a casa con la alegría en mi rostro y les compartí la buena y nueva noticia a mi esposo e hijos durante la comida, todo el día estuve muy contenta.

Realice todos los documentos administrativos del Jardín de Niños en el que me encontraba en ese momento para realizar la entrega a la Educadora que me reemplazaría, fue un momento en el que salió todo bien, ya que tenía todos los materiales y documentación requerida en orden, además de que la compañera también estaba emocionada por trabajar en

el Jardín de Niños del cual me retiraba, y le explique que era un ambiente de trabajo muy bueno, así que estaría muy bien.

Al termino de mi entrega me realizaron una despedida mis compañeras y Directora, las cuales eran muy lindas y cumplían con todo lo administrativo siempre con la guía y el apoyo de la Directora, (quien era muy organizada, lo cual se reflejaba al solicitarnos los documentos administrativos con tiempo, -por lo que era sencillo cumplir- y además muy humana, ya que cuando alguien del personal del centro escolar tenía alguna necesidad se le apoyaba dándole el tiempo que requería para que estuviera mejor de salud o solucionara su situación familiar), en esta despedida me sentí muy querida y a la vez triste por retirarme de este grupo de trabajo tan agradable, en el que tuve muchos aprendizajes, y conocí educadoras con las cuales hasta la fecha en que coincidimos nos da gusto vernos y compartir como hemos estado.

Esa misma tarde fui a conocer el que sería mi nuevo centro de trabajo, -y es en este momento que por la emoción del cambio reflexiono y me doy cuenta de que omití el conocer previamente el primer Jardín de Niños al que me presentaría, pero dentro de mí, pensaba que como era un Fraccionamiento, imagine que iba ser similar o mejor que el Preescolar de la comunidad donde estaba previamente-, y mi sorpresa fue que estaba en ultima la parte del cerro o del Fraccionamiento, todo estaba circulado por malla ciclónica, la cual me permitía tener una visión total del Preescolar, en el centro estaban ubicados un volantín, una resbaladilla, y un sube y baja, pero lo que ocupo mi visión fue la tierra de tepetate detenida por rocas delimitando el espacio para que no llegara a los juegos, y en la parte de arriba de estos se observaban tres aulas de cemento en obra negra -o sin terminarse-, cerradas con láminas, a excepción del aula más cercana al portón de entrada donde me encontraba, y tenía escaleras hechas con madera incrustada entre la tierra, para poder llegar a la entrada de éste -después supe que era el salón donde se daban las clases de educación

física-; al seguir observando note una pequeña parte con cemento o firme con la forma inclinada del cerro (área para realizar honores a la Bandera) que daba hacia una hilera de aulas o módulos de lámina delgada que se veía frágil, pero eran usados como salones por las cuatro Educadoras.

Sentí emoción al observar todo, pero comencé a sentir adrenalina al ir de regreso por la avenida principal, era una calle tan inclinada que cuando bajé esa primera vez en el carro acompañada por mi esposo sentí que no iba a detenerse y que podíamos chocar.

Paso el fin de semana y llego el día en que me presentaron con los padres de familia y compañeras como la maestra que llegaba a cubrir a la directora, por descarga Administrativa, por lo que yo atendería el grupo que estaba a su cargo, éste era el grupo de primer grado, integrado por 15 niños con edades de tres años, de los cuales me percate que una de las niñas más pequeñas de estatura, era débil visual, ya que su iris siempre veía hacia arriba, y hacía un solo lado, y cuando quería ver algo en alguna imagen se acercaba a ésta, como 3 o 4 centímetros para lograr verlo, era una niña muy alegre y amorosa, por lo que me sentí cercana a ella en cuanto la conocí; en general era un grupo con quienes tuve un vínculo positivo desde el primer momento, y sentí que estaba en el lugar correcto.

El espacio donde atendía al grupo la directora era un espacio reducido, (en un futuro sería la Dirección), y también estaba en obra negra, -con ventanas improvisadas de plástico transparente, una puerta hecha con marcos de madera y plástico con la finalidad de que entrara luz suficiente ya que no había instalación de luz -, aquí cabían tres mesas infantiles y cada niño tenía su sillita de madera (con señas de que habían sido utilizadas por muchos años), en el muro que estaba junto a la puerta estaba ocupado como bodega de algunas cosas de la escuela, por lo que el espacio era muy limitado para mis alumnos, -ya que a esa edad requieren de más movimiento para

respetar sus estilos de aprendizaje y si se levantaban de su lugar ya no podía pasar yo para atenderlos-; ese día a la hora de la salida me explico la directora que en un futuro, cuando las aulas del edificio de arriba ya estuvieran terminadas, mi grupo se pasaría a uno de los de los salones de lámina, - por ser la última educadora en llegar a este Centro de trabajo -.

Después nos reunimos con las compañeras en una de las aulas de abajo (módulo de lámina), en donde hacía mucho calor, pero gracias a que las ventanas que estaban abiertas fue agradable estar platicando con mis nuevas compañeras, me comentaron que las aulas de arriba estaban sin terminarse, porque lo había comenzado a construir una empresa como donación, pero llegó el momento en que no tuvo más dinero para continuar, y al pedir el apoyo a la secretaria de Educación en espacios educativos, le dijeron a la directora, que la obra tenía que ser concluida por dicha empresa, pero ya no lograron tener más comunicación con ésta; en general me sentí en confianza durante toda la reunión, ya que era un ambiente agradable generado por la buena relación que había entre las compañeras.

También me comentaron, que ahora era un espacio que ya parecía un Preescolar, porque antes les habían prestado una pequeña casa con dos habitaciones y sala-comedor, que compartían todas con sus alumnos distribuidas en estos espacios, lo que hizo que se hiciera un equipo de maestras que percibí como una hermandad, en la que se apoyaban entre ellas, ya que no contaban con el apoyo de los padres de familia, y lo percibieron muchas veces cuando les pedían que entregaran la casa y tenían que buscar un nuevo espacio, tiempo después ellas consiguieron el terreno y posteriormente llegó la Directora que estaba en éste momento, por lo que ninguna de las dos estuvimos en esos momentos tan complicados que vivieron, y por esto no la veían como una verdadera autoridad ya que tenían varios años sin mejoras de infraestructura significativa desde su llegada.

Considero que como docente cuando pasas por momentos difíciles en las que observas las necesidades económicas de las familias de los niños o de infraestructura de la escuela y no recibes apoyo, y estas se convierten en emocionales, buscas el soporte de tus compañeros para tener ese espacio seguro, por lo que comprendo el equipo de trabajo como red de apoyo que hicieron entre las educadoras para salir adelante.

Por mi parte siempre he tenido mucho respeto por mis autoridades (desde mis padres y posteriormente Directoras), por lo cual tuve una buena relación con ella, ya que también pasaba tiempo y mi grupo en el horario de clases conmigo (ya que ahí seguía teniendo sus cosas de la dirección), hecho que con los días suscito que las compañeras al percibirlo, no me aceptaran en el equipo de trabajo, y las propuestas que hacía, siempre eran rechazadas o le encontraban el lado negativo, por lo cual comencé a sentirme excluida, y por momentos dude si el cambio de centro de trabajo fue positivo, aunque veía la alegría en los niños, y el gusto que mostraban cuando los recibía cada mañana, y eso me motivaba.

Recordando y reflexionando sobre la situación, quizás ese cambio de las compañeras hacia mí fue porque la directora comentaba antes información de parte oficial conmigo y luego con el resto de las compañeras en las reuniones de personal, lo cual género que no me aceptaran dentro de su equipo de trabajo.

Caminaba todos los días para llegar al Jardín, volteando constantemente para ver cuando pasara el camión para subirme, y así evitar caminar la parte más empinada del trayecto, pero muchos días alcance a llegar sin lograr ver el único camión que me podía llevar al preescolar, esos días fueron de angustia cuando pensaba que se me haría tarde, y esto fue incrementando en su intensidad, ya que no encontraba que tuviera un horario fijo el transporte, pero uno de esos días comencé a disfrutar del camino, y comencé a buscar el lado

positivo a esto, que hacían más agradable el camino de subida, y comencé a agradecer por los rayitos de sol que daban en mi espalda y me quitaban el frío, las flores silvestres que crecían en el pequeño jardín junto a las banquetas, el aire limpio y puro, el saludar personas y desearnos buenos días; todo esto comenzó a verse reflejado en mí de manera positiva, y además este ejercicio hizo que me sintiera mejor físicamente, con más energía y con el paso de los días, que hubiera en mí más endorfinas (generan felicidad) y ánimo, por lo que contagiaba a mis alumnos con mi alegría de observar el medio que nos rodea, y encontré positivo el tener tierra alrededor para hacer trazos de motricidad con palitos.

Las pocas plantas que había las comenzamos a observar y me invitaban a ver sus descubrimientos, generando en ellos momentos de reflexión y aprendizajes significativos, que eran recordados por varios días en las asambleas, o solicitándome que volviéramos a hacer algunas actividades. Reflexionando, puedo decir que su motricidad gruesa era muy superior en comparación a otros niños de su edad que he tenido en otros jardines de niños de terrenos planos.

Estos cambios positivos los comenzaron a ver los padres de familia, y un día me comentaron que solicitara a Directora el espacio de una de las aulas (la cual estaba en la parte más alta del terreno del Jardín de Niños y no había manera segura en que mis alumnos llegaran hasta la entrada de esta de manera segura, porque podrían resbalarse o caer, por las piedras), por lo que llame en ese momento a la directora y de manera general le comentaron que los niños tendrían más espacio para desplazarse en un lugar plano y seguro dentro del aula, ya era una necesidad para mis niños por su edad, motricidad y especialmente por mi niña débil visual, y al ver a los padres contentos por los avances de sus hijos, y que se habían ofrecido para hacer un camino más seguro, poniendo barandales de la madera por todo el camino para subir y en el frente del aula, entonces ella acepto.

Para el inicio de la siguiente semana (padres y yo) lavamos el aula, llevamos tablas que estaban detrás del aula como desecho de la obra, para hacer el marco de las ventanas y puerta, y recibí apoyo económico de parte de las cooperaciones escolares para lograrlo (clavos y el plástico necesario), situación que percibí que no les agrado a mis compañeras porque esas aulas terminadas serian para ellas aunque no me expresaron nada, días después me lo comunico la directora, cuando le exprese que lo que percibía en las emociones o vibra de parte de mis compañeras.

Me sentía por momentos triste o desmotivada y sola (porque no había buena comunicación, ni aceptación por parte de las otras educadoras), pero un cambio positivo fue la llegada de una educadora de apoyo a mi grupo de primero, -en específico para apoyar a la niña débil visual que tenía-, y por la buena comunicación que teníamos, y disposición al trabajo se dio una cercanía, apoyo mutuo y después una gran amistad con ella, por lo que ya tenía con quien compartir situaciones escolares y personales en las que nos apoyábamos, y generábamos un ambiente agradable y positivo, que contagiábamos a los niños y padres de familia, con quienes podía tener una comunicación cercana que mejoro los aprendizajes, conductas o situaciones emocionales de mis niños, por medio de recomendaciones personalizadas que les hacía, y notaba cada día más avances significativos en sus aprendizajes (los cuales continúe observando durante sus tres años conmigo en Preescolar).

Paso el tiempo y cuando estaban en segundo de preescolar, fue el momento en que realmente disfrutaron de su nueva aula, la cual era un espacio muy agradable, y me permitía acercarlos a que tuvieran más aprendizajes significativos, láminas, material didáctico, envolturas de alimentos, carteles, libros, juguetes con uso para el conteo, etc., los cuales utilizaba para generar aprendizajes de números, vocales, consonantes iniciales de sus nombres, e identificaban

en los anteriores, pero principalmente les hacía la recomendación a los padres sobre los aprendizajes, para que se reforzaran en envolturas de alimentos, números de casas, letreros, revistas o folletos que observaban de manera cotidiana, para que vieran su uso y función real y lograsen ser significativas para ellos.

De manera cotidiana los motivaba a que intentaran e hicieran su mejor esfuerzo en cada una de las actividades o sus producciones, sin importar si no lo lograban la primera vez, lo importante era hacerlo y les recordaba que la escuela era para continuar aprendiendo cada día; y así fue como tuvieron muchos aprendizajes, de su cuerpo, sus cinco sentidos, cuidado y aseo de su cuerpo, colores, números, ubicación espacial, mejoras en su motricidad gruesa y fina, así como valores como el respeto, tolerancia, y el compartir con sus pares.

Ya cuando mi grupo pasó a tercero de preescolar observe que mis niños se sentían felices y seguros en el espacio de “nuestra aula, la cual consideraban como un espacio seguro y de ellos”, ya que en varias ocasiones me solicitaban no salir a recreo y quedarse dentro en el área destinada al juego libre (era un espacio que poco a poco fuimos construyendo como una ludoteca pequeña con variedad de juguetes (delimitada por cordones de rafia, y hacían uso de este espacio cuando terminaban su trabajo o producción del día), por lo que constantemente se esmeraban para poder pasar un rato ahí antes de salir a recreo. Recuerdo en varias ocasiones mi niña débil visual me expresaba los viernes que ella quería asistir al día siguiente a clases (sábados), y posteriormente note que contagio a otros niños del grupo, ya que era un espacio seguro y lejos de los problemas que tenían en su hogar (la mayoría de los padres que vivían en el fraccionamiento, eran personas que habían invadido las casas, y otros económicamente estaban limitados por sus trabajos eventuales, con pagos muy bajos o algunos otros por lapsos de tiempo sin trabajo).

Hubo una actividad, como tantas otras, en las que tuve que adaptar o elaborar materiales más grandes o que tuvieran textura sensorial, con la finalidad de que mi alumna débil visual pudiera integrarse a las actividades, como al jugar a la tiendita con monedas de foamy y números con pintura plástica, su nombre era más grande en comparación que los de sus compañeros, y resaltaba ciertos materiales con pintura plástica para que sintiera el relieve y con colores más vistosos; su estilo de aprendizaje era auditivo, por lo que avanzaba en sus aprendizajes a la par de sus compañeros.

Para este año participamos en el festival del día de las madres, la cual fue una actividad que me sorprendió, ya que fue dándose de manera paulatina un día en que uno de mis alumnos comenzó a cantar; recuerdo que en el aula todos los días cantaba una canción de Cristian Nodal, y en el equipo de trabajo que se sentaba contagiaba su alegría y emotividad de su canto a sus compañeros, (como antecedente diariamente antes de que llegaran los niños, yo cambiaba sillas que tenían sus nombres, con la finalidad de que lo identificaran y socializaran con diferentes compañeros cada mañana de trabajo), y pronto las situaciones generaron que mientras trabajaban todo el grupo de repente estaban cantando esa canción guiados por mi pequeño alumno, (lo hacía con entonación y volumen fuerte, resaltando su voz de entre la de sus pares); llegado el día de elegir que íbamos a presentar me comentaron que deseaban cantarle esa canción a sus mamás el día del festival.

Ese momento disfrutaron al hacer la presentación de la canción de Cristian Nodal, con la que recibieron una ovación de todas las mamás, por la alegría y seguridad y emoción que transmitían al cantarla. Recuerdo haber platicado con la mamá de mi alumno y le sugerí que lo inscribiera en la casa de la cultura en un taller de canto, ya que él tenía la habilidad innata para lograrlo, pero era importante que recibiera instrucción por personas calificadas en canto.

Reflexionando sobre el tiempo que ha pasado, desde el primer momento en que estuve con mis alumnos, mi finalidad era propiciar en ellos aprendizajes, que fueran siendo como pequeños peldaños que van subiendo, *lo anterior lo comento, porque* no todo siempre puede ser agradable o positivo, aunque así lo buscaba ver en todo momento, ya que en este año, en que mi grupo cursaba el tercer año, las madres de familia de mi grupo, me expresaron que en el otro grupo de tercero llevaban un libro para aprender a leer y escribir (libro que llevan usualmente los niños de primer grado de primaria), manifestando que en nuestro grupo iban a salir muy mal de preescolar e iba a ser muy difícil su ingreso a primaria, por lo que les exprese que cada alumno llevaba su ritmo de aprendizaje y trabajo, que este era un proceso que llevaban mis alumnos desde que estaban en primero de preescolar, y que no debían de preocuparse, -pero emocionalmente yo me sentía susceptible, triste y hasta cierto punto menos en comparación de mis compañeras educadoras, por la comparación que hacían las madres de familia entre los grupos-.

En esos días cuando regresaba caminando a casa, al bajar la cuesta y comencé a observar la hermosa vista que formaban las nubes, el sol que reflejaba luz a las diferentes espacios, comencé a respirar un aire tan puro, que me ayudó a pensar de manera clara, por lo que me motive, y continúe con las actividades que tenía planeadas, ya que yo conocía el proceso de aprendizaje que llevaban mis alumnos en lengua escrita y matemáticas (situación que me habían confiado las señoras que era lo que les preocupaba), así como algunas otras que aplique de asesorías recibidas de lengua escrita en la que ellos reflexionaban sobre el sonido inicial de las palabras, ya que tenían el conocimiento previo de sus nombres propios, así como las iniciales y algunas letras de sus compañeros y las vocales (y lo corroboraba cuando me ayudaban entregar los trabajos o cuadernos de sus pares identificando el nombre escrito en estos), también les explicaba que todo lo que nos

rodeaba tenía nombre y se podía escribir, así que ellos, me ayudaron repasando el nombre de ventana, puerta, y así fue con cada uno de los materiales que les intereso conocer cómo se escribía, y los pegaban sobre ellos; lo cual fue favorable porque al realizar dictados, ellos relacionaban el sonido inicial de los nombres de sus compañeros y de objetos que tenían letreros, con las vocales que ya conocían, al realizar su escritura libre, lo que género en ellos interés por seguir aprendiendo y más atención al observar portadores de textos o envolturas de alimentos nuevas que les llevaba, para intentar escribir nuevas palabras.

Recordando la situación, en esos momentos me sentí hasta cierto punto presionada por la comparación que hacían las madres de familia entre grupos, así como el hecho de que me solicitaban planas para que aprendieran a leer más rápido y no le sufrieran cuando entraran a la primaria; pero al reflexionar, decidí que solo iba a avanzar hasta lo que los niños mostraran interés, y que iba a respetar su ritmo de aprendizaje.

Paso el tiempo, y mis alumnos egresaron de Preescolar, y las madres de familia con mis niños aún me continuaban visitando (cuando salían temprano en la primaria), con alegría en sus rostros y por momentos nostalgia cuando me expresaban que extrañaban el “kínder” (como ellos lo llamaban) y les gustaría poder regresar y estar conmigo, y que en la primaria les dejaban mucha tarea, pero que ellos la hacían llegando a su casa como cuando estaban conmigo en preescolar. Cuando termino ese ciclo escolar (y mis ex alumnos pasaron a segundo de primaria), una de las mamás regreso y me expreso con orgullo que su hija y otros dos niños de mi grupo estaban el cuadro de honor de la primaria y que el día de la clausura les habían entregado un diploma por ser alumnos destacados en su primer grado de primaria.

Han pasado cerca de seis años desde esta experiencia docente, y el ver atrás me hace sentir agradecida por estas

vivencias y aprendizajes que tuve, así como el valorar más lo bueno o malo que tenemos cada día. Considero que como Educadora puedo ser un solecito para mis alumnos, donde puedo ser luz, amor, calor y protección cada vez que están cerca o lo necesiten para encontrar el camino o la solución.

Me he encontrado a los que fueron mis alumnos o a sus madres, y me saludan con cariño y me comentan de los momentos agradables que recuerdan que vivimos durante su estancia en preescolar y en específico de su aula (un espacio seguro y lleno de amor, compañía, seguridad, calidez y amistad), y lo corroboro al ver sus ojitos brillando como en esos momentos en los que disfrutaban de nuestro salón. En el caso de mi alumna débil visual, su mamá continuó llevándola al hospital infantil y al DIF como le había recomendado mientras estuvo conmigo, y le explicaron que era recomendable que la llevara a una escuela especial para que aprendiera braille, ya que con el paso del tiempo su capacidad visual disminuiría, y desafortunadamente perdí toda comunicación con ellas; siento que pude hacer más por mi niña, pero la situación familiar que tenían era muy complicada emocional (papá agredía a mamá físicamente) y económicamente, por lo que solo trate de brindarle un espacio seguro y ser una guía para mamá.

Considero que las complicaciones o los momentos difíciles por los que pasamos, son un tiempo de aprendizajes, que nos ayudan a ser mejores Educadoras, y a madurar emocionalmente, ya que puede darse un ambiente de trabajo difícil entre docentes, pero se puede superar, con disposición y amor por nuestro trabajo, el no compararnos nunca con alguien más, porque las situaciones de cada persona son diferentes, las cuales pueden ser más sencillas o más complicadas que las nuestras; otra cosa que me ha dejado esta experiencia es que cuando tienes en tu grupo a un niño o niña con características o rasgos especiales que requieren más de tu atención es seguro que tendrás muchos aprendizajes

significativos como docente (y la clave está en que cuando haya días en los que te sientas más agotado por la jornada de trabajo extenuante, no pierdas las ganas y reflexiona sobre la manera en la que lo apoyaste y que aprendizaje tuvo ese día) o no sepas qué hacer con su situación específica siempre continua buscando personal capacitado que te guíe e informándote por los medios tecnológicos, ya que al buscar cómo ayudarlos, ayudas a unos padres y a una familia. Otra estrellita más que se agrega a tu grupo es que tendrá más valores de empatía, respeto, tolerancia, cooperación, amor, amistad, honradez y cualidades de ayuda, principalmente con los niños con características diferentes, ya que observarás más cuidado y protección hacia ellos por parte de sus compañeritos.

Ya lejos de esta vivencia, con los 23 años de servicio que tengo, considero que las relaciones que se generan en un ambiente positivo o negativo pueden afectar o beneficiar la salud emocional de los docentes si no se tiene respeto, buena comunicación, por lo que es necesario trabajar en cooperación, solidaridad, y empatía, y las personas que asumen la función directiva, deben ser un líder, que genere buen ambiente de trabajo con una comunicación cercana que permita apoyar al personal que tiene a su cargo, sea equitativo y no solo con algunos; ya que el tiempo que pasamos en las escuelas es significativo para nuestras vidas como Educadoras, y repercute en nuestro ambiente familiar y en nuestra personalidad, estas situaciones positivas o negativas.

El ver las cosas con amor nos genera empatía, tolerancia, respeto, y agradecimiento en todo momento por lo que tenemos, como nuestra familia, y compañeras educadoras que se convierten en amigas, y el preescolar en nuestro segundo hogar.

Posdata:

Actualmente me encuentro en otro centro de trabajo, donde somos más que un equipo de trabajo con personalidades y habilidades que nos hace ser únicas, nos hace ser un gran equipo, en un espacio, en la que logras sentirte apoyada y escuchada, generándose por consecuencia cooperación y ayuda mutua (aunque no sea parte de tu comisión), o simplemente escuchada por amigas.

- ❖ Agradezco enormemente a mi esposo, hijos y padres maravillosos que siempre han estado apoyándome de diferentes maneras, y la que considero más importante, la emocional, ya que, si estamos bien, podemos compartir amor, ser una guía, un buen docente, compañera, amiga, hija, esposa y madre.

Los retos de una maestra: ¿realmente vale la pena?

Karen Itzel Rodríguez Tinoco
pijiji_itzel@hotmail.com
Escuela Normal Para Educadoras

El inicio

Durante mi formación normalista, debí salir de mi ciudad para poder estudiar lo que quería puesto que no había normales en la misma por lo cual tuve que asistir a la ciudad de Guanajuato Capital para poder realizar mis estudios. Transcurría ya el último año de licenciatura, invadida de nervios y estrés hacia lo desconocido, pero sobre todo con muchísima ansiedad hacia lo nuevo, el poder trabajar y ejercer todo lo que siempre había soñado.

Como era de esperarse la incertidumbre se apoderaba de mi puesto que a los 21 años jamás en mi vida había trabajado. No sabía si sería buena en el mundo de la docencia y tampoco me sentía segura de ser titular de un grupo de preescolar, sin embargo, me sentía segura puesto que mis papás se dedicaban a lo mismo y durante toda mi vida estuve envuelta en el mundo de la docencia y eso era lo que yo realmente quería.

Así mismo me sentía angustiada pues una parte de mi estaba lista para ir a ese nuevo mundo sin embargo la otra no podía, estaba enamorada de un chico, ese chico especial que conocí en una ciudad diferente a la mía, que me ayudó a crecer como persona, que estaba estudiando lo mismo que yo y que muy posiblemente al elegir nuestro destino de trabajo nos íbamos a separar.

Era una enorme bomba de emociones en mi persona, aún más porque el examen para elegir plaza era justamente 8 días antes de mi examen recepcional. Mi mente no estaba

interesada en presentar un examen de oposición sino en pasar el examen recepcional. Confundida sobre lo que debía hacer o enfocarme realice ambos con el apoyo de mi mamá que me decía siempre que yo podía con ambos que lo hiciera y no dejara pasar la oportunidad y desde ahí mi historia comenzó a tornarse en lo mejor que me había pasado en mi vida.

Pasé el examen recepcional con felicitaciones y días después me notificaron que había obtenido mi plaza, aunado a eso se juntó con mi cumpleaños y yo me sentía la chica más afortunada del planeta Tierra en ese momento.

La decisión

Se llegó el día de la elección de plaza y mi novio también iba a elegirla puesto que también había pasado el examen de oposición; sin embargo, al ser de educación primaria y yo de preescolar su plenaria fue primero. Él eligió regresar a su casa, su municipio, pensando en que yo haría lo mismo y por el contrario en preescolar era mucha la demanda y pocos los lugares, tuve que elegir un lugar demasiado lejos de mi casa y por lo tanto lejos de él. Desde ese momento la historia dejó de sonar tan bien como me lo imaginaba pues nos íbamos a separar, ambos íbamos a trabajar y nos sentíamos felices por obtener nuestro lugar, pero el resto del día se tornó triste y aún más angustiante pues no sabíamos cómo afectaría la separación y el cambio en nuestra relación.

Llegué muy emocionada a contarle a mi mamá el lugar que había elegido, sinceramente jamás lo vi como un problema puesto que yo estaba viviendo ya sola en una ciudad diferente simplemente lo tomé como un “cambio de municipio” sin embargo no sabía lo que la vida me estaba preparando.

El lugar de mi asignación me lo dieron un día viernes en una plenaria y yo lo tomé, sin conocer la comunidad solamente el municipio llegó el turno del participante número 76 o sea yo y con una voz muy entusiasta respondí “tomo la vacante en

el municipio de San Miguel de Allende” listo, estaba elegido el lugar en donde sería maestra titular por primera vez.

El día lunes comenzaban las clases y ¡sorpresa! La maestra no tenía ni idea de donde estaba la escuela, donde se iba a quedar y mucho menos en qué se iba a ir. Le pedí a mi mamá que me acompañara a San Miguel de Allende a conocer mi escuela y buscar un lugar para hospedarme. Ella no muy convencida de que me fuera más lejos, pero orgullosa de que tenía mi plaza como docente a los 21 años de edad.

El cambio de vida

Partimos alrededor de las 6 de la mañana para tener todo el día y encontrar algo, el primer lugar a conocer fue la escuela para que con base en ello eligiéramos un lugar cerca donde vivir. En un primer momento nadie sabía en dónde estaba la escuela. Mi mamá y yo preguntábamos a personas que encontrábamos en el camino y nadie nos sabía dar razón de ella. Hasta que después de seguir adentrándonos nos encontramos a una señora de avanzada edad que nos indicó el camino para poder llegar a la escuela.

Era la escuela más bonita que había visto, llena de colores, juegos, espacios verdes y con un comedor en el patio, pero no contaba con que sólo había un salón, desde ahí me preocupé pues dije: “seré unitaria”. Jamás había estado preparada para eso, desconocía por completo como ser unitaria y todo lo que implicaba, es por ello que como era absolutamente todo desconocido para mí todo me causaba incertidumbre.

Aunado a eso yo elegí el municipio de San Miguel de Allende y nunca consideré la comunidad, de nombre “San Cristóbal” que era la comunidad más alejada del municipio, no tenía señal telefónica, no había transporte y el acceso estaba realmente complicado pues de la orilla de la carretera a la escuela eran 50 minutos caminando. Tenía que hacer una hora

para entrar y otra hora para salir y caminando puesto que no tenía otro medio de transporte.

Cuando vimos la realidad del centro de trabajo mi mamá, como la mamá más preocupada del mundo rompió en llanto, se preocupó muchísimo me pedía que renunciara a la plaza y me regresara con ella, que era una comunidad muy alejada, que era muy peligroso y mil motivos más. Por dentro yo quería llorar junto con ella, pero algo en mí me decía que tenía que quedarme, que tenía que ver yo misma de lo que era capaz y enfrentar el reto como venía.

Así lo hice, me quedé. Busqué una casa en donde quedarme, pero no había, la comunidad tenía pocas casas por lo cual me tuve que ir a una comunidad más grande que estaba todavía como a 20 minutos de la entrada a la comunidad de mi escuela de nombre “Los Rodríguez”

En dicha comunidad preguntamos en varias casas para rentar, pero no encontrábamos por lo cual decidimos parar en un puesto de carnitas para almorzar y continuar con la búsqueda. Durante el almuerzo mi mamá le preguntó a la señora si conocía de algún lugar en donde rentaran ya sea una casa o un cuarto para su hija que iba a trabajar.

Esa señora, alta, gorda y mal modosa respondió “yo le puedo rentar un cuarto”. Nunca olvidaré la cara de mi mamá de alivio al saber que ya tenía espacio para quedarme y aún más que viviría con unas señoras. Lo que nunca especificaron era que el cuarto era de esa señora, la señora Hilda.

Hilda era una mujer soltera, grande de edad y muy pero muy tacaña y sucia. Su cuarto (que ahora era mío) estaba a la entrada de la casa y si salías estaba el lugar de los comensales del negocio de carnitas. Para uso del baño tenía que cruzar otra habitación de otra hermana y molestarla. Además de que Hilda entraba siempre a mi cuarto por su ropa o equis objeto pues ahí estaba todo lo de ella, a mí solo me prestaba su cama

y una mesa para poner mi ropa. No respetaba nada ni siquiera tocaba en la puerta al entrar al cuarto únicamente decía “ay te voy maestra” y muchísimas veces me despertaba o entraba de noche incluso cuando yo ya estaba dormida.

Esa casa era muy grande por el negocio que tenían, en la parte de atrás tenían granja de puercos para las carnitas por lo cual todos los días a las 4, 3 o 2 de la mañana se llevaban a un puerco al rastro y pasaban con el chillando por un lado de mi puerta, ese ruido era de lo más feo que había escuchado y realmente me causaba mucha frustración vivir en esa casa. Los primeros días me causaba mucho miedo pues no sabía que era eso hasta que un día cuestioné y me respondió Hilda “tú no te preocupes maestra es el puerco” de ahí en adelante era un verdadero martirio estar escuchando casi diario ese sonido durante la madrugada y que en muchas ocasiones ya no me dejaba dormir o que por el contrario si me daban ganas de ir al baño por la madrugada prefería no salir pues no sabía si era momento o no de pasar con el puerco.

Además de que siempre estaba enferma del estómago, por el negocio de la familia donde vivía mi renta cubría la comida también, sin embargo, solo las primeras semanas comí con ellas puesto que cocinaban con manteca y mi estómago siempre se sentía mal, no dormía por sentirme mal y en la escuela me afectaba pues del baño no salía. Por lo cual dejé de comer con ellas, pero tampoco comía más nada pues no tenía espacio para preparar nada ni lugares había al ser una comunidad.

Caí en depresión a nivel que en un lapso dejé de comer porque me molestaba siempre estar enferma hasta que un día un señor comenzó a vender elotes. Como si hubiera sido ayer recuerdo el sabor tan especial de esos elotes, elote blanco muy tiernito, con mayonesa, queso y chilito en polvo. Siempre saliendo de la escuela compraba dos elotes y me encerraba en el cuarto a ver Netflix en la computadora mientras comía mis

elotes, terminaba y me dormía. Y entonces sucedió lo contrario, comencé a subir mucho de peso pues estaba mi cuerpo lleno de elote, era lo único que comía durante el día y específicamente durante los 5 días de la semana.

Replantando las cosas

Con altas y bajas intentamos continuar mi novio y yo, sin embargo, no fue posible puesto que no estábamos acostumbrados a estar separados y por lo tanto nuestras metas, nuestros objetivos y proyectos fueron cambiando poco a poco quedando como buenos amigos.

Todas estas adversidades me hacían realmente preguntarme ¿esto es lo que quiero para mi vida? ¿Voy por buen camino? ¿Y si renuncio? ¿Realmente vale la pena? ¿Cuánto tiempo más seguiré así? Eran tantas preguntas y tan complicada mi vida en ese momento que me sentía realmente bloqueada por un lado tenía que tomar muchos camiones para moverme, ir a la escuela, ir a las oficinas de supervisión escolar y regresar a mi casa, no me alimentaba bien, no descansaba y cada que veía a mi mamá me pedía que me regresara a casa.

Fue hasta en el mes de diciembre que conocí a los maestros de la primaria de la comunidad y uno de ellos era del municipio de Celaya, él fue un gran apoyo para mí puesto que pasaba por donde vivía y me recogía afuera de la casa para entrar a la comunidad y a la hora de la salida me tocaba esperarlo puesto que la primaria salía hasta las 3 de la tarde, pero evitaba caminar y me dejaban en mi casa.

Así mismo, tiempo después llegó otra maestra a vivir a la casa de la señora Hilda, le prestaron a ella el cuarto de su hermana y realmente sentía empatía por ella pues yo ya tenía 4 meses viviendo ahí y sabía lo feo que era y lo que posiblemente ella también pasaría. Pero la diferencia era que a ella la llevaba su papá en las mañanas a San Miguel por lo cual no tenía el mismo problema de transporte que yo y decidí

hablar con ella y de esta manera ahora viajaba también con ella así que poco a poco se fueron acomodando las cosas, aún era complicado pero una parte de mí ya lo había aceptado.

La realidad

Tenía un grupo mixto con 21 niños, de los tres grados escolares, eran muy variadas tanto sus edades como sus contextos, así mismo sus personalidades, realmente resultó complicado comenzar a trabajar con ellos puesto que durante mi año de prácticas que era lo más cercano que yo tuve a un “grupo mío” eran muy diferentes, la otra escuela era la escuela del centro, donde asistían hijos de gobernantes y profesionistas pues como era tiempo completo le daba oportunidad a sus papás de trabajar mientras los niños estaban en la escuela y acá por el contrario los alumnos estaban acostumbrados a ser muy autónomos, a cuidar a los hermanos menores, a trepar árboles y correr sin zapatos por la terracería.

Las mamás me estimaban mucho, me veían muy joven y me preguntaban si era nueva como maestra, había mucha comunicación y en las comunidades la atención a la maestra era única, al contarles que era mi primer año me acogieron tanto que me llevaban comida, en algunas ocasiones me llevaban a la orilla de la carretera, me daban detalles tan grandes que un día me dieron un guajolote, fue tanta mi sorpresa que tuve que rechazarlo pues no sabía cómo llevármelo.

Mi vida comenzó a acomodarse, viajaba con el maestro de primaria, me hice amiga de la otra maestra que vivía en la casa, compartíamos las tardes, comenzaba a comer con ella o nos íbamos a San Miguel para aprovechar las tardes, mi vida amorosa no triunfaba en ese momento, pero era lo que menos me preocupaba, mi mamá estaba tranquila y parecía que había sido la mejor decisión que había tomado.

Así transcurrió el primer año hasta que en el mes de mayo a dos meses de concluir el ciclo escolar me hablaron de secretaria para informarme que debía tomar una vacante para el siguiente ciclo, mi emoción fue tanta que no podía controlarla, le hablé a mi familia y sin pensarlos dos veces me despedí de las señoras de la casa y con muchísimo agradecimiento de las mamás y niños de la comunidad, eligiendo a su vez una comunidad cerca de mi casa en donde ya podía ir y venir de mi hogar a mi centro de trabajo.

¡Lo logramos!

Después de 9 años me doy cuenta de que eso que sucedió me sirvió tanto en la vida que realmente me la cambio por completo

Me ayudo a crecer como persona, a valorar todas y cada una de las cosas que tengo, reconocer la importancia de la familia pues me sentía realmente sola.

Me hizo darme cuenta de que soy más fuerte de lo que creía, que tome una buena decisión y que gracias a ella hoy soy lo que soy, estoy donde estoy y tengo lo que tengo, me enseñó a valorarme, cuidarme y respetarme, así como amarme.

Si no hubiera tomado el riesgo quizá otra sería mi vida, pero estoy segura que para mal pues me faltaría todo esto vivido.

En el ámbito laboral me abrió tantas puertas y tanto el camino por recorrer, me enseñó a gestionar para mejorar una escuela, la importancia del maestro y el trabajo en equipo, me dio la libertad para hacer lo que quisiera con mi primer grupo, cometer errores y aciertos.

Es este tipo de experiencias las que forjan mi personalidad y me hacen amar mi trabajo porque sé que por él estoy creciendo como persona y es el medio más importante para poder ser la persona que soy.

La gran decisión

Melissa Ríos Solorio

meli.rs.ene@gmail.com

Maestría en Desarrollo Socioemocional

Escuela Normal para Educadoras

“Profr. Serafín Contreras Manzo”

Corría el año 2022, después de muchos cambios en cuestión de lugar de trabajo, llegó el momento en que tendría que tomar ‘la decisión’, quedarme en mi lugar actual de trabajo con muchas cosas en contra, pero en el cual yo ya me sentía a gusto y feliz o irme a un lugar nuevo y desconocido pero más cerca de mi lugar de nacimiento; el primero ubicado en el municipio de Tepalcatepec; para empezar la lista de las mil cosas en contra, en el número uno y el peor, la distancia a 3 horas y media de casa en carro o hasta 7 horas en camión, el segundo con un calor extremo llegando hasta los 47° en los meses más calientes (mayo) y catalogada en el estado como zona de guerra (por la presencia del narcotráfico) y su cercanía con los límites del estado de Jalisco, pero pese a todas las cosas negativas que pudiera tener aquel lugar en la tierra caliente.

En ese lugar lejano y peligroso, como ya lo mencione esta maestra vivía feliz, pues a ser una zona de paso, la mayor parte de los maestros eran jóvenes y eso hacía que las tardes fueran extremadamente divertidas, nunca pasaba una tarde sola, pues con otros maestros salíamos, a correr a la presa, a nadar, a ver a los maestros jugar fútbol u otras actividades; en fin nunca faltaban las cosas por hacer; otra de las razones por las que me gustaba estar allá es que era mi primer año viviendo sola, lo que me hizo madurar mucho, hacerme independiente y salir totalmente de mi zona de confort, por todas estas razones me

rehusaba a optar por cambiarme o acercarme a casa; sin embargo también había otro lado que casi no me gusta recordar: fue mi primer año como profesional en la docencia pero a decir verdad no me sentía nada profesional y la dudas me comenzaron a invadir; ¿Realmente esta es mi vocación? ¿Por qué no me siento feliz haciendo lo que hago? ¿Qué me hace falta? En fin, las preguntas venían a mi mente casi todos los días; mi vida social era muy divertida, pero en cuestión de trabajo no me sentía nada cómodo o por lo menos competente, no es por echar culpas ni mucho menos, pero una razón de mi sentir era la falta de participación de las mamás, la indiferencia que mostraban y la apatía que estaba presente día a día en el vivir escolar.

Pero bueno regresemos a aquel momento de la gran decisión, en el último paso de tan largo proceso de basificación, después de tantos papeles entregados a secretaría y al lado sindical, podría decir que ambos tienen más papeles míos que yo misma, de un ir de aquí para allá en el sindicato y en lo oficial, llegó el momento en que me llega la 'oportunidad' por cuestión de suerte, destino o no sé exactamente lo que fue, pero en la última cita sindical para entregar documentos de basificación y dar cierre al proceso, cierta persona del sindicato me comenta que existía la posibilidad de acercarme a Morelia (a casa), pues después de 3 cambios en el proceso, cada que nos entrevistaban nos preguntaban sobre nuestro lugar de origen, en ese momento lo reflexione rápidamente y determinada me decidí por aceptar un cambio sí es que este significaba acercarme por lo menos 1 hora y media o 2 a casa, me comentan el nuevo lugar y efectivamente cambiarse significaba acercarme esas 2 horas a Morelia, por lo que sin dudarlo acepte... Sin embargo en este momento empiezan los miedos, pues aunque aquella región lejana de tierra caliente tenía todo en su contra, yo ya me había adaptado, ya conocía y ya me había establecido, lo que me generaba cierta seguridad, pero sin más la decisión la estaba tomada, por lo que comencé

a preparar todo para llegar a mi nuevo centro de trabajo, me comunique de inmediato con la supervisora de la zona que se me asigno, sin embargo, me comentó que por el momento no estaban recibiendo en la zona pues no se habían realizado los cambios de zona, pero que estuviera al pendiente, pues ella me avisaría cuando presentarme y ¡Oh rayos! Había que avisarle a la supervisora de la zona de tierra caliente que ya me iría, esto era todo un reto, pues era bien sabido en la zona que no le gustaba que sus recursos se cambiaran de zona y que las trabas comenzarían, para colmo las únicas que habíamos tenido la oportunidad de movernos éramos yo y otra maestra a quien le decían “la China” que estaba de apoyo en supervisión; esto empeoraba las cosas, pues no sería fácil salir por las buenas que nos diera liberación.

Sin respuesta de la nueva zona y ya con la supervisora ruda avisada del cambio, continúe asistiendo al centro de trabajo en tierra caliente por aproximadamente 2 semanas, que por cierto para mí fueron como 2 meses, pues al saber que ya podría estar más cerca se me hicieron eternas; hasta que un día la china y yo decidimos retirarnos de los centros de trabajo y esperar en casa hasta que nos recibieran en nuestras nuevas zonas, obviamente esto no le gustó nada a la supervisora, pero no había vuelta atrás, la moneda estaba echada y ahora sólo quedaba esperar que sí nos recibieran o nos pusieran a disposición de secretaría, paso una semana y nada, otra semana y nada, una tercer semana esperando y nada y así, estuve 1 mes y medio esperando hasta que un día me habla la supervisora de Ario y me dice que me presente al día siguiente en la supervisión para tomar el Consejo Técnico, por cierto de 8 compañeras que llegamos a la zona la única que trabajaría lo oficial sería yo, así que fui sola a la batalla en este primer día asistí únicamente al consejo técnico y después de eso vendría la hora de la verdad el primer día en el nuevo centro de trabajo.

Comenzaron los nervios del primer día y los cuestionamientos sobre ¿Cómo serán los niños? ¿Cómo serán

los padres de familia? ¿Y cómo estará la escuela? También las dudas sobre si daría el ancho o no... si sería un grupo difícil, pues llegaría a atenderlo a medio ciclo escolar...

Se llegó el día 05 de Diciembre del 2022, la maestra a la que llegaría a suplir cuyo nombre es Andrea se comunicó conmigo para ponernos de acuerdo y llevarme a la escuela; me recogió en Ario, pues al ser una comunidad no existe mucho transporte para llegar; y no es fácil llegar si no se conoce el lugar, nos dirigimos en su camioneta hacia la comunidad, salimos a carretera por alrededor de 20 minutos, hasta que se desvió en una carretera solitaria y después comenzó una terracería donde comenzó una odisea; completamente desolada, los árboles secos y todo polvoso alrededor, casi podía ver las telarañas en los árboles como si fuese una película de terror, a decir verdad si no hubiera ido con la maestra pensaría que me estaban secuestrando, lo cual no solo lo pensé si no que lo exprese y las maestras después de una carcajada mencionaron –“Sí, esa es la primera impresión que tenemos todas la primera vez que venimos en camino”.

Fueron 10 minutos de terracería que en mi mente se hicieron como 25 minutos, pasamos un río y varios surcos, cuando comencé a ver casas, avanzamos otros 800 metros (como 3 cuadradas de una ciudad) y se comenzaron a ver las escuelas de la comunidad, primero la telesecundaria, una pequeña edificación de un solo bloque con dos salones y una cancha, desde afuera se podía observar un periódico mural descuidado, dimos vuelta y enseguida la primaria, la más grande las tres escuelas pero al igual que la secundaria de apariencia descuidada y sucia, frente de ella se encontraba el pequeño preescolar, desde afuera me di cuenta de lo deteriorado que se encontraba, entramos al patio cívico y me sorprendió que los materiales se encontraban bastante desordenados, mesas por todos lados, material de ensamble tirado en el piso, y demás, el jardín de niños es muy pequeño, únicamente cuenta con dos aulas y un pequeño pasillo cerrado

que funciona como bodega... en fin podría enlistar un sin fin de necesidades visibles en la primera impresión al llegar a la escuela.

Pasamos a la escuela y las maestras que seguían en función pasaron a las mamás a una junta para tocar temas de los festejos de diciembre, temas generales y para presentarme, el estómago se me revolvió, aunque a decir verdad era un alivio para mí que en mi primer día sólo se realizará una reunión pues hasta al día siguiente vería a los niños... y eso significaba más tiempo para que yo procesara los cambios, sobre todo después de ver el camino casi de terror por el que tendría que pasar todos los días, se dio por terminada la junta y por ese día todo salió bien.

Al día siguiente era mi segundo primer día en la escuela, pero ahora llegaba el momento de la verdad, el día de conocer a mis alumnos, llegué unos 25 min antes de la hora de entrada, realice las actividades habituales que hace uno al llegar salón; acomodar las sillas y las mesas, preparar los materiales que utilizaría ese día y fue necesario revisar mi planeación pues me encontraba a la expectativa y nerviosa, los niños comenzaron a llegar con cara de emoción pero a la vez con sentimiento encontrados pues aún se preguntaban en donde estaba su maestra anterior, los nervios invadían mi ser, comencé a sudar de las manos, pero decidí tomar el toro por los cuernos metafóricamente y segura de mi comencé con una dinámica de la telaraña para que cada niño se presentara y yo presentarme con ellos, los niños participaron e hicieron que las actividades del día se realizaran sin imprevistos y que todo fluyera como debía ser o como estaba planeado.

Llegó la hora de la salida y las mamás comenzaron a llegar, se mostraban emocionadas y agradecidas conmigo, les comenté la tarea y les pedí algunos materiales que necesitaríamos al día siguiente, las mamás tuvieron una respuesta tan positiva y sin poner peros que eso me hizo sentir

muy bien, al parecer al fin había encontrado unas madres de familia que apoyarían desde casa y que apoyarían en lo que se les solicitará.

Durante los meses posteriores a mi llegada a la escuela estuve muy feliz pues como ya les había platicado los niños y las mamás eran muy diferentes que en mi experiencia previa, las madres de familia se mantuvieron mostrando disposición cuando se les pedía algo y cuando se les pedía que participaran, incluso de más desde mi punto de vista, el grupo se adaptó rápido a mí y yo a él, para mí fue muy grato ver que avanzaron con mi trabajo pese a que el trabajo que realice no fue durante todo el ciclo escolar.

La comunidad es muy pequeña, pero tiene una gran diversidad de virtudes, las mamás continúan respetando la figura del maestro y eso se nota, los alumnos son también muy respetuosos y demuestran la admiración que nos tienen, los maestros que trabajan en la comunidad han formado un buen colectivo (entre preescolar, primaria y telesecundaria) cuando ha sido necesario organizar eventos en conjunto, la comunidad en general es muy acogedora y agradecida y eso es muy gratificante para cualquier docente que por obras del destino llegue a trabajar en ella.

¿Recuerdan todas aquellas dudas sobre sí mi vocación? Bueno, tras la primer semana en el nuevo centro de trabajo encontré la respuesta, incrédula de que realmente todo hubiera salido tan bien, me di cuenta de que la decisión de cambiarme había sido la correcta, no podía creer que me hubiera sentido tan cómoda en una sola semana al trabajar ahí, sobre todo después de no lograr sentirme cómoda en un año en el otro centro de trabajo, las ganas de ser mejor docente regresaron a mí, las ganas de planear e ir a la escuela todos los días a trabajar con esa emoción regresaron... Recordé porque elegí ser maestra de preescolar y reencontré mi vocación.

Durante mi estadía en el centro de trabajo he observado el agradecimiento de las madres de familia hacia los docentes he observado la participación que las mamás han mantenido hace que nuestro trabajo y el proceso de aprendizaje de los niños sea más completo y se desarrolle de manera más fácil y con grandes satisfacciones para todos los agentes que participan en este.

Y de pronto me sentí sola. Relato de una maestra rural

Perla Aidé Andrade Castañeda

Perlisac77@gmail.com

Maestría: Desarrollo Socioemocional
para Educación Preescolar

Esa mañana estaba muy emocionada, nerviosa y con muchas ganas de iniciar la travesía de mi labor como docente. Me llevaron en un carro azul marino, marca Tsuru muy viejito, el chofer era un panadero que repartía pan por las mañanas en esas comunidades lejanas, el carro iba subiendo y bajando un camino de terracería, mientras yo admiraba el hermoso paisaje montañoso que de vez en cuando nos regalaba una postal digna de imprimir; en el carro platicaba la supervisora de la zona escolar con Mari, una educadora originaria de ese lugar.

-Sí maestra, ya tiene tiempo que la educadora que trabajaba por acá se fue de cambio y no habían mandado a nadie- platicaban entre ellas.

Yo seguía sorprendida de ver por primera vez ese camino lleno de huertas de guayaba y mango con el olor característico de esas frutas; cuando por fin después de 50 min. De recorrido de la cabecera municipal a “la Florida” comunidad que me había tocado trabajar, llegamos.

-Aquí es- dijo Mari sonriendo

De pronto vi el lugar, era un pueblito muy pequeño con casas de adobe y teja, el jardín de niños no tenía inicio ni fin, lleno de maleza de aproximadamente 1.5 metros de altura, se alcanzaba a ver parte de las ventanas sin vidrios del único salón que estaba en medio de toda esa maleza.

-Aquí vas a trabajar- me dijo la supervisora- pregunta quien tiene niños para inscribir y organízate con ellos para hacer faena de limpieza. Y se fueron ya que iban también a llevar a otras dos educadoras a otra comunidad.

Me dirigí con una señora que vivía enfrente y ella me dijo que les iba a avisar que ya había llegado la maestra del kínder para empezar a limpiar.

Al día siguiente llegue a las 8:35am y a las 9:00 empezaron a llegar los niños acompañados de su mamá, los niños no llevaban mochila, ni uniforme. Las mamás me saludaron y yo me presente con ellas, tuvimos una breve reunión para conocernos y tratar de organizar el trabajo, luego de esa pequeña reunión me indicaron que en una gaveta estaban los documentos de cada uno de los niños y una de las mamás me miro de arriba abajo con desconfianza mientras me hacía ciertas preguntas incómodas:

- ¿Eres realmente maestra?, ¿Si estudiaste para educadora?, ¿Cuántos años tienes?, ¿Tienes título? -

Yo tímidamente conteste a todas sus preguntas y me sentí mal que dudara de mi capacidad como docente. Finalmente se retiraron las mamás dejándome a cargo de sus hijos.

Inicie mi jornada de trabajo saludando a los 18 alumnos que tenía dentro de un salón con ventanas sin vidrios, unos cuantos guacales de madera con material para ensamblar incompleto, una mesa como escritorio y encima de esa mesa un bote con muchos pedazos de crayolas y pinceles viejos, un pizarrón en tono verde, una gaveta con documentos, mesitas y sillitas en mal estado, algunas hojas blancas y afuera una letrina que no servía.

Los niños se veían contentos y también nerviosos de ver por primera vez a quien sería su maestra por el resto del ciclo escolar. A la hora del recreo todos los niños se fueron a su casa, me asusté y salí a quererlos detener y unos niños me dijeron -

es que vamos a la casa a comer y al rato regresamos-, yo estaba muy angustiada porque no sabía si realmente se habían ido a su casa y si iban a regresar. Pero 25 minutos más tarde empezaron a llegar y continuamos con el trabajo.

Ese primer día de trabajo docente, a la hora de la salida fue un viejito por mí, ya que días antes la maestra Mari nos había conseguido hospedaje a las otras dos educadoras y a mí en la casa de un matrimonio de avanzada edad que vivían en una comunidad y me quedaba a 50 minutos caminando hacia el jardín de niños donde empecé a trabajar. El señor amablemente me dijo que me acompañaría ida y vuelta a mi trabajo para que no me pasara nada. Pero la verdad es que el señor se veía muy cansado por la caminata y yo sentía mucha pena por él, y en varias ocasiones le dije que no era necesario que me acompañara, pero el insistía y lo hacía.

En la casa de ese matrimonio nos asignaron un cuarto para las 3 educadoras, la casita era de adobe y teja, tenía una pequeña cocina con un fogón y un baño que lo conformaban 4 palos y unos plásticos alrededor que servían para delimitar el baño, debo decir que no tenía techo y ese era usado para bañarse. El otro era una letrina.

Y en ese hogar que amablemente me había proporcionado ese matrimonio y acompañada de dos educadoras que ahí las conocí, fue donde inicié mi labor como docente, en un jardín de niños unitario, sin cerco perimetral, sin luz, sin sanitarios, sin agua, sin materiales para trabajar con los niños, en una localidad de muy bajos recursos económicos y muy lejos de mi familia; pero con muchas ganas de fomentar aprendizajes en los niños y de mejorar las condiciones del ambiente escolar. Fue ahí donde unos días más tarde, cuando mi realidad empezó hacer estragos en mi rutina; cuando sentí la ausencia de mi familia, me sentí sola, desolada, deprimida, decepcionada y con muchas ganas de llorar; recuerdo que ese día llegue de trabajar me acosté en la cama y llore, llore sin pena a que mis dos

compañeras me vieran, llore amargamente por un largo rato, ellas se asustaron y me preguntaban si me había pasado algo o si alguien me había dicho o hecho algo. Cuando por fin desahogue con llanto mi sentir, me levante y les dije que me acompañaran a la caseta telefónica para hacerle una llamada a mi mamá. A la encargada de la caseta le dije que me hiciera el favor de llamar al número que le dicte, me contesto mi mamá y le dije:

-mamá voy a renunciar, yo no quiero trabajar aquí, no quiero vivir aquí, no quiero esto para mí. - mi mamá que siempre me apoya en todas las decisiones sin cuestionar nada, en esa ocasión sí lo hizo y empezó a preguntarme

-¿Qué es lo que no te gusta?, ¿trabajar con niños?, ¿ser educadora?, ¿vivir lejos de nosotros?, ¿caminar para ir a tu trabajo?, reflexiona, ¿Qué puedes hacer para cambiar eso que te tiene así?, ¿qué te hará sentir mejor?, ¿hay manera de solucionarlo? Mi mamá sabiamente me ayudo a buscar soluciones.

Y no, no renuncié, porque esa plática me hizo reflexionar que me estaba dejando llevar por mis emociones, por el contexto y la infraestructura del jardín de niños y que era algo que podía solucionar.

¿Cómo lo hice?; ese fin de semana me fui a la cabecera municipal, busqué y encontré una casa para rentar y vivir ahí. Ya instalada, me fue fácil gestionar en el H. Ayuntamiento unos vidrios, alambre de púas, tubos para el drenaje, pintura y una bandera. Cuando recibí el apoyo de la presidencia, organicé a los padres de familia para colocar los vidrios y delimitar con palos y alambre de púas el cerco perimetral, los vidrios no nos alcanzaron para todas las ventanas y colocamos plástico transparente en las faltantes. Pintamos el salón con colores neutros y un padre de familia pinto hermosos dibujos animados dentro y fuera de los cuatro muros del salón de clases. Un mes después fui a la ciudad de Morelia al IIFEEM

y solicité la construcción del cerco perimetral, unos sanitarios, juegos para el patio y una mufa para la instalación de la luz eléctrica. Seis meses más tarde me avisaron del ayuntamiento que el IIFEEM había autorizado el recurso solicitado; en ese momento me sentí la educadora más feliz y orgullosa de mi trabajo porque había vencido mis miedos y había logrado mejorar las condiciones de infraestructura de mi escuela, porque ya la sentía parte de mí. El recurso tardó en llegar un par de meses más, el Ayuntamiento fue quien se encargó de ejecutarlo.

No fue fácil, pero tampoco imposible, en ese tiempo aprendí muchas cosas que no te enseñan en la escuela y que tienes que abrirte camino para enfrentar la vida como se te presenta, buscar todas tus fuerzas para trabajar bajo esas condiciones, enseñar y aprender al mismo tiempo, ganar experiencias con la práctica. Superar todas las adversidades, cometer errores y tener triunfos, así poco a poco ir ganando esa habilidad de mejorar la labor docente, para seguir en constante cambio de manera positiva. Aprendí a gestionar recursos materiales y económicos, a organizar a los padres de familia y a conformar una mesa directiva fortalecida para que funcionara como mi mano derecha.

Al año siguiente solicite mi cambio de zona escolar y atrás deje un jardín de niños con cerco perimetral hecho de tabique y malla ciclónica con una puerta grande de herrería, dos baños de concreto: uno para niñas y otro para niños con conexión al drenaje, un lavadero y una pileta, la instalación de la mufa para bajar la luz eléctrica, juegos de patio: 2 resbaladillas, un juego de columpios, un sube y baja, un pasamanos y un hermoso salón pintado con dibujos animados y sobre todo un espacio digno para que los niños disfrutaran llegar a su escuelita.

La labor docente es una profesión compleja y desafiante, pero también muy gratificante, tenemos la oportunidad de

marcar una diferencia en la vida de los alumnos y contribuir al desarrollo de la sociedad.

No fueron 15, fueron 16.

**El día que me presentaron a la
mamá que no conocí**

Alitzel Xiadany Gerónimo Govea
alichel_xdny@hotmail.com
Normal para Educadoras Profesor
“Serafín Contreras Manzo”

Cuatro de Octubre del 2022, 15 alumnos conformaban el grupo de 2º A, a cargo de la educadora Alitzel Xiadany Gerónimo Govea, mucho gusto, esa soy yo... Ese martes la neblina en los jardines peinaba los altos y viejos pinos que parecían gigantes dormidos cuidando del jardín de niños cuando se quedaba vacío y en la espera de vernos llegar, entrar al preescolar y recorrer uno de sus pasillos hasta llegar a mi salón parecía un cuento, o eso me recordaba a mí, uno de los cuentos que mi mamá me leía cuando era niña, esos de árboles, moras, hadas y duendes.

Las enormes ramas se cruzan y entrelazaban formando un Perfecto arco por el que todos los días pasaba para llegar a mi salón, en ese momento del día el perfecto paisaje me daba la bienvenida. Después de la dirección mi salón es el primero de los edificios que engalanan nuestro preescolar pues cabe mencionar que tiene más de 80 años, fue el primero en la comunidad de Quiroga y hasta la fecha su historia se sigue escribiendo. No estoy segura si mi salón es el primero o simplemente era yo quien decidía verlo así por lo que para mí significaba, ese ciclo escolar que solo unos meses atrás recién arrancaba lo había iniciado en ese Jardín de Niños y el salón lo hizo conmigo, la primera vez que nos conocimos (el salón y yo) era

un espacio frío, solitario, que almacenaba libros y documentos de hace unos 18 años aproximadamente de ex alumnos que ahora ya eran padres de familia y algunos de ellos solo recordaban a la última maestra que ahí estuvo, una mujer estresada, desesperada y por lo que escuché cansada de enseñar, claro sus motivos habrá tenido y ese no era mi problema afortunadamente. Quería regresar con la directora y pedirle que me diera un espacio más decente yo no iba a poder dar clases ahí, el pizarrón por ejemplo estaba pintado con pintura para muros color naranja lechoso, cuarteado con silicón y un estante de aluminio viejo por un lado, en la parte superior algún par de letras de foamy salpicadas, mordisqueadas y descoloridas tal vez igual de viejas que los documentos que ahí se almacenaban, como el poco material didáctico que ahí existía agrietado, blanquecino apuntó de romperse o en su defecto ya estaba roto. Había dos opciones en ese momento como la mayoría de las veces en nuestra vida, pasar el resto del día molesta, frustrada y desesperada por mi trágica “suerte” o hacer lo mejor posible dentro de lo posible.

En efecto, yo no iba a poder dar clases en ese salón y elegí la última, cambiar mis posibilidades. Fueron horas y horas con los audífonos puestos, pintando, limpiando, cargando y moviendo muebles de aquí para allá, escuchaba música, podcast, tomaba agua y seguía en mi obstinada labor, a veces me sentaba en el escritorio que por cierto era de un tono morado verdaderamente triste y sentía que no avanzaba que todo se veía exactamente igual solo que con menos polvo pero igual de viejo, pese a que lo intente no me permití rendirme pues ya estaba en mis planes ese salón al que me sentiría satisfecha de entrar y si ya había comenzado no era momento de desertar. notas de \$300.00 \$1000.00 \$20.00 etc. cada día la cifra era nueva, el cansancio aumentaba y realmente no estaba segura para que quería las notas ya que en aquel momento no conocía a mis alumnos ni a los padres de familia, no comprendo a quien quería entregarle cuentas... llegó el día de la primera reunión

con padres, los muebles ya no eran color verde militar ni morado que marea, ni el pizarrón era naranja lechoso, seguían siendo los mismos muebles viejos pero ahora eran azul turquesa, naranja feliz (no sé si ese color exista entre todas las denominaciones de la gama de naranja) pero para mis ojos era un color alegre como el resto con el que decidí pintar tooodos los muebles.

Dentro de las formalidades creo que las primeras veces marcan o influyen en el flujo de la vida, por ejemplo las primeras impresiones, era momento de presentarme con los padres de familia y el salón ya no era tan gris y frío pero desordenado sí, con las mismas paredes manchadas y percutidas por el polvo de sabe quién cuantos meses o años, así que decidí prepararme para el encuentro, ese día decidí ir de gala me maquillé, me vestí formalmente con pantalón de vestir, zapatillas y blazer.

Me presenté con los papás, les pedí disculpas por no recibirlos en un espacio digno en el que al menos se pudieran sentar pero era lo que nos había tocado y estaba esforzándome por hacer lo mejor posible para sus hijos, mis futuros alumnos que en mi lista decía eran 15 (por favor no olviden ese número) Surgieron comentarios sobre el arduo trabajo que estaba realizando, para mi satisfacción ya empezaba a notarse, un papá el señor Marco, papá de Laurita dijo que él regalaba la pintura para pintar el salón, no sé si se me notó la sonrisa pero yo sentía que el alegría se me salía del cuerpo, el resto de los papás se organizaron para acudir a pintar, otros para poner los estantes que yo anteriormente había quitado para pintar, incluso me preguntaron cuánto me había gastado para que ese dinero se me reembolsara pues si bien ya mucho hacía con dedicar mi tiempo en reparar el salón, ellos fijaron una fecha para “pagarme” sin que yo se los pidiera, realmente estaba muy contenta, no había medido la euforia que tenía cuando empecé a comprar “cositas” para el salón que cuando hice cuentas iban más de \$4000.00 tenía la cara de emoji de whatsapp, ese el que

tiene la carita chistosa con los ojos saltones y la sonrisa de mona lisa con el rostro ruborizado, hicimos un trato ellos fijaron la fecha para ir a pintar ya que faltaba sino mal recuerdo una semana para que los niños ingresaran a clases, a su primer día, a su nuevo salón con su nueva maestra, era un grupo de nuevo ingreso en su mayoría, así que todo estaba a punto de comenzar.

¡Se llegó el gran día! Eran las 8:30 y ya estaba en el jardín de niños vestida de Mimí (por acuerdo de mis compañeras) para recibir a los alumnos por ser el primer día de clases, el salón ya no era amarillo triste, ahora cada una de las cuatro paredes relucía de blanco, las ventanas ya no eran cristales llenos de polvo, de cada uno de los ventanales colgaban cortinas de colores rosa, azul, verde y amarillo, como arcoíris o caramelos, amarradas con cordones azul cielo, los muebles de colores desagradables ya no existían ni tampoco los cuentos que aunque no mencione anteriormente estaban recortados, rotos e incompletos, parecían enfermos, deseché los que se encontraban en peor estado y los que se podían rescatar los rescate y ya se encontraban en los huecos del librero esperando conmigo por los nuevos 15 alumnos... entraron los niños, los que no eran de nuevo ingreso estaban asombrados por el nuevo salón, pues ellos conocían ese espacio y no era para nada como lo recordaban antes de irse de vacaciones, algunos otros sabían que su maestra había puesto manos a la obra para construir este nuevo espacio, Laurita comentó que su papá había regalado la pintura, algunos otros mencionaban que sus padres era los que habían pintado poniéndome a mí como testigo y pedían mi afirmación, como si quisieran hacerse ellos mismos partícipes de tan grande cambio y de algún modo lo eran, parte de mi inspiración habían sido ellos que sin conocerlos quería que tuvieran un espacio digno, tal y como lo archivaba en mi memoria creativa.

Por tal motivo consideró el aula tan mía y como la primera que veo cada que llegó al jardín de niños y empiezo a caminar

por los pasillos bajo los pinos hasta llegar a él tomándome un sorbo de café caliente porque en Quiroga todas las mañanas son frías sin importar la época del año, pasaron los días, el periodo de adaptación y cada día me sentía satisfecha de mi espacio y de mi labor.

Llegó ese martes cuatro de octubre que mencione en la primera oración, después de llegar al jardín y reconocer mi salón, caminando bajo los altos y viejos pinos tomando un sorbo de mi café, llegue a mi salón y conocí a Santi un Niño de cuatro años con el cabello rubio, las cejas oscuras y un perfume riquísimo, traía el uniforme deportivo puesto que ese día mi grupo tenía clase de educación física estaba con sus “papás”.

Era una pareja quien más sería sino es que los papás, sin más preámbulos ni suposiciones me dijo la directora este es tu nuevo alumno y hoy es su primer día, inmediatamente mi mente pensó en decir gracias por avisar obviamente con un rotundo sarcasmo, sólo sonreí y seguí con las indicaciones de mi directora, me dejó con los padres para que hiciera lo propio, la presentación y las primeras palabras con los padres, lista de materiales: palomita, palomita las libretas, palomita los colores etc. etc.... se fueron los padres y Santi comenzaba a ser el Santi de ese cuatro de Octubre, fúrico empezó a gritar, patear, morder y llorar de manera desconsolada entre sollozos se le escuchaba decir quiero a mi papi, curioso que no llorará por mami pensé, yo también quería ir a la dirección y decir “quiero mis 15 no 16” y reclamar porque mi grupo tan Perfecto tenía que desentonar ese Niño “difícil” y echar atrás todo el camino recorrido por mis 15 Perfectos alumnos que ni berrinches ni rabietas. Yo era el adulto responsable.

Entonces eso no era una posibilidad, trataron las chicas del apoyo a la limpieza, la psicóloga y Santi seguía en su enfurecida y encendida rabietas, el resto del grupo se fue a educación física, cerré el salón y traté de mantener una conversación, desde la calma desde el amor, desde la empatía, quería ser

la famosa maestra miel y bla bla bla... en la espinilla derecha recibí la primera patada, Santi se puso a correr y a aventar cada una de las sillas que se interponía en su camina, corrimos en círculos porque me uní a él, no lo estaba persiguiendo, temía que se hiciera daño y mis opciones se estaban agotando, entonces sin justificación decidí correr con él aún no logro comprender porque, Santi tampoco hablaba llegue a pensar que no sabía, en algún momento nos quedamos quietos y le dije oye ya casi es hora de comer, tenemos que sentarnos ven, vamos a ver qué te trajo tu mami, sentí la mirada clavada de Santi y me dijo yo no tengo mamá, se murió.... Los puntos suspensivos no me alcanzarían ahora para agregar el nudo en la garganta que me invadía con el impacto de su noticia, me quedé paralizada, pero parecía que es lo que él Niño quería hacerme saber cortar el hielo de tajo y dejar los rodeos, le conté que las personas que se van al cielo tal vez no podemos verlas, pero mientras las recordemos están cuidándonos desde allá arriba. Acto seguido Santi se relajó y los 30 minutos de la clase de educación física ya habían acabado, a mí me parecieron solo 10.

Le asigne un lugar y le dimos la bienvenida, nos lavamos las manos y Santi traía un sándwich para el desayuno que le había hecho Mimí (la novia de su papá) me contó después todos comimos y yo sentía que no me alcanzaba el título de licenciada en educación preescolar para darle a ese Niño lo que necesitaba, que tal que fallaba, o me equivocaba, todos los temores de mi mundo me acompañaban en ese momento, Santi era de esos niños que nos solemos llevar a casa las educadoras, no literal pero cocinaba pensaba en Santi, revisaba mis materiales y pensaba en Santi, por algún motivo tengo una foto de Santi tapándose la cara llorando en el piso, tal vez porque quería adjuntarla en mi evidencia de reclamo a mi directora y lo enviara a otro salón , o eso quería hasta antes de descubrir la historia de Santi, aún se debe encontrar en mi galería del 2022, sentía un cariño especial por mi Niño nuevo, si bien intento no

tener alumnos favoritos pero Santi me sobrepasaba en todos los aspectos. Amor fue la estrategia pedagógica, posiblemente en alguna reserva de mi memoria guardo aquella idea de Paulo Freiré sobre la pedagogía del amor que leí por primera vez en mi vida cuando cursé la normal para educadoras, porque existía un acto recíproco entre el niño y yo su maestra, existía un afecto, lo vi avanzar como las piezas del ajedrez cuando la suerte está del lado del jugador, lo abrazaba, lo acompañaba, lo motivaba y lo regañaba, no hice una planeación distinta, no investigue sobre el tema de los duelos, solo quise a Santi de una manera que se sintiera seguro y protegido, ahora él está en tercer grado a veces cuando se raspa las rodillas va con su maestra, no la de tercero sino la que fue en segundo a que le ponga de esa cremita verde para las heridas, cuando nos encontramos por los pasillos intercambios sonrisas y a veces un saludo con nostalgia, como si Santi me recordara con ternura por lo que logramos juntos, o tal vez soy yo quien lo recuerda así, ahora él es un niño grande pues ya va en tercer grado, Mimí ahora es su mamá y mamá del hermanito nuevo de Santi, yo por mi parte sigo siendo la maestra de 2º A porque me seguí en el mismo grupo pero con otros niños y casi el mismo salón. Volcar mis recuerdos en el espacio vivo me da nostalgia, hoy es jueves 18 de enero del 2024 y estoy detallando esta historia en el mismo escritorio que fue testigo de aquel cuatro de octubre cuando Santi cruzó la puerta por primera vez ahora más cálidos, con más niños y el mismo amor el escritorio y yo...

La casa de las iguanas

Sandra Rubí Calderón Díaz
Escuela Normal para Educadoras

Durante mi infancia sentía gran asombro por mi maestra de primaria. Me gustaba el sentir su mano tibia sobre mi hombro cuando no podía realizar un ejercicio o una actividad. Recibir y corresponder a su sonrisa como signo de ánimo y cariño era una de las sensaciones más entrañables sobre la tierra. Sus frases que me regalaban amor cuando por accidente solía tener una pequeña caída y se asomaba sobre la rodilla un raspón sin gravedad. Vaya que recuerdo ese día en el que esta linda maestra me hizo sentir realmente como una niña valiosa. ¿Cuál fue el resultado de ello? Me juré a mí misma poder lograr en otros niños cuando yo fuera grande, claro, transmitir lo mismo y ser una gran maestra como ella lo fue conmigo.

A pesar de que soy de Michoacán, me apena confesar que no había escuchado nunca el municipio de “Coahuayana”. Y en efecto, ese fue el lugar que me tocó por primera vez para ser la maestra que siempre quise ser. Una vez que tuve la noticia, mi corazón palpitante comenzó a emocionarse imaginando un salón de clases lleno de materiales, pinturas, rompecabezas y pinceles. Debo de ser sincera y decir que también lo imaginé con proyector y un pizarrón gigante donde plasmar tantas ideas, aventuras y marcar los sueños de los niños. El escuchar el progresar de algunas colegas y la formación de la escuela normal me mostraba los mejores escenarios comparado a la realidad. Vaya avaricia de mi parte.

Desde luego que no podía faltar, lo más importante que no se puede olvidar; un salón lleno de sueños por alimentar y por motivar. Sonrisas que alentar y muchos brazos para

llenarlos de calidez en días grises y sin ánimos de brillar. Un salón lleno de esperanzas donde conocen lo valioso y fuertes que son sus pies para transitar por los más difíciles y resbalosos caminos.

Ser esa maestra con la cual un niño pudiese tomar de la mano y sentir esa misma calidez que alguna vez yo, como niña de seis o siete años llego a sentir. Ser esa maestra que escuchara y mirara a los ojos los sueños que aún faltan mucho por llegar a cumplir, ser esa maestra que sigue creyendo en la magia y en la felicidad para poder ser la responsable de esparcirla y compartirla sin parar en cada oportunidad que tuviese.

Pero... si algo aprendí con firmeza es que, no hay que adelantarse nunca a los hechos y que el poder de nuestra imaginación es grande, muy grande, pero, no tan grande como el poder que tiene la realidad. Una realidad que muestra todo lo que falta por hacer y construir, lo que se necesita y que no se tienen los medios necesarios para ofrecer una educación como la que soñé en casa siendo una niña y que ahora como docente me doy cuenta de que, es más complicado que sencillo.

Cuando me confirmaron el lugar donde estaría dando clases lo investigué de inmediato, con esa sensación de susto y alegría, de frustración y de esperanza. Boca de Apiza, Michoacán. Comunidad perteneciente a Coahuayana, descubrí de inmediato que en vez de ir a una localidad que perteneciera a un “cerro”, sería prácticamente “en la playa” y con ello busqué todo lo que necesitaba, para no llegar desprevenida. Llené la maleta de prendas ligeras de algodón, de suaves huaraches, dos tubos de bloqueador y de ganas de no llorar y actuar como toda una profesional que se suponía que era.

Para mi sorpresa, aunque había leído un poco, me di cuenta que no había comprendido nada de lo que había leído. La realidad supera todo libro y teoría; estaba en un territorio desconocido. El sol penetraba por cualquier sitio que podía y,

si no lo hacía, el aire caliente era el encargado de recordarme que estaba bastante lejos de mi casa. El sentir la suela de los huaraches caliente me hacía saber que el clima sería uno de los tantos obstáculos personales a los que me iba a enfrentar.

Para mi sorpresa, después de haber viajado prácticamente ocho horas, de haber salido del estado de Michoacán rumbo a Guadalajara, después pasar a Colima, llegar a Tecomán (municipio de Colima), entrar nuevamente al estado michoacano y llegar a la cabecera municipal conocí a mi directora la cual, me fue a mostrar el lugar que siempre soñé; mi ansiado lugar de trabajo. Las emociones predominaban en cada kilómetro que se acercaba el vehículo, así de descontroladas y desenfrenadas, en plena oscuridad de madrugada sentía en el fondo las entrañas que carcomían mis anhelos entre terror y miedo.

Recuerdo aún su voz tenue, que me explicaba todo lo que una maestra a cargo de un grupo debía de saber y que en ese momento estaba tan asustada por lo desconocido que mi atención estaba evaporada, tan evaporada como el calor que hacía en ese momento. Mientras la seguía, solo miraba su auto blanco que avanzaba sin parar entre las huertas de plátano, por varios minutos y a una velocidad no muy lenta el carro seguía su rumbo, así como mi temor y ansiedad hasta que, al fin, las huertas de plátano terminaron. A unos metros se leía que faltaba un kilómetro para llegar a la playa, no sabía si alegrarme o asustarme más. En la comunidad, solo observaba personas con playera, short y sandalias, en algunos casos únicamente con short y playera. Mi estrés se hacía cada vez más y más grande, ese temor que te ataca por la espalda cuando te enfrentas a lo inexplorado.

Cuando bajé del auto, esperaba ver la infraestructura de una institución escolar o al menos un salón donde ofrecería las clases de preescolar. El cual, no era visible. Únicamente se observaba la casa de la madre de uno de mis futuros alumnos.

Un espacio amplio donde cabían perfectamente varios animales que ella con su familia alimentaban: dos chivos, un cerdo, cinco perros, un gato y un sinfín de gallinas y pollitos que paseaban por todo lugar.

El espacio para poder dar clases era un pequeño cuarto, el único material con el que se contaba era con un ventilador sin una pata y dos mesas con algunas sillas y unas de ellas sin respaldo. Tan solo podía cuestionarme a mí misma, dónde estaba el salón que yo siempre había soñado, la gran cantidad de estudiantes que iba a tener y la basta cantidad de materiales con los que se iba a abordar. ¿Es verdad que existen estas condiciones educativas en pleno siglo XXI? ¿Cómo se trabaja en una comunidad sin materiales? ¿Podré ser la gran maestra que yo siempre he deseado ser? Es claro que podía realizar miles de preguntas en ese momento, las cuales tenía todas sin resolver.

¿Cuál fue mi sorpresa? no era un jardín regular, de organización completa o algo similar. Era el programa PIIE; Programa a la Inclusión e Igualdad Educativa. Este programa donde se abordaba en cuatro puntos del estado y con ello cuatro problemáticas distintas niñas en situación de calle, niños enfermos en oncología, niños indígenas y niños migrantes a los cuales atendería yo.

Mi primer día de clases por fin había llegado, el que tanto anhelé y me había esforzado para preparar mi autentico primer día con la que iniciaría mi labor más preciada; el ser docente. Aquí es donde los sueños comenzaron a abrumarse con obstáculos pues el nombre del Jardín de Niños “Sylvia Schmelkes” colgaba de una lona con un lazo roto al cual, solo llegaron tres niños. Tan solo esa era la matricula, el lado bueno de esto es que, también tenía al lado mío el grupo de primaria con un total de 17 niños.

Recuerdo ese día bastante bien, tan bien que aun puedo visualizar la bandera de México entre polvo y tierra, arrugada

entre el lodo. Esa imagen se penetró en mi cabeza y sabía que había mucho por hacer. Nunca había sentido tanta inseguridad como ese día, sin saber por dónde empezar, sin saber cómo apoyar a esos niños que llegaron sin sandalias, sin lápiz, ni libreta, tan solo con un pequeño short, una playera sin manga y con mil sueños para realizar ese día me enfrenté para conocer el lugar y dar mis clases tan anheladas.

La mayoría de los docentes en la Normal nos sugerían hacer actividades donde implicara cientos de recortes y miles de recursos para realizar materiales. Los más grandiosos materiales de foamy diamantado y cartulinas sin arrugar, los más grandiosos cuentos y dos o tres bolsas de material didáctico para una semana de trabajo. Lo que nunca llevé a cabo fue, una actividad donde trabajara sin nada de material.

Bueno, nunca habrá mal lugar para experimentar y aprender lo que en su momento no se supo hacer. Es por ello que leía durante las tardes, les pedía consejos a maestras con experiencia que el destino me fue colocando como amigas, buscaba información en la biblioteca de la cabecera municipal del lugar. Bien recuerdo que el primer mes fue agonizante, no era la realidad educativa que alguna vez vi en los libros o que los profesores mencionaban. Quería hacer tanto que no sabía que tanto hacer.

Por lamentable que sea la realidad, el profesor rural modifica la realidad de su aula, más no él, fue una situación que al inicio no sabía controlar. Ese era un problema realmente grave para mí. Quería hacer tanto, pero ¿Cómo se actúa en un lugar donde los padres de familia no tienen recursos económicos, académicos y culturales? ¿Acaso son malos padres por ir a trabajar y no alcanzar a llevarlos a la escuela? ¿Cómo actuar en una comunidad donde se presentan niveles altos de desempleo, drogadicción y falta de información para apoyar a sus hijos?

Como se habla de una comunidad alejada los recursos difícilmente se hacían presentes y aunque fuera playa se debe de compartir que, no se contaba con transporte para llegar a dicha comunidad. Tan solo un taxi que era igual de caro como conseguir la luna, por lo cual, debía de caminar aproximadamente tres kilómetros para poder llegar, de cierta manera era un placer exquisito ya que, el único paisaje que se podía apreciar sin fin eran las huertas de plátano, alguna camioneta llena de gente trabajadora y tráileres llenos de 18 a 22 toneladas de plátano.

El asombro y gozo de la naturaleza terminó cuando supe el secreto de las avionetas que se escuchaban a lo lejos cuyo sonido era cada vez más fuerte cuando se acercaba. Al principio, yo pensaba que únicamente monitoreaban las huertas y cuidaban de ellas desde las alturas pues yo disfrutaba de su vuelo, sin embargo, una mañana cálida, se escuchó el grito de un trabajador a lo lejos mientras caminaba -¡Maestra, escóndase rápido!- Sin saber a lo que se refería de inmediato hice lo que pude y debajo de un vástago fui a parar. Una vez que paso la avioneta, el trabajador me confirmó que lo que contenía la avioneta eran químicos para cuidar de las plantas y evitar plagas, es decir, era tóxico.

Por ello, todos se escondían cuando las escuchaban. Con el paso de los días temía ir caminando y escuchar dicho sonido. Por fortuna, solo pasaba en la mañana. En la tarde, el problema era la intensidad del sol mientras observaba una fila de palmeras con un esbelto tronco que no sabía cómo era que aún podían permanecer erguidas sin romperse. Debo confesar que, no había felicidad más grata que llegar a la sombra de una parota, su majestuosa sombra me hacía recobrar energía de tan valiente sol, en el camino únicamente había tres árboles frondosos.

El hecho de llevar a cabo un plan y programa de estudios es importante, como las letras y números que la mayoría de

los padres de familia desea ver en sus hijos. Pero este no era el caso, las condiciones de higiene no eran las más apropiadas, así como el cuidado de su cuerpo y la falta de los valores y en alumnos estudiantes hasta se mostraba la falta de cariño y afecto. Es aquí donde surgió el arte que, más que una estrategia fue como una protección y abrazarnos a sus valiosas bondades acercándonos con su calidez a las necesidades visibles en los niños.

Fue un reto total el enfrentarme a esta experiencia. Desde ver sillas sin respaldo, contar con una pintura y aprender a usar el contexto a favor del docente y de los niños. Debo de comentar que fue aquí donde me atrevía a usar recursos naturales para contarlos como material y llevar a cabo el trabajo en actividades significativas para ellos; el empleo de piedras, una vara para escribir sobre la arena, las hojas de las hierbas que están en los lotes sin poblar, conchas del mar que recogían en conjunto al atardecer y hasta el uso de basura que consumían. Estos valiosos materiales se implementaban como base para diversos juegos o para hacer instrumentos musicales y juguetes reciclados. Debo mencionar la importancia que tuvo una planta llamada *sasani*, la cual la usaba como pegamento, solo era cuestión de explotar las bolitas pegajosas de color blanco y no había nada que pudiese arrancar lo que habíamos colocado en nuestras hojas.

Algo que debo admirar de los niños en general, fue su gran capacidad de resolver problemas, no tenían nunca como respuesta un “NO” en una dificultad u obstáculo que se presentara. Recuerdo claramente el mes de noviembre, donde se festeja esta gran tradición de “*El día de muertos*” donde, únicamente se tenían botellas, cinta canela y un poco de papel crepé a lo cual uno de ellos sugirió que se cortara la parte baja de la botella para asemejarlo a un pan el cual lo envolvió de cinta con el lado que pegaba hacia afuera. Una vez que lo realizó se dirigió a la arena y lo colocó ahí, simulando el azúcar

y canela a lo cual el resto de los niños lo siguieron e hicieron lo mismo.

De igual manera, sin olvidar la conmemoración de “*La Revolución Mexicana*”. No se contaba con material alguno más que botellas que había en la basura y papel china por lo cual, realizaron un caballo con los materiales que tenían. Siendo capaces y teniendo esta gran flexibilidad sin limitarse, aunque no se tuvieran los recursos más idóneos y deseables.

Recuerdo que justo después que pasaron estas fechas, el espacio que se ocupaba como salón la dueña de la casa lo necesitó a lo cual, el único lugar que quedaba disponible era trabajar bajo el árbol más grande de su casa, el árbol de guamúchil y también conocido como la casa de las iguanas ya que varias vivían ahí. Lugar donde tuve que colgar el pizarrón y comenzar las clases al aire libre, no únicamente a los niños preescolares sino también a cinco niños de primaria. El guamúchil era el árbol más confortable, debido a la sombra que ofrecía y los frutos que caían sobre la mesa y en ocasiones nos llegaban a asustar entre gritos y risas memorables.

Las mañanas de enseñanza transitaban cuando al cuestionar al cielo de mi quehacer educativo en mi rostro se sentían ligeros rayitos de sol que se lograban filtrar entre el frondoso árbol, estos rayitos lograban iluminar algunas partes de las libretas de los niños, así como espacios entre sus pies entre la arena, esta calidez también se podía presenciar en sus palabras y en sus sueños. Entre las risas y ojos de sorpresa con gritos inmediatos se escuchaba – ¡Mira maestra, arriba está una iguana! - Todos volteábamos en la búsqueda de ella, sin querer, en más de una ocasión encontrábamos más de dos iguanas. Se sentía la tranquilidad bajo la sombra y del cuidado de estas agradables criaturas.

Sin querer, ellas eran las más confiables testigos de que aún con todos los limitantes y falta de materiales, se puede creer en la educación, con las manos que ofrecen el amor más

puro y sincero como aquellos ojos llenos de esperanza que lo reciben con la dulzura y pureza. Queda claro que hablarle con respeto a un niño de cuatro años tiene tanto valor como el saludar a un adulto mayor, que el mencionar valores entre juegos y risas con los pies descalzos debajo de una sombra inmensa tiene el mismo valor que el niño que pisa una escuela de excelente infraestructura con uniforme, mochila y zapatos boleados.

¿Acaso no tienen los mismos derechos todos los niños? ¿Cada quien decide el lugar donde quiere nacer y vivir? ¿Depende del lugar donde sonríes a diario para que determine tu calidad de vida? Son preguntas que sé las respuestas, pero aun no tengo la certeza si sean correctas o no. No cabe duda de que el mundo no puede cambiarse por más que te esfuerces, pero, la diferencia está en dar el todo cuando no tienes más que dar. Tengo la esperanza que hoy en día sean seres con los ojos llenos de alegría, esperanzas y sueños como los conocí y tengan aún más entusiasmo por hacer resonar cada paso en su andar, tengo la utopía atorada en las entrañas de imaginar que mis palabras en algún momento hayan sido de gran apoyo.

El haber llegado a este maravilloso lugar de aprendizaje por su esencia, me di cuenta de los miles de problemas que un niño preescolar o de primaria pueden llegar a tener, y desde luego las responsabilidades que sus padres piden a ellos. Como el hecho de una niña de siete años de llevarse a la escuela a su hermano menor de diez meses porque su mamá no lo cuidaba como debía y podía correr el riesgo de caerse otra vez y prefería cuidarlo en sus piernas mientras realizaba las actividades planteadas en clase. De igual manera, que una mamá mande a la tienda a un niño de cinco años en una moto (de gasolina) con un billete de alta denominación esperando el cambio correcto, así como las cosas que pidió. O así, como el estudiante que me enseñó a caminar en el lodo para que no resbalase en los días lluviosos y aprender que es más sencillo ir entre piedras y pastito que entre las zonas de solo arena.

Cabe mencionar que después de tanto transitar con el tiempo, el enseñar en la casa de las iguanas era un lugar donde se contaban las más grandes aventuras, se conocían las partes del cuerpo y se saludaban con gratas sonrisas a todos los vecinos que transitaban por la calle. El sentir ese aire de tranquilidad, esa sensación de saber que estaba haciendo lo correcto, o al menos espero que sí lo haya hecho, es lo que realmente vale la pena. ¿Que si es grandioso ser docente? Claro que lo es. Es de las profesiones donde en ocasiones, aprendes más que lo que enseñas. Y tus alumnos se convierten en tus mejores maestros.

Me abracé a la música, al poder que ofrecen las notas del violín y de la guitarra para llevar a cabo todo lo que veía necesario en ellos, llenarlos de amor a través del arte y de la nobleza que tiene la música, el teatro, la danza y las artes plásticas. A mi consideración la expresión que cada uno de ellos podía mostrar era increíble ya que se observaba el amor que ofrece un niño con el alma.

Considero que cada lugar donde el destino nos pone es para llevar a cabo un aprendizaje y tener dicha experiencia en el alma, pero desde luego es para tener la empatía con aquel que no tiene, a enseñar con el corazón a aquel que le cuesta trabajo, con aquel que no tiene los recursos, pero aun así se aferra por querer seguir aprendiendo. Es esto lo que también se tiene en la actualidad, la otra cara de la educación en pleno siglo XXI. Niños que se aferran a querer ser a pesar de sus circunstancias y a no quedar en el olvido.

Camponubes: un inicio de terror

Ana Silvia Ortiz Vallejo
ortizvallejoanasilvia@gmail.com
Escuela Normal para Educadoras
“Prof. Serafín Contreras Manzo”

Era el año 2018, yo recién egresada de la normal para educadoras empecé a ejercer mi carrera profesional en un fraccionamiento de las afueras de la localidad de Morelia; era un jardín de nueva creación en el cual no contábamos con una infraestructura con las condiciones necesarias que requieren los niños, ya que laborábamos en casas que la constructora nos prestó y nosotras como docentes poco a poco con ayuda de padres de familia las adaptamos como aulas, con las condiciones básicas que podíamos requerir como son: materiales de consumo, algunos muebles y mesitas, contemplando que las condiciones de seguridad eran bajas y económicas complicadas en el contexto.

A este espacio de trabajo llegue con una compañera que igualmente era recién egresada de un colegio, ambas íbamos con mucho miedo, incertidumbre y preocupación, pero a la vez optimismo, amor y entusiasmo por empezar el trabajo con los niños. Es así como se conformó el personal docente de este nuevo jardín, dos docentes y una directora.

Pero desgraciadamente ante las deficientes condiciones que se nos presentaban, contábamos con otro obstáculo más; la directora pocas veces se presentaba al jardín, no realizaba gestiones, no sentíamos su apoyo, orientación o alguna guía ante el trabajo que realizábamos tanto con los niños como padres de familia y comunidad.

Con el tiempo de alguna manera con mi compañera aprendimos a resolver las problemáticas que se nos presentaban día a día; pero un día se me presentó una situación complicada. En mi segundo año como docente, tenía un grupo de 2º A conformado por 22 niños dentro de una casita que nuestro salón era la sala-comedor, que aparte compartíamos con otro grupo el cual su salón era una de las recamaras, entendíamos que los niños no contaban con el espacio suficiente como recreación.

Es así como le cuento sobre Valeria, Valeria una niña de 4 años, alta al promedio de sus compañeros, güerita, de ojos claros; ella siempre era atenta, participativa, y de conducta amable. Fue así que un día durante el desarrollo de una actividad Valeria estaba corriendo dentro del aula, acto que anteriormente le había comentado podría causar un accidente que por favor tomara asiento, a lo cual atendió; pero minutos más tarde siguió corriendo con un par de sus compañeros mientras yo le daba material al resto del grupo. Siendo que minutos más tarde volteo y la veo sentada en su lugar tapándose la boca con ambas manos y llorando, por lo cual le pregunté ¿Qué tienes? A lo cual no respondió, pero sus compañeros con los que estaba corriendo asustados me respondieron “está llorando porque se cayó y le está saliendo mucha sangre de la boca”; inmediatamente le pedí me mostrara, pero realmente era mucha la sangre y no lograba identificar de dónde venía, así que decidí que era necesario enjuagara su boca con agua para así poder ver donde había sido el golpe.

Yo pensaba que se había pegado levemente en el labio, que sería algo sencillo, pero ¿Cuál fue mi sorpresa? Que al momento de lavarse la boca me percaté que se había mordido la lengua y su herida era muy profunda y no le paraba de salir sangre.

Ante esta situación debía actuar rápidamente, pero ¿Qué debía hacer? ¿A quién llamaba? No teníamos señal, la directora no estaba, ¿era necesario trasladarla a algún hospital? ¿Cómo la movía? ¿Qué hacía con el resto de los niños? Era una situación ante la cual no estás preparado y no sabes cómo reaccionar.

Con apoyo de mi compañera (que se quedó cuidando el resto de mis alumnos), mientras la niña esperaba sentada y yo salía a buscar señal y poder llamar a su mamá. Afortunadamente la mamá vivía cerca y llegó rápido. Al llegar la señora le comenté lo sucedido y se la llevó a la niña al doctor. Durante toda la tarde estaba muy preocupada y me mantenía en comunicación constante con la madre de la niña sobre cómo se encontraba y que le habían dicho en el hospital.

Horas más tarde me informa que debían coserle la lengua, pero por su edad no era tan recomendable porque no se dejaría, que otra opción era anestesiarla para que se dejara intervenir, pero la mamá tenía miedo; yo realmente me sentía muy angustiada y de alguna manera responsable de lo sucedido, mi inexperiencia, sin una guía como mi autoridad inmediata, un apoyo, sentía que si le pasaba algo sería mi culpa.

Después de un tiempo, la señora me llama y me comenta que lograron controlarle el sangrado y con cuidados especiales en casa se podría ir mejorando poco a poco; luego de oír esto me sentí mucho más tranquila y en paz al saber que la niña se encontraba en mejor estado y fuera de algún peligro mayor.

Lo sucedido se lo comenté a la directora, esperando contar con su apoyo o alguna orientación, lo cual no fue así. Ahora tenía un nuevo temor, porque al comentarlo con amigas y compañeras me decían que la mamá podría ir molesta y tomar alguna represaría contra mí, pero por fortuna no fue así, al contrario, la mamá comprendió la situación y dijo reconocer como era de inquieta su niña y que así mismo ya había hablado con ella y que debía atender las indicaciones de su maestra.

Ante esta experiencia aprendí lo importante y necesario que es saber cómo actuar ante situaciones de emergencia y que por más preparadas que estemos como docentes siempre podrán surgir imprevistos ante los cuales no estamos exentos.

Esta obra se terminó de imprimir el 25 de Marzo del 2025
en la ciudad de Chihuahua, Chih., México

Producción Editorial Integral:
Editorial Aldea Global
Calle Sao Paolo # 2105
Fracc. Jardines del Norte, C.P. 31130
Chihuahua, Chih., México
Tel. 614 410 8486
Email: editorial@aldeaglobal.mx

La escritura de textos que versan sobre otros textos y que sintetizan comentarios de lectura e invitan a la experiencia de lectura de lo que sigue o antecede, prevalece notablemente sobre la escritura de artículos, capítulos de libros, conferencias y clases, que es lo que convencionalmente se espera de un profesor e investigador universitario.

Experiencias pedagógicas y procesos resignificados en educación preescolar son escritos de lecturas responsables en términos éticos y políticos: no solo comentan o analizan el texto, sino que también invitan, dan pistas, incitan a leerlo, celebran su publicación, se comprometen con él. Median, a menudo con prudencia, la relación entre el texto leído e invitado a ser leído y el mundo de un lector. De cualquier lector. Cuando el prologuista es avezado, propone una conversación con el texto, con el autor y los lectores. Y como en cualquier conversación, privilegian el tono del yo-tú en la interacción, la suspensión de la propia palabra a favor de la escucha, la disposición apasionada de la eventual transformación.

IICE

Instituto de Investigaciones
en Ciencias de la Educación



Secretaría
de Educación

GOBIERNO DE MICHOACÁN



ISBN: 978-607-8769-58-2



9 786078 769582

 **ALDEA
GLOBAL**
Editorial